
Five Nights at Freddy's
FAZBEAR FRIGHTS #2
SCOTT CAWTHON
ANDREA WAGGENER
CARLY ANNE WEST

Five Nights at Freddy's™

FAZBEAR FRIGHTS

#2

Scott Cawthon
Andrea Waggener
Carly Anne West

Copyright © 2020 por Scott Cawthon. Todos los derechos reservados

Foto de TV estática: ©Klikk/Dreamstime

Todos los derechos reservados. Publicado por Scholastic Inc. *Editores desde 1920.* SCHOLASTIC y los logotipos asociados son marcas comerciales y/o marcas comerciales registradas de Scholastic Inc.

El editor no tiene ningún control y no asume ninguna responsabilidad por el autor o los sitios web de terceros o su contenido.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Primera impresión 2020

Diseño del libro por Betsy Peterschmidt

Diseño de portada de Betsy Peterschmidt

e-ISBN 978-1-338-62697-1

Todos los derechos reservados bajo las convenciones internacionales y panamericanas de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, sometida a ingeniería inversa o almacenada o introducida en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, ahora conocido o inventado en el futuro sin el permiso expreso por escrito del editor. Para obtener información sobre el permiso, escriba a Scholastic Inc. Atención: Departamento de permisos, 557 Broadway, Nueva York, NY 10012.

Contenido

Portadilla

Copyright

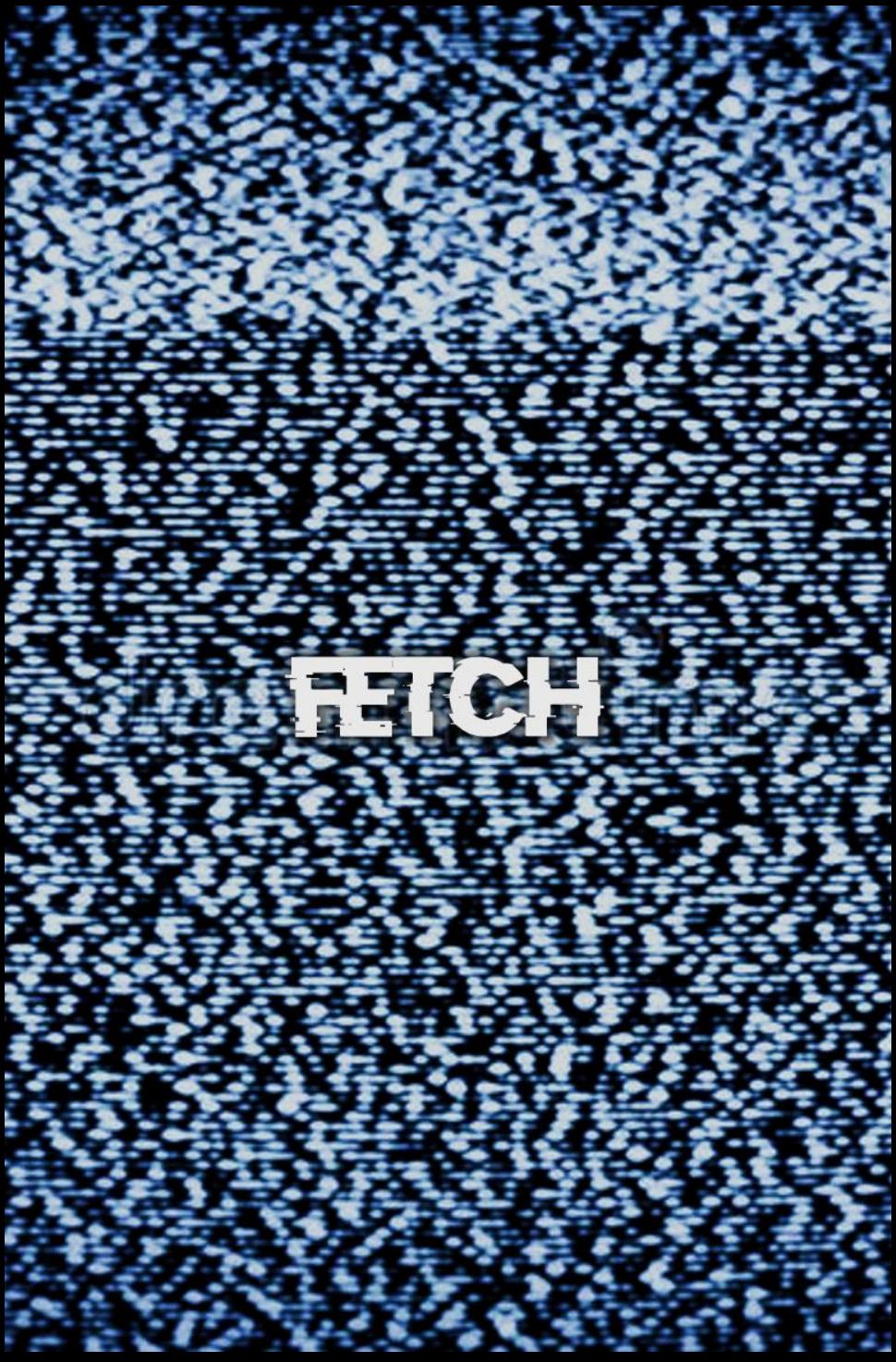
Fetch

El Freddy solitario

Agotado

Acerca de los Autores

Epílogo


FETCH

El oleaje, el viento y la lluvia estaban en guerra, golpeando contra el viejo edificio con tanta fuerza que Greg se preguntó si sus paredes derrumbadas podrían resistirlo. Cuando el estruendo del trueno golpeó la ventana tapiada de nuevo, Greg saltó hacia atrás, tropezando con Cyril y pisoteando su pie.

—¡Ay! —Cyril empujó a Greg, y apuntó con su linterna espasmódicamente a la pared frente a ellos. La luz escaneaba secciones colgantes de papel tapiz a rayas azules y lo que parecían ser dos letras rojas—. Enserio. —Manchas de algo oscuro rociaron sobre las rayas—. ¿Eso es salsa de pizza? ¿O algo más?

Hadi se rio de sus dos amigos torpes.

—Es sólo por el viento, chicos.

Otra ráfaga golpeó el edificio y las paredes se estremecieron, ahogando la voz de Hadi. La lluvia que golpeaba el techo de metal aumentó, pero dentro del edificio, cerca, algo metálico tintineó lo suficientemente fuerte como para ser escuchado sobre el viento y la lluvia.

—¿Qué fue eso? —Cyril se giró y movió su linterna en un arco salvaje. Con apenas trece años, era un año más joven que Greg y Hadi, aunque todavía estaba en su incipiente clase de primer año. Era bajo y delgado, con rasgos juveniles y cabello castaño lacio, y tuvo la desgracia de sonar como un ratón de dibujos animados. No le ayudó a ganar muchos amigos—. Vamos a ver la antigua pizzería —Cyril imitó la sugerencia de Greg—. Sí, esta fue una gran idea.

Era una fresca noche de otoño, y la ciudad costera estaba oscura, despojada de energía por el asalto de la última tormenta. Greg y sus amigos habían planeado un sábado por la noche de juegos y comida chatarra, pero tan pronto como se cortó la luz, los padres de Hadi intentaron reclutarlos para un juego de mesa, la tradición de la familia durante los cortes de energía. Hadi había convencido a sus padres de que dejaran a los niños en bicicleta la corta distancia hasta la casa de Greg, donde podrían jugar uno de los nuevos juegos de estrategia de mesa de Greg. Pero una vez ahí, Greg los reclutó para ir a la pizzería. Durante días había sabido que tenía que hacer esto. Era como si se sintiera atraído por este lugar.

O tal vez se equivocó. Esta podría ser una búsqueda inútil.

Greg iluminó el pasillo con su linterna. Acababan de explorar la cocina del restaurante abandonado y se sorprendieron al descubrir que todavía estaba lleno de ollas, sartenes y platos. ¿Quién cierra una pizzería y deja todo eso?

Después de salir de la cocina, se encontraron junto a un gran escenario en un extremo de lo que alguna vez fue el área principal para comer de la pizzería abandonada. Se había corrido una pesada cortina negra en la parte trasera del escenario. Ninguno de los chicos se había ofrecido como voluntario para ver lo que había detrás de la cortina… y ninguno de ellos había mencionado haber visto la cortina moverse cuando pasaron por el escenario.

Hadi se rio de nuevo.

—Mejor que salir con la familia… oye, ¿qué es eso?

—¿Qué es qué? —Cyril apuntó su luz en la dirección de la mirada de Hadi.

Greg también giró su linterna de esa manera, hacia el rincón más alejado de la gran sala llena de mesas en la que estaban. El rayo brillante aterrizó en una hilera de formas descomunales alineadas a lo largo de un mostrador de vidrio oscuro. Unos ojos brillantes reflejaron la luz hacia ellos desde el otro lado de la habitación.

—Genial —dijo Hadi, pateando a un lado una pata rota de la mesa mientras se dirigía hacia el mostrador.

«Tal vez», pensó Greg, frunciendo el ceño ante los ojos. Un par parecía estar mirándolo directamente. A pesar de la confianza que había sentido antes, comenzaba a preguntarse qué estaba haciendo exactamente aquí.

Hadi se acercó primero al mostrador.

—¡Esto es una droga! —Alcanzó algo y estornudó cuando el polvo se elevó desde el soporte.

Antes de salir de su casa, Greg había sugerido que todos llevaran pañuelos para cubrirse la nariz y la boca, pero no pudo encontrar ninguno. Esperaba encontrar el restaurante vacío lleno de polvo, moho, hongos y

quién sabía qué más. Sorprendentemente, dado el clima costero húmedo, la única descomposición que habían visto era el polvo, había mucho polvo.

Greg dio un paso alrededor de una silla de metal volcada y pasó a Cyril, que tenía la espalda presionada contra un pilar sucio y sin pintura en el medio del comedor. Aparte de una mesa rota y dos sillas al revés, el área parecía que sólo necesitaba una limpieza profunda antes de que pudiera ser adecuada para los comensales. Lo cual, de nuevo, era extraño. Greg sabía que habría algo aquí, pero no esperaba que el edificio todavía tuviera platos y muebles y… ¿qué más?

Greg miró lo que Hadi sostenía y contuvo el aliento. ¿Era esto por lo que había venido? ¿Era por eso que el viejo lugar lo llamaba?

—¿Qué es? —preguntó Cyril, sin acercarse más al mostrador.

—Creo que es un gato. —Hadi giró el objeto abultado y rugoso que sostenía—. ¿O tal vez un hurón? —Tocó lo que fuera que sea—. ¿Podría ser un animatrónico? —Lo dejó y alumbró con su luz las otras formas a lo largo del mostrador—. Genial. Son premios. ¿Ves? —Hadi examinó con su luz las rígidas figuras.

Eso explicaba los cubículos en forma de cueva que se alineaban en el amplio pasillo por el que Greg y sus amigos habían entrado para llegar al comedor. Los pequeños recintos deben haber sido para gabinetes de árcade y cabinas de juegos.

—No puedo creer que todavía estén aquí —dijo Hadi.

—Tienes razón. —Greg frunció el ceño, estudiando lo que parecía una nutria marina rígida y un pulpo enredado. ¿Por qué estaban todavía aquí?

La vieja pizzería se mantuvo en pie, tapiada y bombardeada por tormentas costeras y aire marino, quién sabe cuánto tiempo. La estructura estaba claramente abandonada y no sólo parecía vieja sino antigua, al borde del colapso. El revestimiento grisáceo y desgastado estaba tan descolorido que apenas se podía decir qué era; el nombre de la pizzería había desaparecido. Entonces, ¿por qué se veía tan bien por dentro? Desde donde estaba Greg, el edificio parecía lo suficientemente sólido como para resistir unos cien años.

Greg y sus padres se habían mudado a la pequeña ciudad cuando él estaba en primer grado, así que conocía bien el lugar. Pero realmente no lo entendia. Por ejemplo, siempre había pensado que era extraño que una pizzería tapiada se hubiera dejado intacta en lo que se suponía que era un lugar de vacaciones. Pero, de nuevo, esta no era exactamente una ciudad turística elegante. La mamá de Greg la llamó una "mezcolanza". Se podían encontrar desde casas grandes y lujosas al otro lado de la calle y pequeñas y feas cabañas de playa envueltas en sucios flotadores de pesca, rodeadas de montones de madera vieja o muebles de jardín arrugados. La casa frente a la de Greg tenía un enorme sedán cuadrado, como de los años setenta, en bloques en el patio delantero. Aun así, Greg se preguntaba por qué una pizzería no podía convertirse en algo útil en lugar de dejarse como un viejo edificio fantasma retorcido que prácticamente gritaba "entrar" a los niños del lugar.

Pero, extrañamente, no parecía que nadie hubiera entrado antes de que lo hicieran Greg, Cyril y Hadi. Greg había imaginado que encontrarían huellas, basura, grafitis, evidencia de que otros "exploradores" habían estado aquí antes que ellos. Pero… nada. Era como si el lugar estuviera abandonado, sumergido en formaldehído y preservado hasta que Greg de repente sintió que se suponía que debía venir aquí.

—Apuesto a que todavía están aquí porque los premios son realmente buenos —dijo Hadi.

—Nadie gana los premios buenos —dijo Cyril. Se había acercado un poco más al mostrador, pero todavía estaba a varios metros de distancia.

—No hay payasos, Cyril. —Greg tuvo que asegurarle a Cyril que no habría payasos en el restaurante abandonado para convencerlo de que viniera. No es que Greg lo supiera de una forma u otra.

—¿Qué es eso? —Cyril señaló a una figura de cabeza y nariz grande. Estaba debajo de un letrero que decía: PREMIO MAYOR.

Greg lo recogió antes de que Hadi pudiera hacerlo. Era pesado y su pelaje se sentía enmarañado y áspero. Se sintió extrañamente atraído por el animal, fuera lo que fuera. Estudió las orejas puntiagudas, la frente inclinada, el hocico largo y los penetrantes ojos amarillos. Entonces notó el collar azul alrededor del cuello del animal. Algo reluciente colgaba del cuello. ¿Una placa de identificación? Lo levantó.

—Fetch —leyó Hadi por encima del hombro de Greg—. Es un perro, llamado Fetch.

Greg amaba a los perros en su mayor parte, pero esperaba no ver nunca uno como este en la vida real. Sostuvo al perro y lo giró de un lado a otro.

Incluso el viejo pero bravo perro que vivía al lado de Greg no era tan feo. Fetch parecía como si alguien hubiera cruzado al lobo feroz con el tiburón de Jaws. Su cabeza (¿seguramente era de él?) era un triángulo, puntiagudo en la parte superior y con una boca demasiado ancha para comodidad en la parte inferior. Al pelaje de Fetch, que parecía marrón grisáceo a la luz manchada de sus linternas, faltaba en algunos lugares, revelando el metal deslustrado debajo. Un par de cables sobresalían de las grandes orejas y una cavidad parcialmente expuesta en su vientre reveló lo que parecía una placa de circuito primitiva.

—Mira esto. —Cyril, sorprendentemente, ahora estaba interesado en el mostrador y tomó un folleto dentro de una funda de plástico—. Creo que son las instrucciones.

—Déjame ver. —Greg arrancó el folleto de las manos de Cyril.

—Oye —chilló Cyril.

Greg ignoró sus protestas. Esto podría ser lo que buscaba.

Devolvió a Fetch a la encimera, sacó el folleto del plástico y leyó las instrucciones. Hadi leyó por encima del hombro. Cyril metió la cabeza entre el pecho de Greg y el folleto, lo que obligó a Greg a sostener el folleto más lejos para que todos pudieran leer juntos. Fetch, explicaban las instrucciones, es un perro animatrónico diseñado para sincronizarse con su teléfono, recuperar información y otras cosas para usted.

—¿Eso está encendido? —dijo Hadi—. ¿Creen que todavía funciona?

—¿Cuánto tiempo ha estado vacío este lugar? —preguntó Greg—. Parece que Fetch es más viejo que mi papá, pero los teléfonos inteligentes no han existido tanto tiempo.

Hadi se encogió de hombros. Greg finalmente lo hizo también, y comenzó a hurgar en Fetch para encontrar el panel de control. Hadi y Cyril perdieron el interés.

—No va a funcionar. Es tecnología más antigua; no será compatible con nuestros teléfonos —dijo Cyril, encogiéndose cuando el viento volvió a azotar el edificio.

Greg sintió un escalofrío deslizarse por su espalda. No estaba seguro de si estaba relacionado con el sobrecogedor ataque de viento o con alguna otra cosa.

Greg devolvió su atención a Fetch. Quería ver si podía conseguir que el perro hiciera lo que se suponía que debía hacer. Tenía el presentimiento de que esto podría ser lo que había sentido en el campo, lo que lo había llamado aquí.

El pesimismo de Cyril sobre Fetch no sorprendió a Greg. No reconocería una oportunidad aun si lo golpeara entre los ojos.

Hadi, por otro lado, fue implacablemente positivo. Tenía una disposición tan alegre que logró lo que Greg pensó que era nada menos que un truco de magia. Hadi era aceptado por la multitud popular, a pesar de pasar la mayor parte de su tiempo con Greg y Cyril, dos de los niños más nerd de la escuela. Quizás tuvo algo que ver con su apariencia. Greg había escuchado a las chicas hablar de Hadi. Hadi estaba "bueno", "lindo", "fuerte" o simplemente "mmmm", dependiendo de la chica que estaba hablando.

Hadi se alejó del mostrador y Cyril se dejó caer en una silla en la mesa más cercana.

—Creo que deberíamos irnos —dijo.

—Nah —Hadi le restó importancia—. Todavía hay mucho que explorar.

Greg los ignoró a ambos. Cogió a Fetch y encontró un panel debajo del vientre de Fetch. Haciendo malabares con las instrucciones, Fetch y su linterna. Se mordió el labio y se concentró en presionar los botones correctos en la secuencia correcta.

Por un instante, el viento y la lluvia amainaron, dejando el edificio en un silencio que se sintió casi amenazador. Greg miró hacia el techo. Notó una gran mancha sobre su cabeza. ¿Una mancha de agua? Distraído de su tarea por un segundo, iluminó con su luz todo el techo. Sin otras manchas, de hecho, ¿por qué no goteaba todo el interior del restaurante? Pensó que

había visto que faltaba parte del techo de metal cuando miró por primera vez el edificio. ¿Por qué no tenía fugas?

Encogiéndose de hombros, devolvió su atención a Fetch. En este punto, sólo estaba presionando botones al azar. Ninguna de las secuencias establecidas en las instrucciones estaba haciendo nada.

Tan abruptamente como se había detenido, el viento y la lluvia comenzaron de nuevo en crecientes temblores maníacos, golpes y lamentos. Fue entonces cuando Fetch se movió.

De repente, con un zumbido, Fetch levantó la cabeza. Luego se abrió más la boca abierta y llena de dientes. Gruñó.

—¡Qué demonios! —Greg dejó caer a Fetch sobre el mostrador y saltó hacia atrás. Simultáneamente, Cyril salió de su silla.

—¿Qué? —preguntó Hadi, volviendo con sus amigos.

Greg señaló a Fetch, cuya cabeza y boca estaban en posiciones claramente diferentes a las que estaban cuando lo encontraron.

—Qué miedo —dijo Hadi.

Todos miraron a Fetch, retrocediendo en un acuerdo tácito de que un poco de distancia era una buena idea en caso de que Fetch hiciera algo más.

Esperaron.

Fetch también.

Hadi se movió primero. Apuntó con su linterna en dirección al escenario.

—¿Qué crees que hay detrás de esa cortina?

—Creo que no quiero saber —dijo Cyril.

Detrás de ellos, una puerta se cerró de golpe… dentro del edificio.

Como uno, los chicos corrieron por el comedor y por el pasillo hasta el almacén en el que habían entrado. Aunque era el más pequeño, Cyril llegó primero a la habitación. Salió por el estrecho espacio que habían logrado crear en la puerta de servicio atascada antes de que los otros pudieran pasar.

Afuera, azotados por la lluvia que caía a cantaros, agarraron sus bicicletas. Greg supuso que el viento soplaba a más de ochenta kilómetros por hora. De ninguna manera podrían ir en bicicleta a casa. Miró a Hadi, cuyo cabello negro y rizado estaba enmarañado contra su cabeza. Hadi se echó a reír y Greg se le unió. Cyril vaciló y luego se echó a reír también.

—Vamos —gritó Hadi sobre el viento aullante. Sin mirar atrás al restaurante, bajaron la cabeza y empujaron sus bicicletas contra la tormenta.

Mientras caminaba con dificultad junto a sus amigos, Greg pensó en por qué quería que vinieran al restaurante abandonado. Habían dejado mucho de él sin explorar… como el área detrás de la cortina. También había tres puertas cerradas en el pasillo. ¿Qué había detrás de ellas? Greg temía no haber obtenido lo que estaba ahí. ¿Había hecho lo que se suponía que debía hacer?

☆ ☆ ☆

Greg estaba cerca de casa cuando una mujer gritó—: ¿Es lo suficientemente lluvioso para ti?

Se detuvo, se secó los ojos y entrecerró los ojos bajo la lluvia.

—Oiga, señora Peters —gritó cuando vio a su vecina anciana de pie en su porche delantero cubierto.

Ella levantó sus delgados brazos.

—¡Amo estas tormentas! —cantó.

Él se rio y la saludó con la mano.

—¡Disfrute! —gritó él.

Ella también saludó con la mano y él siguió adelante. Cuando se acercó a la casa alta y moderna frente al mar de sus padres, Greg se sorprendió al ver una luz en la ventana de la sala de estar. La ciudad todavía estaba a oscuras. Cuando se separó de Cyril y Hadi, las únicas luces que había visto eran sus linternas moviéndose como espíritus incorpóreos y los parpadeos de lo que parecían velas dentro de un par de casas. La luz de su ventana, sin embargo, era brillante y constante.

Cuando aparcó su bicicleta junto a los pilotes que elevaban la casa a un piso del suelo, descubrió por qué había visto la luz. Al principio, ahogado por los atronadores sonidos del viento y la lluvia, no escuchó el motor hasta que prácticamente entró en él. Un generador nuevo y reluciente se encontraba debajo de la casa, traqueteando, un cable que se extendía más allá del garaje para dos autos y subía las escaleras hasta la puerta principal.

Se quitó la chaqueta impermeable que goteaba mientras subía los escalones, pero antes de llegar a la puerta principal, esta se abrió.

—¡Ahí estás, chico! —El tío de Greg, Darrin, le sonrió, su montañoso cuerpo de dos metros y medio y hombros anchos llenó la puerta—. Estaba a punto de montar un grupo de búsqueda. No contestaste tu teléfono.

Greg llegó a la entrada e intercambió su saludo característico con su tío: medio abrazo, doble puño y golpe.

—Lo siento, Dare. No lo escuché. —Sacó el teléfono de su bolsillo y lo golpeó. Dare le había enviado mensajes de texto y lo había llamado varias veces—. Wow. Te juro que no lo escuché.

—¿Quién podría escuchar algo con este viento? Entra.

—¿De dónde vino el generador? —preguntó Greg. Realmente no le importaba. Estaba tratando de distraerse de pensar por qué no escuchó su teléfono en el restaurante. No había sido tan ruidoso por dentro. ¿Podría haber sido porque…?

—Lo conseguí en Olympia. Tu padre ha estado diciendo durante años que no necesita uno, pero eso es una tontería. Le dije que desearía tener uno. Han estado diciendo que las tormentas serán mucho peores este invierno. No lo sabía, pero comenzaron vinieron a principios de este año. ¿Y qué tal esa lluvia que tuvimos la semana pasada para Halloween? —Dare negó con la cabeza—. Por supuesto, tu papá no escuchará.

Greg no recordaba ese argumento. Pero claro, el padre de Greg y Dare tenía tantas discusiones, ¿cómo podía recordar una en específico?

El tío Darrin era el hermano de la madre de Greg, su único hermano, y eran cercanos, pero Greg y Dare eran aún más cercanos. Pero el padre de Greg odiaba a Dare por las mismas razones por las que Greg lo amaba, porque era extravagante y divertido.

—Darrin necesita crecer —decía el padre de Greg una y otra vez.

Con el pelo largo, morado muerto, una trenza, y un guardarropa de trajes y corbatas de colores brillantes combinados con camisas con estampados dolorosos, Dare tenía su propio estilo distintivo. El hecho de que Dare también fuera un rico y exitoso inventor de piezas de automóvil y tuvo la suerte más asombrosa con las inversiones y el dinero en general fue el clavo en su ataúd en lo que respecta al padre de Greg.

—La gente como él no se merece el éxito —se quejaba a menudo. El padre de Greg era un contratista y trabajaba más de lo que quería para pagar su gran casa y los coches caros que le gustaban. El hecho de que Dare viviera en una propiedad de diez acres y ganara toneladas de dinero "retocando" en su taller era "demasiado".

Greg amaba a Dare de la forma en que deseaba poder amar a su padre. Dare no había hecho nada más que aceptar a Greg desde el día en que su cabecita aplastada entró en el mundo, a pesar del hecho de que Greg nunca fue un bebé lindo, y no se había convertido en un niño lindo. Su rostro era demasiado largo, sus ojos estaban demasiado juntos y su nariz era demasiado pequeña. Compensó todo eso con un cabello rubio largo y ondulado, una "gran sonrisa" (o eso había dicho una chica de su anterior clase de octavo grado), y suficiente altura y músculos para pensar que no sería una causa perdida total, después de eso en la escuela secundaria nunca se sintió atraído por las cosas típicas de los niños como los autos y los deportes, sin importar lo mucho que su padre trató de obligarlo a tragarlos, Greg encontró un aliado en Dare, que no cuestionaba sus gustos o disgustos. Aceptó a Greg tal como era.

—¿Dónde está mamá? —le preguntó Greg a Dare.

—En el club de libros.

Greg no preguntó por su padre. Uno, no le importaba. Dos, sabía que su padre estaría jugando al póquer con sus amigos. Así era como pasaba sus sábados por la noche, incluso si tenía que jugar a las cartas a la luz de las velas.

—¿Dónde estabas con este clima? —preguntó Dare.

—Um, ¿puedes mantener eso en secreto?

Dare inclinó su enorme cabeza y se acarició la perilla canosa.

—Seguro. Confío en ti.

—Gracias.

—¿Quieres jugar al backgammon? —preguntó Dare.

—¿Puedo tomar un descanso por la lluvia?

—¡Ha! Buena. —Dare señaló el abrigo todavía goteando de Greg.

Greg negó con la cabeza.

—Fue involuntario. Um, ¿sólo quiero leer un poco?…

—Está bien. No hay problema. Sólo vine a instalar el generador para ustedes. Cuando no estabas aquí y no podía comunicarme contigo, pensé que me quedaría hasta que la preocupación me destruyera los circuitos y me hiciera llamar a la policía.

Greg sonrió.

—Me alegro de haber llegado a casa antes de que llamaras a la policía.

—Yo también. —Dare empezó a alcanzar su impermeable magenta, luego vaciló y chasqueó los dedos—. Oh, por cierto, escuché que conseguiste tu primer trabajo como niñero. Me alegro de que finalmente hayas escuchado a tu viejo.

—Realmente fue gracias a ti. Una vez que tiraste tus dos centavos, fueron tres contra uno. La próxima semana estaré sentado para el hijo de los McNallys, ¿Jake? Necesitan que alguien lo vigile los sábados.

—¡De ninguna manera! Su mamá y yo nos remontamos. Tal vez pase por aquí alguna vez, les traeré un regalo… o a mi nuevo cachorro. He estado pensando seriamente en tener un perro.

—¿De verdad? ¡Genial!

—Sí, un amigo tiene un Shih Tzu que pronto tendrá cachorros. Creo que ya llevo bastante tiempo sin perro. Extraño tener un perro que abrazar.

Greg rio.

—Sólo asegúrate de que sea un lindo Shih Tzu. Creo que la bestia de al lado es un Shih Tzu.

—¿Ese mestizo de dientes desgarrados? No, ningún perro mío será así. Recuerdalo —dijo Dare, levantando su dedo índice derecho, en el que llevaba su anillo de oro y ónix favorito— tengo…

—El dedo mágico de la suerte —dijeron Dare y Greg al unísono.

Se rieron.

"El dedo mágico de la suerte" había sido una broma constante desde que Greg tenía unos cuatro años. Un día, estaba llorando porque quería el pulpo relleno en una máquina de garras. No había podido conseguirlo cuando su madre puso dinero en la máquina y lo intentó con la garra. Dare había golpeado el cristal de la máquina con su dedo índice derecho y había dicho con voz profunda: *Tengo el dedo mágico de la suerte. Te traeré el pulpo.* Y lo logró en el primer intento. Después de eso, Dare llamó al dedo mágico de la suerte para que las cosas salieran como él quería. Casi siempre funcionaba.

Greg dejó de reír, pensando de nuevo en el perro del vecino.

—Sí, todavía no puedo creer que esa cosa me mordió.

Los vecinos de al lado se habían mudado el año anterior, y dos días después, su perro, un chucho pequeño pero malvado con dientes muy afilados y un ojo perdido, cargó contra Greg y lo mordió en el tobillo. Tuvo diez puntos.

—Está bien, me iré y te dejo con tu lectura —dijo Dare—. Sin embargo antes de irme, asegurémonos de que todo funciona bien.

Quince minutos más tarde, Greg estaba descansando en su cama de matrimonio leyendo a la agradable luz brillante de su lámpara de lectura colgante roja. Dare le había conseguido a la familia un sistema de transferencia de energía para el generador que se conectaba a la caja de interruptores. Con sólo presionar algunos interruptores, se restableció la energía en toda la casa.

—Tengo esto especialmente para tu necesidad de diversión —dijo Dare antes de darle a Greg otro medio abrazo, doble puño y marcharse.

A pesar de que realmente quería comenzar a leer, Greg se tomó el tiempo para hacer su rutina de yoga nocturna antes de deslizarse bajo la gran manta que Dare le había tejido. Dare también le había enseñado yoga y le encantaba. No sólo lo calmaba antes de acostarse, también lo ayudaba a mantenerse en forma. No es que esa "buena forma" fuera lo suficientemente buena.

Se paró frente al espejo y examinó sus estrechos hombros y su ligero pecho. A pesar de que tenía músculos en brazos y piernas, su torso seguía siendo demasiado delgado. Y su cara…

El teléfono de Greg sonó. Lo cogió y miró un mensaje de texto de Hadi.

¿Te recuperaste?

Greg resopló. Como si estuviera lo suficientemente asustado como para necesitar recuperarse. **¿De qué?** respondió, haciéndose el tonto.

No puedes engañarme.

Está bien, respondió Greg. **Sí, estoy bien. Necesito más coraje, supongo.**

Necesitas el cerebro de Brian Rhineheart. No le teme a nada.

Greg rio. Buen punto. Brian Rhineheart era el corredor estrella del equipo de fútbol. **También podría usar sus piernas. Ser rápido, para huir.**

LOL ¿Qué hay de los hombros de Steve Thornton? Es lo suficientemente fuerte como para golpear cosas aterradoras.

Greg se rio de nuevo. Pero sabía que decía algo más. Si iba a hacer lo que se había propuesto, ¿por qué no eligió lo que quería?

Está bien, tecleó, **pero yo también quiero el pecho de Don Warring.**

Greg sonrió ante la idea de construir un cuerpo a partir de partes de jugadores de fútbol. Sin embargo, necesitaba una buena cara. Especialmente si quería que una chica le prestara atención.

Quiero los ojos de Ron Fisher, le envió un mensaje de texto.

Mensaje recibido. **¿Qué hay de la nariz de Neal Manning?**

Greg sonrió y escribió: **Obvio**.

¿Boca?

Greg lo pensó. Respondió, **de Zach**.

Es jodidamente grande.

Greg sonrió. Podía imaginarse la "gran sonrisa maldita" de Hadi.

¿Cabello?

Me gusta el mío, respondió Greg.

¿Mucho ego?

Greg rio.

GG

Hasta luego.

Greg se dejó caer en su cama.

Cogió su diario y el libro sobre el punto de campo cero que necesitaba comprobar. Echó un vistazo a sus plantas antes de comenzar a leer. Ellas fueron la clave para esto, ¿no es así? Hicieron que el intercambio que acababa de tener con Hadi fuera más que un juego tonto. Bueno, al menos fueron el catalizador. Aprender acerca de los experimentos de Cleve Backster es lo que lo había lanzado por el camino en el que estaba.

Pero las plantas no lo ayudarían esta noche. Necesitaba revisar lo que sabía sobre los generadores de eventos aleatorios, o REG. Hojeó su libro. Sí, ahí estaba. Máquinas y conciencia. Causa y efecto. Dejó el libro y hojeó su última entrada del diario.

No había malinterpretado lo que había recibido, ¿verdad? No. No lo creía así. O estaba en el camino correcto o no. Y si no lo estaba, no creía que quisiera saber en qué pista estaba. La forma en que se había sentido atraído por ese lugar no podía haber sido una coincidencia.

☆☆☆

La tormenta duró otro día, pero se terminó el domingo por la noche. Volvió la energía. La escuela estaba funcionando como de costumbre el lunes por la mañana.

Greg aguantó la primera mitad del día y se sintió aliviado cuando la 1:10 p.m. finalmente rodó y pudo pasar a Teoría Científica Avanzada. La Teoría Científica Avanzada era una clase reservada para estudiantes de primer año que habían ganado premios de la feria de ciencias en los dos años anteriores. La clase tenía sólo doce estudiantes. Era enseñada por un maestro visitante, el Sr. Jacoby, quien también enseñó en el Grays Harbor Community College.

Como siempre, Greg fue el primero en llegar al aula. Se sentó al frente. Sólo Hadi se sentaría cerca de él.

El Sr. Jacoby estaba prácticamente rebotando en el frente del salón de clases de paredes amarillas cuando sonó la campana. Era alto y larguirucho pero tan lleno de energía que a Greg le recordaba a un resorte largo y enroscado, el Sr. Jacoby era un maestro entusiasta que no se dejaba intimidar por los estudiantes desinteresados. Greg amaba la ciencia, todas las ciencias, no sólo la tecnología, y su pasión le había valido el título de la mascota del maestro.

El Sr. Jacoby siempre sermoneaba mientras se lanzaba al frente del aula como si tuviera insectos en los pantalones. A veces garabateaba en la pizarra. Más a menudo, simplemente divagaba. Pero era algo interesante. Esa pequeña habitación, llena de altas mesas de laboratorio de madera y sillas a la altura de un mostrador, era uno de los lugares favoritos de Greg en la escuela. Le encantaba la Tabla Periódica y los carteles de constelaciones en las paredes. Le encantaba el olor del fertilizante que alimentaba a las plantas híbridas que crecían al fondo de la habitación, le hacía pensar en la ciencia y el aprendizaje.

Pasando una mano por su rebelde cabello rojo, el Sr. Jacoby comenzó:

—En física cuántica, hay algo conocido como el Campo de Punto Cero. Este campo es una prueba científica de que no existe el vacío, ni la nada. Si se vacía todo el espacio de materia y energía, todavía se encontrará, en términos subatómicos un montón de actividad. Esta actividad constante es un campo de energía que siempre está en movimiento, la materia

subatómica interactúa constantemente con otra materia subatómica. —El señor Jacoby se frotó la nariz pecosa—. ¿Están todos conmigo?

Greg asintió con entusiasmo. Hadi, que estaba sentado a su lado en la mesa del laboratorio de tres personas, le dio un codazo.

—**Ese** es tu truco.

Greg lo ignoró.

El Sr. Jacoby le sonrió a Greg y asintió con la cabeza para representar a toda la clase, lo cual fue imprudente, pero a Greg le pareció bien.

—Bien. —El Sr. Jacoby continuó—. Así que esta energía se llama Campo de Punto Cero porque las fluctuaciones en el campo todavía se encuentran en temperaturas de cero absoluto. El cero absoluto es el estado de energía más bajo posible, donde todo se ha eliminado y no debería quedar nada para hacer ningún movimiento. ¿Tiene sentido?

Greg asintió de nuevo.

—Estupendo. Entonces, la energía debería ser cero, pero cuando miden la energía, matemáticamente, nunca llega a cero. Siempre queda algo de vibración debido al continuo intercambio de partículas. ¿Aún están conmigo?

Greg asintió con entusiasmo. No tenía idea de que el Sr. Jacoby debía hablar de eso hoy. ¿Cuáles eran las probabilidades? Sonrió. No hubo probabilidades. Fue el campo. Estaba tan emocionado que se perdió los siguientes minutos de la conferencia del Sr. Jacoby. Pero no importaba. Sabía estas cosas.

Sin embargo, volvió a sintonizar cuando Kimberly Bergstrom levantó la mano. Escuchó su pregunta—: ¿Esto es sólo una teoría?

También escuchó el comienzo de la respuesta del Sr. Jacoby.

—No completamente. Considera la tendencia científica. Antes de la revolución científica…

Ahí es donde Greg volvió a desconectarse. Quedó atrapado mirando a Kimberly. ¿Quién no lo haría? Cabello largo y negro como la tinta. Increíbles ojos verdes. Más bonita que cualquier modelo que hubiera visto jamás.

Greg sintió que se sonrojaba y apartó la mirada de Kimberly antes de que alguien lo sorprendiera mirándola.

Demasiado tarde.

Hadi le dio un codazo de nuevo, y cuando Greg lo miró, Hadi lo miró con ojos tontos. Greg volvió a centrar su atención en el señor Jacoby.

☆☆☆

Como de costumbre, Greg fue el último en salir del salón cuando terminó la clase. El Sr. Jacoby le sonrió mientras Greg recogía sus cosas, y este pensó de nuevo en hablar con su maestro. Hasta que sintió vibrar su teléfono. Saludando al Sr. Jacoby, sacó su teléfono mientras caminaba hacia el pasillo. Miró la pantalla.

Hola Greg, ¿cómo estás?

El número de teléfono no le resultaba familiar. Miró a su alrededor. ¿Quién le estaba enviando mensajes de texto**? Estoy bien. ¿Quién eres?** Luego miró su pantalla.

Fetch

—Oh, muy gracioso, Hadi —murmuró Greg. Envió un mensaje de texto con lo que dijo.

La respuesta no fue la que esperaba:

? 4U.

¿Cuál es tu pregunta?

¿Por qué te fuiste?

Greg puso los ojos en blanco. **Eres muy gracioso.**

Gracias. Tu respuesta.

Greg sintió un golpe en el hombro.

—Vas a llegar tarde al español —le dijo Hadi.

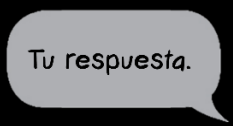
Greg se dio la vuelta. Hadi enarcó una ceja. Y Cyril, que estaba a su lado, dio un paso atrás tartamudeando.

—¿Por qué me envías mensajes si estás aquí? —le preguntó a Hadi.

—Amigo, ¿estás loco? ¿Parece que te estoy enviando mensajes?

«De hecho, no». El teléfono de Hadi no estaba a la vista.

Greg volvió a mirar su teléfono. Quien le estaba enviando un mensaje de texto había repetido:



Greg miró a Cyril.

—¿Me enviaste un mensaje?

—*No. ¿Por qué lo haría?*

—No sé por qué me enviaste un mensaje. Y deja de hablar en español —dijo Greg.

Cyril lo ignoró.

—*Venga.* —Tiró de la manga de Greg.

—Odio el español.

Cyril miró más allá de Greg y dijo—: *Hola, Manuel.*

Greg se volteó para mirar a Manuel Gómez, quien se había transferido a la escuela un par de semanas antes desde Madrid, España.

—*Hola, Cyril. ¿Cómo estás?*

—*Estoy bien. ¿Tú?*

—*Bien.*

—*Oye, Manuel, ¿conoces a Greg?* —preguntó Cyril, señalando a Greg.

—*No.* —Manuel le sonrió a Greg y le tendió la mano—. *Encantado de conocerte.*

—Sólo dijo, "Encantado de conocerte" —le dijo Cyril a Greg.

—*Lo sé* —respondió Greg—. No soy un idiota total en español.

—Estás lo suficientemente cerca de serlo—dijo Cyril.

Manuel se rio.

—*Greg tiene muchos problemas con el español* —le dijo Cyril a Manuel.

—Estaría feliz de poder ayudarte con el español en cualquier momento —le dijo Manuel a Greg—. ¿Quieres que te dé mi número? —Levantó su teléfono.

—Seguro.

Greg y Manuel intercambiaron sus teléfonos y números.

—Oye, Mousie —le gritó alguien a Cyril—. ¿Cómo está tu mamá? ¿Sigue siendo un fenómeno como tú?

Greg se volteó y se enfrentó al matón de Cyril. Se aclaró la garganta y dijo en voz alta—: Recuerda esto, Trent. "Tres cosas en la vida son importantes. Lo primero es ser amable. Lo segundo es ser amable. Y lo tercero es ser amable". Eso dijo Henry James.

Trent empujó a Greg.

—Eres un raro.

Mientras Trent se alejaba, Hadi le dio un codazo a Greg.

—Lees demasiado.

—No lees lo suficiente.

Al unísono, dijeron con exageradas voces profundas—: El universo en equilibrio. —Chocaron los puños y terminaron con un—: ¡Cha!

Un par de niños en el pasillo empujaron deliberadamente a Greg, y uno de ellos dijo—: Ustedes son raros.

—Y orgullosos de ello —cantó Greg.

Hadi negó con la cabeza.

Manuel tocó el hombro de Greg.

—A mí también me gusta Henry James. —Sonrió y le tendió un puño.

Greg chocó los puños con Manuel; luego, metiendo el teléfono en el bolsillo, siguió a Cyril y Hadi al español. No iba a hablar con ellos sobre los mensajes de texto ahora. Pero tampoco dejó de pensar en los textos. Si ni Hadi ni Cyril los enviaron, ¿quién lo hizo? ¿Había alguien más en el restaurante con los chicos el sábado por la noche? ¿Fue quien cerró esa puerta de un portazo? ¿O alguien los vio irse y luego entrar y buscar a Fetch?

La idea de que los habían observado hizo que se le erizara la piel. Pero la idea de que no los habían observado hizo que se le pusieran los pelos de punta. ¿Podría ser? No lo pensaría. Aún no.

☆ ☆ ☆

Al día siguiente, estaba pensando en ello. Era difícil no hacerlo. Había recibido una docena de mensajes de texto de Fetch. A estas alturas, se dio cuenta de que los textos tenían que ser del animatrónico. No podían ser de nadie más porque nadie más podía saber sobre Fetch. Obviamente, Fetch llamó a Greg, por así decirlo. Rápidamente quedó claro que Fetch estaba sincronizado con su teléfono y estaba tratando de estar a la altura de su nombre (Fetch significa buscar). Cuando Greg le dijo a Cyril que necesitaba más tiempo para hacer algunos deberes, Fetch le envió un enlace a un artículo sobre administración del tiempo y apareció una aplicación de reloj en su teléfono. Cuando Greg buscó REG en línea, recibió un enlace, de Fetch, a un artículo sobre las últimas investigaciones sobre intención y REGs. Cuando terminó el artículo, Fetch envió un mensaje de texto:

01001111 01101011 01100001 01111001 00111111

Esto desconcertó a Greg hasta que pensó en el artículo que acababa de leer. El artículo hablaba de los experimentos que se estaban realizando que usaban REGs para medir si una persona podía pensar lo suficiente como para tener un efecto en un resultado en el mundo físico. Greg sabía que

los REGs generaban unos y ceros aleatorios. «Unos y ceros», pensó Greg. ¿Es posible?

Greg copió el texto de Fetch en un convertidor de binario a texto y, efectivamente, Fetch envió un mensaje de texto—: ¿Estás bien? —en código binario.

Greg se estremeció mientras le respondía el mensaje, **Muy bien**. No estaba seguro de que estuviera bien en absoluto. Era más espeluznante que "bien".

Entonces las cosas se pusieron más extrañas… como si recibir mensajes de texto de un viejo perro animatrónico no fuera extraño para empezar.

Un día Greg le dijo a su mamá por teléfono que tenía ganas de comer chocolate. Ella dijo lo que siempre decía cuando él mencionaba dulces:

—No es bueno para ti. Come una manzana.

Más tarde ese día, cuando llegó a casa de las compras, sacó una barra de chocolate de la bolsa.

—¿Cómo llegó esto aquí? —preguntó molesta, metiendo su cabello rubio hasta la barbilla detrás de una oreja—. No compré esto. —Revisó su recibo y descubrió que la barra estaba en el pedido que había realizado en línea—. Debe ser un problema técnico. Tendré que enviarles un correo electrónico. —Cuando sorprendió a Greg mirándola, dijo—: Bueno, es tu día de suerte —y le arrojó a la barra.

Cuando agarró la barra de chocolate, estaba bastante seguro de que todavía no podía comerla. Estaba demasiado emocionado. Si tenía razón, Fetch acababa de traerle una barra de chocolate.

¿Qué más podía hacer el perro animatrónico?

¿Y cómo lo estaba haciendo?

Greg apenas podía aceptar que Fetch estuviera sincronizado con su teléfono. Pero Fetch no estaba sincronizado con el teléfono de su madre, ¿verdad?

Los mensajes de texto continuaron día tras día. A veces Greg respondía, simplemente porque sí. A veces no. De cualquier manera, mantuvo un

registro en su diario. Esto le estaba dando una retroalimentación importante para su proyecto.

Muchos de sus intercambios con Fetch no tenían sentido. Como el día que Fetch envió un mensaje de texto:

Servicio de Drogas y Alcohol de Dyfed.

¿Por qué haría algo estúpido? —Greg respondió.

No sé.

A veces, los textos eran claros. Un día, Greg le envió un mensaje de texto a Cyril diciéndole que tenía problemas con la tarea de español y necesitaba la traducción de "No sé cómo hacer pan de plátano sin huevos ni harina". Cyril no respondió, pero Fetch envió un mensaje de texto:

No sé cómo hacer pan de plátano sin huevos ni harina.

Cyril no respondió hasta bien entrada la noche. Cuando lo hizo, su traducción fue la misma que la de Fetch.

¿Era hora de que Greg les contara a sus amigos lo que estaba pasando?

Decidió esperar.

Pero luego vino la araña.

☆ ☆ ☆

Un sábado, un par de semanas antes de Navidad, Greg estaba en casa cuidando a Jake, con su ahora habitual trabajo de niñero los sábados. Dare, o "Tío Dare" para Greg y Jake gracias a la estrecha amistad de Dare con la Sra. McNally, había sugerido que hicieran "un día de campo lluvioso", con una manta de picnic amarilla con caritas sonrientes, algunas plantas en macetas, un juguete de goma, insectos, y una canasta de mimbre llena de sándwiches creativos como ensalada de alcachofas con provolone y pasas sobre pumpernickel y pollo y mantequilla de maní sobre centeno. Afortunadamente, Dare sabía que Greg no era tan aventurero con la comida como él, por lo que también incluyó un par de sándwiches de ensalada de atún comunes. Organizaron su picnic en la sala de estar, frente al gran ventanal con vista a las dunas y al océano. Apenas se podía ver el océano a través de la lluvia, un tono de gris se fusionaba con el siguiente.

A Jake, de cuatro años, le encantaba el picnic, pero no le gustaba la enorme araña de goma que acechaba cerca del borde de la manta de picnic. Estaba tan agitado que Greg sugirió que pusieran el picnic en espera. Sacó dos espátulas e hizo una gran producción recogiendo la araña y metiéndola en una bolsa de plástico sellada. Eso no fue suficiente para Jake.

—¡Afuera! —demandó, señalando con un dedo regordete hacia la puerta.

Así que Greg se puso su impermeable y salió bajo la lluvia. Mientras Dare y Jake supervisaban desde debajo del refugio de la casa, Greg cavó un agujero en el barro y enterró la araña de goma.

Satisfecho, Jake se comió el resto de su almuerzo campestre sin comentarios.

—Buen trabajo, muchacho —dijo Dare.

Greg disfrutó de los elogios. Estaba seguro que nunca recibió ninguno de su padre, que, como de costumbre, estaba trabajando. Sin embargo, cuando Dare estaba cerca, no parecía importarle tanto la desaprobación de su padre. Su tío hacía que todo pareciera mejor.

☆ ☆ ☆

Un par de días antes de Navidad, Greg y Hadi estaban hablando por teléfono sobre Trent.

—Es un idiota —dijo Greg. Se acostó en su cama observando sus plantas, enviándoles pensamientos específicos como si se enviaran a un REG. Al igual que en los experimentos de Cleve Backster, sus plantas parecían responder bien a sus últimas intenciones.

—Realmente no le presto atención —respondió Hadi— pero sé que molesta a Cyril.

—Sí.

—Necesita que le hagan una broma —dijo Hadi—. Estaba pensando en arañas. Lo escuché el otro día decirle a Zach que le tiene miedo a las arañas.

Greg rio.

—¿En serio? Tengo una de goma enterrada en mi patio trasero. Tal vez si deja de llover la desenterraré antes de ir.

—Sí, hazlo. Ho Ho Ho. Sería una agradable sorpresa en su calcetín.

Greg esperó unas horas, pero la lluvia no cesó. Zumbaba implacablemente en el techo. Si no le hubiera prometido a Hadi que iría a envolver los regalos, no habría salido de la casa.

Pero lo prometió, así que se preparó para la lluvia y salió.

Casi gritó cuando miró hacia abajo y vio una enorme araña cubriendo el BIENVENIDOS AMIGOS en el tapete de entrada de yute de su madre. Saltando hacia atrás, miró fijamente a la araña, dándose cuenta ahora de lo que era.

Greg sintió que se le aceleraba el pulso.

Ahí estaba. No era posible.

Pero ahí estaba. Era la araña de goma que había enterrado, todavía en su bolsa de plástico ahora embarrada.

Nadie excepto Dare y Jake sabía dónde estaba esa araña. Jake y su familia habían ido a Hawái para Navidad, y Dare estaba de viaje de esquí con amigos.

—Ojalá pudieras estar aquí para nuestra blanca Navidad, muchacho —le había dicho Dare por teléfono la noche anterior.

Inclinándose y recogiendo la bolsa de plástico de la esquina, como si fuera una criatura mortal en sí misma, Greg sostuvo la bolsa frente a su cara.

¿Había marcas de dientes a lo largo del borde inferior?

Dejó caer la bolsa.

Su teléfono vibró. Contuvo el aliento y buscó a tientas su teléfono.

Feliz Navidad.

Feliz Navidad a ti también, Fetch. Greg entró mientras intentaba ignorar el hecho de que le temblaban los dedos.

No esperó una respuesta. Haciendo caso omiso de la urgencia de arrojar el teléfono a los arbustos en el borde de su jardín, se lo guardó en el bolsillo. Era hora. Tenía que hablar con sus amigos.

☆ ☆ ☆

El día después de Navidad, los niños se reunieron en la habitación de Greg, en la cama. Greg se sentó con la espalda apoyada en la cabecera acolchada azul marino, con sus amigos tendidos uno al lado del otro a los pies. Miró alrededor de la habitación, sintiéndose cómodo en su entorno familiar. Los carteles de películas musicales se alternaban con carteles de cachorros en las paredes, y dos estanterías llenas de libros flanqueaban la ventana que daba al océano. El cielo exterior era gris mate, como si un artista sin sentido de la profundidad acabara de esparcir pintura por el horizonte. En la pared opuesta a la ventana, sus plantas estaban colocadas en hileras en estanterías debajo de un banco bajo de luces de cultivo. Su antiguo escritorio con tapa enrollable, un regalo de Dare, estaba junto a la puerta. Un plato de galletas de jengibre que Greg había horneado dos días antes estaba en medio de la cama.

Agarrando una galleta, Hadi preguntó—: ¿De qué se trata esta reunión urgente?

—Sí —chilló Cyril—. Iba a ir a las rebajas de Navidad del día después de la Navidad con mi mamá.

Hadi negó con la cabeza.

—Enserio amigo. ¿Te escuchas a ti mismo? También podrías usar una camiseta que diga: Búrlate de mí.

Greg le arrojó un calcetín sucio a Hadi.

—Déjalo en paz. Si le gusta comprar con su mamá, le gusta comprar con su mamá y ya está.

Hadi le hizo una reverencia a Greg.

—Tienes un punto. —Asintió con la cabeza hacia Cyril, esta vez dijo de verdad—: Lo siento.

—Está bien.

En el silencio que siguió, Greg sopesó cómo iba a explicar todo. Bueno, tal vez no iba a explicar todo. Quizás sólo algunas cosas. Seguro que tenía que hablarles de Fetch.

Miró hacia su mesa de noche, que contenía montones de libros, papeles y su teléfono, aun recibiendo mensajes de texto de Fetch. Su más reciente, una hora antes de que aparecieran Cyril y Hadi, decía:

¿Necesitas comida para 4 para la reunión?

No, gracias. Respondió Greg.

Respiró hondo y arrugó la nariz ante el aroma del ambientador lavanda que su madre había puesto en algún lugar de su habitación. (Lo había estado buscando pero aún no lo había encontrado. Prefería el olor de su ropa sudada, muchas gracias).

—Está bien, entonces no hay forma de decir esto más que decirlo —comenzó.

Hadi y Cyril lo miraron.

—Fetch me ha estado enviando mensajes de texto.

Sus amigos lo miraron. Parpadearon al unísono.

—¿Quién es Fetch? —preguntó Hadi.

—Espera, ¿te refieres a esa cosa del perro? ¿Ese premio de la pizzería? ¿Esto es una broma? —preguntó Cyril.

Greg negó con la cabeza. Cogió uno de los montones de papeles de su mesita de noche, todos los mensajes de texto que había impreso, y se lo tendió a Cyril.

—Mira.

Esperó mientras Cyril y Hadi se deslizaban juntos para poder leer los textos al mismo tiempo.

—Esto no puede ser real —dijo Cyril. Su voz era incluso más alta de lo normal.

Hadi tomó la pila de copias impresas y las hojeó. Miró a Greg y luego le dijo a Cyril—: No nos haría una broma así.

—No, no lo haría —dijo Greg—. ¿Quieres ver mi teléfono? Soy inteligente, pero no lo suficientemente inteligente como para falsificar mensajes de texto en mi teléfono.

Hadi negó con la cabeza. De repente se puso de pie y comenzó a caminar en un círculo diminuto sobre la alfombra trenzada azul y granate de Greg.

—Debe haberse sincronizado con tu teléfono —dijo finalmente.

Greg asintió.

—Sí, excepto–.

—Wow, espera —dijo Cyril—. No soy un experto en tecnología, pero no veo cómo algo tan antiguo como ese perro animatrónico podría sincronizarse con un teléfono inteligente moderno. Simplemente no es posible.

—Sin embargo, obviamente lo es —dijo Hadi.

—No se trata sólo de sincronizar. —Greg tomó la bolsa de plástico embarrada que contenía la araña y la levantó. Sintió que debería decir, "Prueba A", pero no lo hizo.

—¿Qué es eso? —Cyril se alejó tan rápido que se cayó de la cama con un ruido sordo.

Greg reprimió una risa mientras Cyril se levantaba de un salto.

—Lo siento —le dijo Greg—. No es real. —Les contó la historia del picnic y luego la aparición de la bolsa desenterrada en su puerta.

Cyril lo miró boquiabierto, luego miró de Hadi a Greg y de nuevo a Hadi.

—De ninguna manera.

—Déjame ver eso. —Hadi le arrebató la bolsa a Greg y la examinó—. ¡Esas son marcas de dientes!

—De ninguna manera —repitió Cyril.

—Muy bien —dijo Hadi.

—Es como mis plantas, creo —comenzó Greg. Era hora de compartir lo que estaba seguro que estaba detrás de todo esto.

Hadi y Cyril lo miraron.

—¿Qué? —preguntó Hadi.

—¿Han oído hablar de Cleve Backster? —preguntó Greg, bastante seguro de que no lo habían hecho.

Negaron con la cabeza.

—Era un experto en polígrafo que comenzó a hacer experimentos con plantas en la década de 1960.

—Está bien —dijo Hadi—. ¿Y qué?

—En la década de 1960, Backster tuvo la idea de conectar una planta a una máquina de polígrafo para ver si podía medir cuánto tiempo tardaba la ósmosis. Aunque no aprendió nada sobre la ósmosis, se topó con algo más, algo genial. —Greg se detuvo.

Cyril y Hadi seguían mirando a la araña en la bolsa. Probablemente ni siquiera lo estaban escuchando, e incluso si lo estuvieran, Greg se dio cuenta de que no había forma de que estuviera listo para contarles su teoría.

—¿Y si alguien estaba en el edificio con nosotros y ahora te está observando? —preguntó Cyril, confirmando que él y Hadi no habían estado escuchando.

—¿Qué? ¿Cómo un acosador? —preguntó Hadi.

—¿Y puso micrófonos en mi teléfono o algo así? —preguntó Greg—. Eso es una locura.

Pero, ¿fue más loco de lo que pensaba que estaba pasando?

El teléfono de Greg sonó. Lo cogió y leyó el texto entrante. Dejó caer el teléfono en la cama.

Hadi y Cyril miraron el teléfono y luego a Greg.

Lo señaló. Cuando se inclinaron para mirarlo, él también miró y volvió a leer el texto:

EL.

—¿Qué es EL? —preguntó Cyril.

Hadi se puso pálido. Se encontró con la mirada de Greg con los ojos abiertos de par en par.

—Risa malvada —dijeron al unísono.

Un perro animatrónico que quisiera ayudar era una cosa. Un perro animatrónico que quisiera ayudar y tuviera sentido del humor estaba bien. Pero un perro animatrónico que estaba al corriente de todo… eso era, bueno, aterrador.

Después de eso, Greg dejó de intentar que Hadi y Cyril entendieran lo que pensaba que estaba pasando con Fetch. Cuando terminaron de asustarse por el texto de Fetch, les dijo que los mantendría informados y decidió que era hora de realizar más experimentos.

Ir al restaurante abandonado en sí mismo había sido una prueba, y todavía no estaba seguro de cómo había resultado. Había comenzado con él poniendo una intención, un deseo respaldado por su voluntad de que se desarrollara. Eso había llevado a un impulso de actuar. El impulso lo había llevado al restaurante, donde encontró a Fetch. Pero, ¿cómo jugó Fetch en el gran esquema de las cosas?

Tenía que averiguarlo.

Decidió comenzar con algo pequeño y específico.

☆☆☆

Al día siguiente, obtuvo el resultado de su primer experimento. En Teoría Científica Avanzada, el Sr. Jacoby, luciendo aún más nerd de lo habitual con una camisa de manga corta a cuadros azul debajo de un chaleco suéter de rombos rojos y azules, comenzó su charla con—: Ahora que entendemos el Campo de Punto Cero, veamos si podemos averiguar qué significa para el mundo real. Con este fin, vamos a hablar de REGs.

«¡Impresionante!» pensó Greg.

—Un generador de eventos aleatorios, generalmente denominado REG —dijo Jacoby— es una máquina que básicamente lanza una moneda al aire.

En realidad no, por supuesto. Pero es una máquina que está diseñada para generar una salida aleatoria, lo mismo que obtendrías lanzando una moneda, asumiendo que no estás engañando.

El Sr. Jacoby sonrió y luego continuó.

—En lugar de cara o cruz, los REG producen un pulso positivo o negativo y luego convierten los pulsos en unos y ceros, que como saben es código binario, el lenguaje de las computadoras. Una vez que los pulsos están en código binario, se pueden almacenar y contar. Los investigadores construyeron los REG como una forma de estudiar el impacto que tiene el pensamiento enfocado en los eventos. ¿Tener sentido?

Greg asintió y notó que Kimberly también lo hacía.

—Excelente. —El Sr. Jacoby aplaudió una vez—. Ahora deben tomar un REG pequeño, es el momento de hacer algunos experimentos de intención con él. Estaré asignando parejas.

Greg contuvo la respiración. «¿Funcionará?»

Sólo tuvo que esperar dos parejas para averiguarlo.

—Greg y Kimberly —dijo Jacoby— emparejados.

Kimberly se volteó graciosamente en su silla, con su cabello barriendo el aire como si estuviera en un comercial de champú. Le sonrió a Greg y sus huesos casi se desintegraron. Tuvo que agarrarse a la mesa del laboratorio para permanecer en su asiento.

Su intención había funcionado.

Le sonrió a Kimberly y saludo con tanta exuberancia que su propia sonrisa vaciló un poco, se obligó a permanecer sentado. Tenía suficiente ingenio para saber que si hacía un baile feliz, se reirían de él durante años.

El Sr. Jacoby hizo que todos se movieran para que las parejas se sentaran juntas. Les indicó que intercambiaran números de teléfono porque tendrían que mantenerse en contacto. Greg tuvo que concentrarse para mantener su mano firme cuando le pasó su teléfono a Kimberly y tomó su teléfono, metido en una funda de color púrpura brillante, para ingresar su número. Después de que se devolvieron los teléfonos del otro y el Sr. Jacoby comenzó a explicar las instrucciones del experimento, el teléfono de Greg

sonó y, según las reglas de la clase, lo ignoró. No fue hasta que estuvo en el pasillo, después de que él y Kimberly fijaron una hora para reunirse para hacer el primer paso del experimento, que revisó su teléfono. Fetch había enviado un mensaje de texto.

Felicitaciones.

☆☆☆

Al final del día, Greg estaba ansioso por llegar a casa para registrar el triunfo en su diario. Desafortunadamente, había perdido el autobús esa mañana y había tenido que ir en bicicleta a la escuela. Eso no era un problema, pero ahora el viento soplaba del sureste y no podía andar en bicicleta con la fuerza suficiente para superar las ráfagas que intentaban empujarlo de regreso hacia la escuela. Finalmente se rindió y caminó en bicicleta el resto del camino hasta su casa. Estaba tan perdido en sus pensamientos que se olvidó del pequeño terror que vivía al lado.

Era como si un misil peludo rabioso se precipitara hacia él a toda velocidad. Casi saltó a Marte cuando el perro se lanzó desde una mesa al aire libre y se arrojó por encima de la cerca directamente hacia él.

—¡Maldición! —Soltó su bicicleta y dejó caer su mochila, agarrando al perro justo cuando golpeaba su pecho y comenzaba a morder su yugular. ¿Qué le pasaba a este perro? Por reflejo, empujó al perro hacia atrás sobre la cerca corta.

Cuando el perro golpeó el suelo, se levantó ladrando y gruñendo, y se arrojó contra las tablas de madera. Greg no esperó a ver qué haría a continuación. Agarró su bicicleta y su mochila y corrió hacia su casa. Una vez dentro, se dio cuenta de que estaba hiperventilando. Hundiéndose en el suelo en el charco creado por su abrigo goteando, le envió un mensaje de texto a Hadi. **El perro demonio acaba de intentar cortarme la garganta. Me asusté muchísimo.**

¿Estás bien? Respondió Hadi.

Agitado no revuelto. (Juego de palabras que quiere decir que se asustó pero tampoco es para tanto).

Hadi respondió, **LOL.**

☆☆☆

Esa noche, Greg tuvo pesadillas. No era una sorpresa. Pasó toda la noche en la pizzería abandonada siendo perseguido alternativamente por Fetch, un hombre sin rostro, y el perro de al lado mientras las plantas crecían tan rápido dentro del restaurante que el lugar se convirtió en una jungla. En el escenario, un REG arrojaba 0 y 1 casi demasiado rápido para que sus ojos lo registraran.

Greg se despertó cubierto de sudor. ¿El sueño significaba que estaba funcionando… o no?

Sacudiéndose de la mala noche, frunció el ceño por la ventana ante la lluvia lateral. ¿Más viento? Aparentemente, Dare tenía razón sobre las tormentas invernales de este año.

Se puso algo de ropa rápidamente, ya tarde para la escuela. Corriendo hacia la puerta, saludó a su madre, que estaba hablando por teléfono. Ignoró a su padre, que miraba con el ceño fruncido una hoja de cálculo en su computadora portátil mientras bebía café.

Greg se puso su impermeable, agarró su mochila, salió por la puerta y bajó las escaleras. Ahí fue donde se detuvo tan abruptamente que perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a la barandilla de la escalera.

Sus ojos se agrandaron. Su pulso se aceleró y su estómago se apretó.

Esto no podría estar sucediendo.

Se apartó de lo que tenía delante, se tambaleó hasta el arbusto más cercano y vomitó. Todo lo que tenía en el estómago era agua, que subía junto con bilis amarilla. Luego, a pesar de que su estómago estaba vacío, se sacudió un poco más y soportó un par de rondas de arcadas secas.

Finalmente, se derrumbó en el último escalón de las escaleras y se secó la boca. Tenía los dedos rígidos y fríos.

Respiró hondo varias veces, encogiéndose ante el olor agrio de su vómito y el hedor que venía junto a su bicicleta. Se puso de pie. No quería pararse, y sus piernas se sentían tan débiles que estaba claro que tampoco estaban de acuerdo con la idea, pero tenía que hacer algo antes de que salieran sus padres.

Mirando a su alrededor salvajemente, como si alguien pudiera aparecer para ayudarlo (que en realidad era lo último que quería) trató de averiguar

qué hacer. Bueno, sabía lo que tenía que hacer. Tenía que moverlo. Lo que significaba que tenía que tocarlo.

De ninguna manera iba a tocarlo.

Se golpeó a sí mismo en la frente.

—¡Piensa, tonto!

La amonestación funcionó. Sacó las llaves del bolsillo y se dirigió al cobertizo del jardín escondido en la parte trasera de su casa. Dejando caer las llaves dos veces antes de que pudiera meter la correcta en la cerradura, estaba empapado cuando entró al cobertizo y recuperó la bolsa de basura de plástico negro que estaba buscando.

Ahora que estaba en acción, se movió a alta velocidad. Cerró de golpe la puerta del cobertizo, sin preocuparse por el sonido porque el viento y la lluvia ahogaban todo. Corrió de regreso a su bicicleta.

Y una vez más, tuvo que enfrentarse a lo que no quería mirar. Esta vez, se obligó a mirar, realmente mirar.

El perro del vecino yacía, muerto, contra la rueda trasera del neumático de la bicicleta de Greg. Su garganta estaba desgarrada, su vientre destripado, con los intestinos cayendo sobre el cemento. Estaba rígido y sus ojos estaban muy abiertos, como si mirara con miedo, tal vez por primera… y última… vez de su vida. Greg se obligó a examinar las heridas fatales del perro. Sí. Es justo lo que le dijo su subconsciente en su primera mirada. El perro no había sido asesinado con un cuchillo u otro objeto afilado. Había sido ferozmente rasgado por dientes y garras. Había sido atacado por otro animal.

Greg se atragantó y tragó otro trago seco. Respirando por la boca, abrió la bolsa de plástico y la puso sobre el perro. Una vez que lo tuvo cubierto, deslizó la bolsa debajo del animal y usó el plástico para recoger las entrañas. Cuando lo tuvo todo, llevó la bolsa a los arbustos entre su casa y la de su vecino y la vació entre los arbustos. El perro cayó al suelo con un repugnante golpe.

Miró hacia su casa para asegurarse de que ninguno de sus padres miraba por la ventana. No. Todo está bien. La casa del vecino era de un solo piso. No podían ver el interior de su patio, y esta parte del patio estaba

protegida de la calle. Nadie lo estaba mirando. Aun así, probablemente este no fue el mejor plan del mundo.

Pero era lo mejor que tenía.

Si el perro fuera un humano, los forenses señalarían a Greg en un nanosegundo. Pero el cadáver era un perro. No pensó que habría mucha investigación cuando se encontrara el cuerpo. Parecía que un coyote había mutilado a la pequeña y desagradable criatura.

Pero no fue así.

Por mucho que le encantaría convencerse a sí mismo de que eso es lo que sucedió, sabía que ningún coyote mataría a un perro y luego lo colocaría junto a su bicicleta. Porque el perro claramente había sido posado. Aunque un poco de sangre del cuello y los intestinos del perro manchó el cemento junto al neumático de Greg, no era suficiente sangre para el salvajismo de las heridas del perro. El perro debió haber sido asesinado en otro lugar.

No, los coyotes no tenían nada que ver con la muerte del perro.

Greg se dio cuenta de que estaba congelado en su lugar por el arbusto. Arregló la bolsa de plástico, trotó hasta el cubo de basura debajo de su casa y la metió dentro de una de las bolsas de basura de la cocina. Cerró la tapa.

Fue entonces cuando su teléfono sonó.

No quería mirarlo.

Pero tenía que hacerlo. El texto entrante era, como Greg sabía que sería, de Fetch:



Greg todavía estaba mirando la pantalla cuando llegó otro mensaje de texto, este de Hadi: **¿Y tú?**

Debería haber estado en la casa de Hadi para tomar el autobús ahí hace unos minutos. Rápidamente le envió un mensaje de texto, **Lo siento, se me hizo tarde.**

Luego agarró su bicicleta y pedaleó bajo la lluvia, esperando que el viento en su espalda lo ayudara a llegar con Hadi antes de que llegara el autobús.

☆☆☆

Greg pasó el día prestando muy poca atención a lo que sucedía a su alrededor. Cada vez que tenía la oportunidad, sacaba su teléfono y se desplazaba hacia atrás para borrar los mensajes de texto antiguos.

La araña lo había asustado. Pero el perro muerto lo había aterrorizado… Fetch había matado al perro para ayudar a Greg. ¿Qué otra "ayuda" trataría de ofrecerle?

No pasó mucho tiempo después de encontrar al perro para que Greg llegara a la conclusión de que Fetch podía hacer todo tipo de cosas desagradables con lo que Greg había dicho que quería. Así que trató de encontrar cualquier texto en el que hubiera sugerido que quería o necesitaba algo.

Pero el problema era que Fetch parecía estar haciendo más que acceder a mensajes o conversaciones antiguas. Parecía estar escuchando la vida de Greg. «¿Cómo?»

Greg necesitaba hablar con Hadi y Cyril. Necesitaba su ayuda.

Desafortunadamente, pasaron dos días antes de que pudiera convencer a Hadi y Cyril de que lo ayudaran a hacer lo que sabía que tenía que hacer. No pudo hablarles del perro del vecino hasta después de la escuela. Como era de esperar, estaban asustados. Cyril quiso olvidarlo tan pronto como lo escuchó. Hadi, sin embargo, quería ver el cuerpo. Así que siguió a Greg a casa, y se quedaron juntos bajo la lluvia mirando al perro muerto, que ahora era un montón húmedo y espeluznante de vísceras y pelaje.

—Quiero volver al restaurante —le dijo Greg a Hadi una vez que estuvieron en la habitación de Greg.

Hadi lo miró fijamente.

—Después de eso —hizo un gesto con la mano en la dirección de donde yacía el perro muerto— ¿quieres volver?

—Bueno, querer probablemente no sea la palabra correcta. Pero necesito hacerlo. Tengo que saber qué está pasando.

Hadi negó con la cabeza y dijo que se iba a casa.

Pero Greg fue persistente. Acosó implacablemente a Hadi y Cyril a través de mensajes de texto esa noche y en persona a la mañana siguiente y por teléfono a la tarde siguiente hasta que los convenció de que regresaran al restaurante con él. Después de la escuela, se acurrucaron en el vestíbulo de la escuela antes de correr bajo la lluvia hacia su autobús.

—Esta noche seguirá lloviendo —les dijo Greg—. Abra menos gente.

—Sí. Lo que sea —dijo Hadi.

—Vamos a morir —dijo Cyril.

Greg rio.

—No vamos a morir.

—Entonces, ¿por qué su estómago estaba revuelto y su corazón se trasladó a su garganta?

☆☆☆

Fue un poco más difícil alejarse de sus familias un miércoles por la noche, pero lo lograron diciendo que iban a hacer la tarea juntos en la casa de Greg. Sus padres, como de costumbre, estaban fuera. Su madre había tomado un trabajo a tiempo parcial como recepcionista en un hotel. No estaba seguro de qué se trataba y no preguntó. Su padre estaba trabajando hasta tarde en su versión más reciente—: Odio el trabajo de acabado —se había quejado esa mañana—. Ahí es cuando el cliente siempre se pone quisquilloso.

La primera vez que fueron al restaurante, Greg y sus amigos iban armados únicamente con una palanca y linternas. Esta vez, también cada uno trajo cuchillos de cocina, y Hadi metió su bate de béisbol en su mochila.

Fue simple irrumpir en el restaurante la segunda vez… en realidad, incluso más fácil. La cerradura de la puerta de servicio que había sido rota

no había sido reparada ni reemplazada. Sólo tenían que tirar de la pesada puerta para abrirla y pasar.

Una vez dentro, encendieron sus linternas y las iluminaron. Empezaron por el suelo. Claramente, todos tenían la misma idea. Buscaban huellas distintas de las suyas en el polvo que cubría el suelo de linóleo azul agrietado. Desafortunadamente, habían raspado tanto el polvo en su primer viaje que era imposible saber con certeza si alguien más había estado ahí.

—¿Tenemos un plan? —preguntó Cyril cuando salieron al pasillo.

Greg notó que los tres respiraban rápido. Su voz sonó sin aliento cuando dijo—: Creo que deberíamos empezar por encontrar a Fetch.

Caminaron hombro con hombro por el pasillo. Esta vez estaba mucho más tranquilo en el edificio porque la lluvia, aunque constante, era suave. También había niebla. Eso tendía a amortiguar los sonidos.

—Descubrí algo sobre el restaurante —dijo Cyril. Su voz sonaba demasiado fuerte y forzada.

—¿Qué? —preguntó Hadi.

—Esto era parte de una cadena de pizzerías que… cerró después de que algo sucedió en una de ellas.

—¿Qué pasó? —preguntó Greg.

—No sé. Me tomó mucho tiempo incluso encontrar lo que encontré. Acabo de encontrar una referencia en un tablero de mensajes para personas a las que les gusta explorar lugares abandonados.

Hadi se detuvo en seco, con el haz de su linterna parpadeando en el suelo frente a él.

—¿Qué? —dijo Cyril.

Greg miró a lo largo del haz iluminado de la luz de Hadi.

Cyril chilló.

Greg no podía culparlo.

Las huellas de perros salieron del área de comedor de la pizzería y se dirigían hacia el vestíbulo.

—Qué–? —Hadi todavía no se había movido.

—Lo encendiste —le dijo Cyril a Greg.

—Oh sí, así se hace, amigo —dijo Hadi.

Antes de que Greg pudiera responder, un estrépito vino del interior de una de las puertas cerradas a lo largo del pasillo.

Cyril chilló de nuevo. Hadi dejó caer su linterna.

—Necesitamos ver qué hay en esas habitaciones —dijo Greg.

Hadi recuperó su linterna y la enfocó en el rostro de Greg. Greg cerró los ojos con fuerza y se dio la vuelta.

—¿Estás loco? —preguntó Hadi.

—Probablemente. Pero tengo que saber qué está pasando. Voy a comprobarlo. No tienes que venir si no quieres.

—Yo no quiero —respondió Cyril.

—Muy bien. —Greg sacó la palanca de su mochila, miró el cuchillo y concluyó que no tenía suficientes manos para sostener una palanca, un cuchillo y su linterna. Así que agarró firmemente la palanca y la linterna, luego dio cinco pasos hacia la puerta cerrada más cercana. Notó una pequeña señal que se había perdido la última vez. Decía SALA DE CONTROL.

Se puso la palanca bajo el brazo y alcanzó el pomo de la puerta.

Hadi apareció a su lado.

—No puedo dejarte entrar solo. —Sacó el bate de béisbol de su mochila y lo agarró con fuerza.

Cyril se acercó corriendo.

—¡No estaré esperando aquí solo!

—Gracias —le dijo Greg.

Giró el pomo, respiró hondo y abrió la puerta. Rápidamente se volvió a armar con la palanca.

Los tres rayos de la linterna atravesaron la polvorienta oscuridad y revelaron un grupo de viejos monitores de computadora, teclados y lo que parecían paneles de control llenos de diales y perillas. No había nada más en la habitación.

—No veo nada que pueda haber hecho ese sonido —dijo Hadi.

Greg asintió.

—Probemos en la siguiente habitación.

—Esperen. —Hadi se acercó al teclado más cercano y pulsó las teclas. Giró un par de diales en los paneles de control. No pasó nada. Se encogió de hombros—. Tenía que comprobar.

Cyril, ganando valor con su amigo, entró más en la habitación y también pulsó botones. No pasó nada.

Greg salió de la habitación y se dirigió a la siguiente puerta cerrada. Como pensó que harían, sus amigos lo siguieron.

Esta puerta estaba marcada como SEGURIDAD y la habitación detrás de ella era similar a la primera. Monitores de computadora más anticuados volvieron a mirar a los chicos sin comprender. Nada funcionaba.

Una última puerta cerrada. Esta tenía la etiqueta ALMACENAMIENTO.

—El sonido debe haber venido de aquí —dijo Greg. Cogió el pomo. Pero Cyril lo agarró del brazo.

—¡Espera!

Greg miró a Cyril.

—Nunca nos dijiste lo que querías hacer. ¿Por qué estamos aquí?

—Sí, amigo —coincidió Hadi—. Decías que tenías que "ver". ¿Ver qué? ¿A Fetch? ¿Qué vas a hacer cuando lo veas? ¿Interrogarlo? ¿Razonar con él? Es una pieza de maquinaria.

—Sí —respondió Cyril— cuando lo dejamos, no estaba ahí. Señaló la puerta. Greg no sabía cómo explicar por qué necesitaba estar aquí—.

Tengo que saber si alguien más estuvo aquí y nos está haciendo una broma. Y si es Fetch, quiero ver cómo funciona.

No se molestó en explicar por qué tenía que buscar en esta habitación. Antes de que pudieran protestar de nuevo, abrió la puerta.

Y volvió a mirar a sus amigos. Cyril gritó. Hadi jadeó.

Mirando hacia atrás a los chicos, en las brillantes corrientes de sus luces, había cuatro personajes animatrónicos de tamaño natural. Eran al menos cinco veces más grandes que Fetch, que era del tamaño de un Beagle.

Greg se recuperó primero. Apuntó su luz alrededor de la habitación. Cada vez que el rayo aterrizaba en algo, se quedaba sin aliento. La habitación no sólo albergaba a los cuatro personajes. También estaba lleno de partes animatrónicas y disfraces de personajes, era todo un guardarropa lleno de ellos.

Docenas de pares de ojos ciegos los miraron fijamente a través de la luz de la linterna. O al menos Greg esperaba que estuvieran ciegos.

Sus amigos no habían hablado desde que abrieron la puerta. De repente, un zumbido áspero llenó la habitación. Las luces de los chicos se deslizaron por todo el espacio, buscando el origen del sonido.

Uno de los personajes animatrónicos pareció mover su pierna, y luego algo pequeño, oscuro y peludo salió disparado de detrás de ellos, hizo un arco hacia los niños, ladró y luego salió disparado de la habitación. Antes de que pudieran hacer algo más que jadear al unísono, lo que fuera desapareció de la vista.

Cyril chilló y salió de la habitación. Greg y Hadi le pisaron los talones.

Este no era un momento para pensar.

Ese era Fetch quien saltó sobre ellos, ¿no es así?

Tenía que ser.

Aunque Hadi o Greg podrían haber golpeado a Fetch, o lo que fuera, con el bate de béisbol o la palanca, el cerebro de Greg ni siquiera lo consideró. Al parecer, el de Hadi tampoco. Sólo tenían una idea consciente en la cabeza: correr.

Mientras corrían por el pasillo hacia la salida, Greg trató de no escuchar los gruñidos y los golpes de garras que los seguían. También cerró firmemente la puerta en su mente cuando trató de hacer preguntas sobre cómo Fetch… «¡No! No iré ahí».

«Sal, sal, sal». Ese era su único pensamiento.

Sólo tardaron unos segundos en llegar a la puerta y pasar a través de ella, Cyril a la cabeza y Greg a la cola. ¿Fue un mordisco en el talón lo que lo tocó justo antes de pasar el pie y cerrar la puerta?

«Tampoco voy a ir ahí».

Sin hablar, los chicos agarraron sus bicicletas, pero justo cuando lo hicieron, un gemido detrás de ellos los hizo detenerse. Con mano temblorosa, Greg apuntó con su linterna a la pizzería.

Un perro callejero mojado trotó hacia ellos, pero cuando Cyril gritó de miedo, el perro se desvió hacia los abetos que rodeaban el edificio abandonado.

—No era Fetch. —Greg soltó su bicicleta.

—No me importa —dijo Cyril.

—Sí importa —respondió Greg—. Quiero encontrar a Fetch y averiguar qué está haciendo. Voy a volver a entrar.

—Me voy a casa —contestó Cyril.

Hadi miró de Greg a Cyril y viceversa. Greg se encogió de hombros, aunque un poco tembloroso, y se dirigió hacia la pizzería.

—No puedes entrar solo. —Hadi soltó también su bicicleta y lo siguió

Greg. Miró a Cyril.

—El perro real hizo ese ruido que escuchamos y probablemente también las huellas.

Cyril se abrazó a sí mismo y luego suspiró.

—Si muero, volveré y los mataré a los dos.

—Es justo —respondió Greg.

Los chicos volvieron a entrar en la pizzería. Se quedaron pegados mientras bajaban por el pasillo, cerrando la puerta de la sala de almacenamiento al pasar. Sin hablar, se dirigieron al comedor.

Los rayos de sus linternas se dispararon de un lado a otro como focos, cruzaron la habitación hacia el mostrador de premios. Sólo llegaron a la mitad del camino antes de que se detuvieran.

No tuvieron que acercarse más para ver lo que vinieron a ver.

Fetch ya no estaba en el mostrador.

Greg arrojó su viga al suelo y luego pasó alrededor del mostrador de premios. No estaba Fetch.

—Tal vez se cayó detrás del mostrador —sugirió Hadi, sin sonar particularmente convencido de su teoría.

—Quizás.

Como ninguno de sus amigos se movió, Greg respiró hondo y avanzó arrastrando los pies.

—Avísenme si ven algo —les dijo a sus amigos.

—Te cubrimos —dijo Hadi.

Greg no estaba tan seguro, pero tenía que saber si Fetch estaba ahí. Ignorando el hilo de sudor que le corría entre los omóplatos, llegó al mostrador y comenzó a caminar de puntillas alrededor.

—Amigo —dijo Hadi— ¿no crees que ya nos habría escuchado?

Greg se estremeció. Era un buen punto. Él se rio, pero el sonido era más un croar cuando salió. Así que se apresuró a rodear el mostrador y arrojó su rayo de luz a todos los lugares a los que podía llegar.

Fetch no estaba ahí.

Greg se volteó y miró a sus amigos.

—Fetch se ha ido.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Cyril.

—No… no estoy seguro —confesó Greg.

Hadi, como siempre optimista, intervino.

—¿Qué pasa si le envías un mensaje de texto para que se detenga? ¿O dejarte solo? Tiene que escucharte, ¿verdad? Está en su programación.

—Probé eso. —Greg suspiró—. No funcionó.

—¿Podrías darle una tarea imposible? —preguntó Cyril—. ¿Algo que ocupara su tiempo para siempre?

—¿Cómo qué?

—No lo sé, sólo estoy tratando de encontrar una solución fácil.

—No hay una solución fácil —espetó Greg—. Sólo… necesito tiempo para pensar.

Como unidad, los chicos se dirigieron de regreso por donde habían entrado. Nadie sugirió mirar más a su alrededor. Ni siquiera Greg. Ninguno habló. Simplemente volvieron a salir, se montaron en sus bicicletas y pedalearon con fuerza en la niebla que ahora era tan densa que el restaurante desapareció en ella. Pedalearon en un silencio sólo roto por la lluvia, el sonido de sus ruedas sobre el pavimento mojado y su respiración jadeante.

En la esquina donde normalmente se detenían para despedirse antes de ir en bicicleta a sus respectivas casas, nadie redujo la velocidad. Todos se dirigieron a casa. Greg lo entendió. Ninguno de ellos estaba dispuesto a hablar sobre lo que acababa de suceder.

Greg no lamentó llegar a casa y descubrir que sus padres aún estaban fuera. De hecho, se sintió aliviado de que no lo vieran. Cuando se miró en el espejo del baño, estaba tan pálido que sus rasgos casi desaparecieron en la blancura de su rostro.

Una ducha larga y caliente le devolvió el color a su piel y le devolvió el pensamiento consciente a la mente. ¿Dónde estaba Fetch?

Aunque sabía que Fetch habría tenido que salir del restaurante para desenterrar la araña y matar al perro del vecino, Greg se había convencido a sí mismo de que Fetch regresó al restaurante cuando cumplió con su deber. La idea de que él estuviera ahí fuera, en algún lugar, al acecho…

Se le erizó el pelo de la nuca. De repente, recordando su teléfono, se quedó mirando el suéter verde que había dejado arrugado en el suelo. Su teléfono estaba en uno de los bolsillos.

Respiró hondo, se inclinó y recuperó el teléfono, buscando mensajes de texto perdidos.

Ahí estaba el último mensaje de Fetch:

Espero verte pronto.

—Sí, bueno, yo no espero verte pronto —murmuró Greg.

☆☆☆

Greg no se permitió hacer todas las preguntas que quería hacerse después de su último encuentro con Fetch. En cambio, decidió concentrarse en la escuela para variar, específicamente en español. Si no superaba su tarea de español, iba a reprobar la clase. El sábado por la mañana, le envió un mensaje de texto a Manuel preguntándole si tenía tiempo para ayudarlo. Manuel no respondió.

Greg se encogió de hombros. De acuerdo, tendría que salir adelante solo. Abrió su cuaderno de español y tomó su lápiz.

Luego partió su lápiz por la mitad cuando se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

—¡Oh no! —gritó Greg. Se levantó de un salto. Tengo que ir a…

—¡Tonterías! ¡No sé adónde tengo que ir!

Greg tomó su teléfono y llamó a Cyril.

—No voy a volver ahí —le dijo Cyril.

—No es por eso que estoy llamando. ¿Sabes dónde vive Manuel?

—Sí. Está a unos ochocientos metros calle arriba de mí. Así fue como nos conocimos. —Le dio a Greg una dirección—. ¿Por qué lo necesitas…?

—Tengo que irme. Lo siento. Te lo explicaré más tarde. —Greg se metió el teléfono en el bolsillo y salió de su casa. Agarrando su bicicleta, ignoró la niebla constante y pedaleó tan fuerte como pudo.

☆☆☆

Greg casi se derrumba de horror cuando llegó a la casa de Manuel y vio que la puerta principal estaba abierta de par en par. ¿Llegó demasiado tarde?

Inmediatamente después de enviarle un mensaje de texto a Manuel, se dio cuenta de que Fetch podría haber interpretado ese texto como una instrucción para recuperar a Manuel. Dado lo que Fetch le había hecho al perro del vecino, temía que Fetch castigara a Manuel por no estar disponible para ayudarlo. O peor aún, Fetch podría matar a Manuel y arrastrar su cuerpo a la casa de Greg. No sabía de qué era capaz la bestia animatrónica.

Dejando su bicicleta en el camino de concreto, corrió hacia la puerta y se asomó a la entrada cubierta de azulejos de la pequeña casa de un piso. Empezó a sudar frío cuando vio huellas de patas embarradas en los cuadrados grises.

—¿Manuel? —gritó, dando un paso dentro de la casa.

—*¿Qué pasa?* —llamó una voz detrás de Greg.

Un perro ladró.

Greg se dio la vuelta. Manuel y un labrador amarillo estaban parados al borde de un patio delantero lleno de parches de césped y tierra expuesta. El perro tenía una bola roja en la boca y sus patas estaban embarradas.

El corazón de Greg, que había estado tratando de establecer un récord de velocidad, ahora se instaló en un ritmo más normal.

—Hola, Manuel.

—Hola Greg. —La sonrisa de Manuel era amistosa pero confusa.

No es una sorpresa. ¿Cómo podía explicar por qué estaba aquí?

—Um, te envié un mensaje de texto, pero no respondiste. De todos modos, necesitaba un paseo en bicicleta, así que pensé en pasar por aquí, Cyril me dijo que vivías en la misma calle que él. Me preguntaba si tienes tiempo para ayudarme con mi tarea de español.

La confusión de Manuel desapareció.

—Seguro. Perdón por no responder. Dejé mi teléfono adentro. Puedo hacerlo ahora, si Oro nos lo permite. —El perro a su lado ladró.

Greg, tan aliviado de haber imaginado un peligro que no existía, le sonrió al perro.

—Hola, Oro. ¿Quieres que lance la pelota?

Oro movió la cola pero no se movió.

Manuel se rio.

—Entiende español. Di, "Tráeme la pelota".

Greg repitió la orden.

Oro le trajo la pelota.

Greg rio.

—Quizás no necesito tu ayuda. Quizás Oro pueda ayudarme.

Manual también se rio, y durante la siguiente hora, Greg se olvidó de Fetch mientras jugaba con Oro y mejoraba su español.

☆☆☆

El resto del fin de semana transcurrió sin incidentes inquietantes. Y cuando llegó el lunes, Greg estaba de muy buen humor. Se trataba de su triunfo más reciente, conseguir a Kimberly como su compañera de laboratorio. Él lo había planeado; había sucedido. Y después de que su intención más reciente con Fetch pareció frustrarlo, parecía que en realidad estaba aprendiendo a usar el Campo de Punto Cero. ¡Bien!

Greg y Kimberly tuvieron su primera reunión después de la escuela al día siguiente en el laboratorio de ciencias. A cada equipo se le había dado un tiempo establecido para usar la máquina REG que el Sr. Jacoby consiguió para sus experimentos. Greg y Kimberly fueron los segundos en usar la máquina.

Su tarea era intentar controlar, con sus mentes, los 0 y 1 generados por la máquina. Ambos debían centrar su voluntad en 0 o 1 (Greg tomó 0 y Kimberly 1) durante un total de diez minutos cada uno. Debían registrar sus resultados, y luego se suponía que debían escribir un artículo sobre

algún aspecto de la investigación REG y cómo impactaba a la sociedad. Greg había pensado que tendría que ser él quien sugiriera un tema, pero Kimberly se le adelantó.

Sentada en el suelo con las piernas cruzadas después de usar la máquina REG, Kimberly dijo—: Tengo una idea para el artículo. —Sacó su teléfono y lo pulsó. Greg miró sus manos. Tenía las manos más bonitas. Hoy, sus uñas eran de un azul brillante. Hacían juego con el ajustado suéter azul que llevaba. Trató de no mirar…

—¿Me estás escuchando?

—Lo siento. ¿Qué decías?

Aunque Greg conocía a Kimberly desde hacía siete años, estaba bastante seguro de que nunca le había dicho más de dos palabras a la vez. Cada vez que tenía la oportunidad de hablar con ella, su cerebro se escurría por sus piernas y se encharcaba en sus zapatos. Ahora la había conseguido como pareja, pero ¿cómo iba a hablar con ella?

—Dije que creo que deberíamos escribir sobre cómo los REG influyen en los grandes desastres mundiales.

Guau. ¿Ella sabía eso?

Si no había estado enamorado antes, seguro que lo estaba ahora.

—Sí —estuvo de acuerdo—. Eso suena perfecto.

—¿Lo sabes? —Ella lo miró.

Greg todavía estaba sentado en su silla, pero ahora se deslizó hacia el piso de baldosas beige para poder verla mejor. Animado por su idea, se olvidó de estar nervioso.

—Sí. He estado siguiendo la forma en que se han utilizado los REG para estudiar el poder del pensamiento hace un par de años.

—¡Eso es Gucci! —Kimberly le dedicó una de sus sonrisas completas.

Él le devolvió la sonrisa como un idiota.

Estaba tan emocionado con el tema de su papel que no estaba tan molesto por el hecho de que a Kimberly le hubiera ido mejor con la

máquina REG que a él. No importa cuánto se concentró, los resultados de su máquina estaban apenas por encima de una lectura aleatoria normal.

—Traté de hablar con mis padres al respecto —dijo Kimberly—. Tienen una mente bastante abierta, pero mamá dijo que era demasiado "extraño" y papá dijo que las máquinas probablemente se estaban configurando para obtener los resultados que la gente quería. ¡Pero no es cierto!— Kimberly se inclinó hacia adelante con los ojos brillantes.

Greg no podía creer que ella estuviera tan metida en estas cosas como él.

—Lo sé —dijo Greg, inclinándose también—. ¿Y sabías que tienen picos antes de los grandes eventos deportivos? —Dudó sólo un segundo antes de decir—: ¿Conoce a Cleve Backster?

Kimberly parpadeó.

—No. ¿Quién es él?

—Era instructor de interrogatorios de la CIA y daba clases sobre el uso del polígrafo.

—Okey. —Kimberly apoyó los codos en las rodillas, claramente concentrada en lo que estaba diciendo.

No podía creer que tuviera toda su atención. Trató de no dejarse distraer por su perfume de melocotones y crema.

—¿Y qué hizo?

Greg se aclaró la garganta.

—Bueno, comenzó a usar la máquina del polígrafo para hacer experimentos con plantas y descubrió que las plantas pueden sentir nuestros pensamientos.

—Mi madre le canta a sus plantas porque dice que las hace crecer más rápido.

Greg asintió.

—Probablemente lo haga.

—Por eso me sorprendió que mi madre no creyera en las cosas de REG.

—Creo que asusta a la gente —dijo Greg.

Kimberly asintió.

—Entonces, ¿qué más hay sobre este tipo del polígrafo?

—Backster experimentó con las reacciones de la planta a sus acciones. Quemó una planta y tuvo una reacción, pero no sólo en la planta quemada. ¡Las plantas cercanas también reaccionaron! Y luego sólo pensó en quemar las plantas, y al segundo que tuvo ese pensamiento, el polígrafo registró una reacción en todas las plantas. Como si las plantas le hubieran leído la mente.

—¡Whoa!

Greg asintió con tanta fuerza que se sintió como un muñeco bobblehead.

—¡Si lo sé! —sonrió—. La mayoría de la gente no le creyó a Backster cuando publicó sus resultados. Pero siguió experimentando, no sólo con plantas sino con células humanas, y demostró que las células pueden sentir pensamientos. Tienen conciencia.

Kimberly hizo girar un mechón de su brillante cabello con el dedo índice.

—Entonces, si las células tienen conciencia, ¿por qué es un salto tan grande pensar que nuestros cerebros pueden influir en una máquina?

—¡Exactamente!

—Deberíamos incluir eso en nuestro documento —dijo Kimberly—. Es algo interesante.

—Sí. Pensé que era tan genial que decidí hacer mis propios experimentos.

Mi tío me compró una máquina de polígrafo y comencé a probar cosas con mis plantas. Realmente funciona. Saben lo que estoy pensando… bueno, al menos las cosas simples.

—¡Guau!

—También he estado probando otras cosas. —Greg vaciló. ¿Debería decírselo?

—¿Cómo qué? —preguntó.

Greg se mordió el labio. Oh, ¿por qué no? Se acercó a ella y bajó la voz.

—¿Recuerdas lo que dijo el Sr. Jacoby sobre el Campo de Punto Cero, que significa que toda la materia en el universo está interconectada por ondas subatómicas que conectan una parte del universo con todas las demás?

—Sí.

—Bueno, leí sobre el campo durante el verano, y cuando lo hice, me emocioné mucho. Leí que los investigadores dicen que este campo podría explicar muchas cosas que nadie podía explicar antes, cosas como el chi, la telepatía y otras habilidades psíquicas.

—Tengo una prima que es psíquica. Siempre sabe cuándo habrá un examen en su escuela. —Kimberly se rio—. He estado tratando de que ella me enseñe cómo hacer eso.

Greg sonrió.

—Entonces lo conseguirás.

—¿Conseguir qué?

—Bueno, tengo algunas cosas buenas en mi vida, pero hay muchas cosas que odio. Como mi papá y… bueno, sólo cosas. Entonces pensé que podría aprender a usar el campo, ¿sabes? Comunicarme con él. Decirle lo que quiero y hacer que me diga qué hacer. Así que estuve practicando con mis plantas, viendo si respondían a mi intención, y luego comencé a concentrarme en las cosas que quería y ver si tenía alguna idea, ya sabes, como…

—¿Guía?

—Sí.

Kimberly asintió lentamente.

—Entiendo lo que estás tratando de hacer. —Arrugó su nariz perfecta—. El problema es, bueno —se encogió de hombros— me pregunto si tratar de hacer que el campo funcione es como un mono que

intenta pilotar un avión. Se va a estrellar y arder antes de que pueda resolverlo.

Greg trató de que ella no viera que sus palabras se sentían como una patada en el estómago. Sin embargo, obviamente entendió: No es que seas un mono, quiero decir. Sólo quiero decir que las cosas cuánticas son difíciles. A mí también me gusta, y he intentado leer sobre ellas, pero no las entiendo. Realmente no puedo.

—¡Oye! —Trent White irrumpió en la habitación—. ¿Ustedes dos están aplastando sus cara aquí o qué?

Kimberly se sonrojó de un rojo intenso.

—Cállate, Trent —dijo Greg.

—Cállate. Se te acabo el tiempo. Es nuestro turno. —Trent hizo un gesto hacia su socio del proyecto, otro atleta de la escuela, Rory.

Greg todavía no podía creer que ambos estuvieran en Teoría Científica Avanzada.

—Hemos terminado. —Kimberly se puso de pie.

Ella y Greg salieron de la habitación.

—Reunámonos durante el fin de semana para hablar más sobre el artículo —sugirió.

—Está bien.

☆☆☆

Después de que Greg llegó a casa de la escuela, envió un mensaje de texto a Hadi y Cyril, pidiéndoles que vinieran.

Mientras esperaba, miró el último mensaje de Fetch:

Demasiado fácil.

¿Qué es demasiado fácil?, respondió Greg.

Todo lo anterior.

¿Todo lo anterior? ¿Qué?, preguntó Greg.

411.

¿Toda la información anterior era demasiado fácil? ¿Qué quería decir Fetch? ¿Estaba hablando de su conversación con Kimberly? ¿Estaba diciendo que Greg estaba facilitando demasiado el Campo de Punto Cero? ¿Y por qué a Greg le importaba la opinión de un perro animatrónico de todos modos?

Quería ignorar a Fetch, pero luego Fetch envió un mensaje de texto:

REG M2.

Fetch envió un mensaje de texto con un enlace a un sitio web que vendía REGs pequeños.

Greg no entendía qué quería decir Fetch con REG M2. ¿Quería decir M2? —¿Yo también? —¿Eso significaba que Fetch estaba diciendo que él también quería un REG? ¿O estaba diciendo que era un REG? ¿O como un REG?

Greg frunció el ceño y le respondió: **Gracias.** Pensó que fuera lo que fuera lo que Fetch estaba diciendo, debería permanecer en el lado bueno de este.

Hadi y Cyril iban a llegar y traerían pizza. Sorprendentemente, los padres de Greg estaban en casa, pero se vieron atrapados en una discusión intensa y ambos dijeron—: Está bien —cuando Greg preguntó si sus amigos podían venir con pizza.

Los chicos pasaron sus primeros quince minutos devorando pizza de pepperoni y bebiendo Coca-Cola. Cuando Hadi eructó, en voz alta, Greg decidió que era hora.

—Necesitamos hablar sobre lo que pasó la otra noche.

—¿De verdad? —preguntó Cyril.

—Sí —dijo Greg—. ¡Fetch está ahí fuera en alguna parte!

—Bueno, ahora sólo estás siendo un idiota —dijo Hadi—. ¿Eso es lo que te molesta? ¿Qué está por ahí en alguna parte? Sí, está ahí fuera. Es seguro. Fetch es un animatrónico, y obviamente lograste encenderlo. Pero, ¿qué tal el hecho de que Fetch desenterró la araña para ti o el hecho de que mató a un perro por ti?

—Sí, exactamente —coincidió Greg.

—Creo que deberíamos destruirlo —dijo Hadi.

—Creo que deberíamos mantenernos alejados de eso —dijo Cyril.

—Sí, pero ¿Fetch se mantendrá alejado de nosotros? —preguntó Greg.

Hadi lo fulminó con la mirada.

—Tú fuiste quien lo activó.

Greg levantó las manos.

—¡Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo!

—Bueno, tienes que averiguarlo —dijo Hadi—. Tú eres el inteligente.

—Sí —estuvo de acuerdo Cyril.

—Suenas como si estuvieras enojado conmigo —acusó Greg a sus amigos.

Cyril miró sus diminutos pies.

Hadi dijo—: Bueno…

—¡Estás enojado conmigo! ¿Qué hice?

—Tú eras el que quería ir ahí en primer lugar —dijo Cyril.

Greg abrió y luego cerró la boca. Él se levantó.

—Bien. Entonces ustedes dos pueden irse a casa. Me haré cargo solo.

Hadi y Cyril lo miraron y luego se miraron el uno al otro.

—Como sea, amigo —respondió Hadi—. Vamos. —Se levantó y le indicó a Cyril que lo siguiera.

☆ ☆ ☆

Una hora más tarde, vestido con un chándal raído y una camiseta vieja teñida de corbata, acostado de espaldas en la cama en la oscuridad, Greg le dijo al techo—: Necesito dinero.

Si tuviera dinero, más dinero del que podría obtener cuidando niños, podría tener todo lo que necesitara para sus experimentos. Podría

establecer su propio proyecto de conciencia. Entonces sabría qué hacer con Fetch.

Tomó su teléfono. Durante el verano, había leído un artículo sobre este emprendedor de trece años que estableció un negocio desde casa y estaba obteniendo toneladas de ganancias. Greg tenía catorce años y era inteligente. ¿Por qué no podía tener un negocio? Pulsó en una búsqueda, *cómo ganar dinero rápido*.

Pasó la siguiente hora hojeando los sitios de *ganar dinero en casa*. Al final de la hora, estaba frustrado, confundido y cansado. Así que se preparó para irse a la cama. Justo antes de acostarse, tomó su teléfono y le envió un mensaje de texto a Dare: **Necesito el Dedo Mágico de la Suerte. ¿Me puedes enseñar a ganar dinero?**

Dare no respondió. Greg supuso que probablemente estaba dormido. Solía irse a la cama antes que él.

Antes de apagar la luz, su teléfono sonó. Tenía un mensaje de texto de Fetch:

Buenas noches, dulces sueños.

—Dulces sueños para ti también —respondió Greg, ignorando el escalofrío que le recorrió la espalda.

Frunció el ceño, molesto por algo; pero no estaba seguro de qué era. Estaba tan cansado que no pensaba con claridad. No podía mantener los ojos abiertos. Así que los cerró y se durmió de inmediato.

☆ ☆ ☆

Cuando Greg se despertó, todavía estaba oscuro. Salió de la cama y parpadeó frenéticamente para concentrarse. ¡Su último mensaje! ¿Qué había estado pensando?

—¡Idiota! —tomó su teléfono y borró su mensaje de texto a Dare.

Luego llamó a Dare.

Sin respuesta.

Sacó el número de teléfono fijo de Dare y lo llamó. Incluso si Dare estuviera dormido, ese teléfono lo despertaría.

Sin respuesta.

¿Qué debía hacer?

No tenía forma de llegar solo a la casa de Dare. Estaba demasiado lejos para ir en bicicleta. Ahí no pasaban autobuses. ¿Cómo podía llegar a Dare y advertirle?

Un paseo. Necesitaba que lo llevaran. ¿Pero quién? De ninguna manera podía preguntarle a sus padres.

Pensó en la señora Peters tres puertas más abajo. Ella siempre era amable con él. Quizás…

Se quitó el pijama y se puso una sudadera gris y una sudadera con capucha azul marino.

Agarró su teléfono y salió corriendo de su habitación.

No estaba seguro de cómo iba a explicarle a la Sra. Peters por qué necesitaba que lo llevaran a… ¿qué hora era? Lo chequeó. Las cuatro y media.

Bueno, tendría que averiguarlo.

En calcetines, bajo las escaleras de dos en dos. Dentro de la puerta principal, se detuvo para ponerse las botas de lluvia en la entrada. Luego echó hacia atrás el pestillo y abrió la puerta. Comenzó a presionarse a través de la puerta.

Pero luego miró hacia abajo.

Sus piernas flaquearon de debajo de él y cayó al suelo. Comenzó a jadear, se tapó la boca y apartó la mirada de lo que estaba encima de la alfombra de BIENVENIDOS AMIGOS.

Sin embargo, apartar la mirada no ayudó. La imagen quedó grabada de forma indeleble en sus retinas. En su mente podía ver el grueso dedo de Dare, la base desgarrada y ensangrentada, parte del hueso sobresaliendo a través de la sangre. El dedo era oscuro y tenía mechones de cabello claro. La sangre era de un rojo brillante. Incluso solamente en su memoria, los detalles eran insoportables. Incluso notó que la sangre se había coagulado antes de que el dedo cayera sobre la alfombra porque la M blanca no estaba ensangrentada.

—¿Greg? ¿Qué estás haciendo aquí? —La mamá de Greg bajaba las escaleras.

Greg no pensó. Cogió el dedo y se lo metió en el bolsillo de la sudadera con capucha. Agarrando el marco de la puerta, se puso de pie y cerró la puerta.

—Creo que estaba sonámbulo —respondió. Era poco convincente. Pero estaba demasiado distraído para pensar en algo mejor.

Entonces notó que su mamá estaba llorando.

—¿Qué ocurre?

Tenía los ojos y la nariz enrojecidos. Su rímel estaba manchado. Tenía las mejillas húmedas. No vestía nada más que su túnica rosa y borrosa sobre una camiseta blanca con volantes. Se secó las mejillas y se hundió en el tercer escalón desde la parte inferior de las escaleras.

—¿Qué ocurre? —repitió. Corrió a las escaleras y se sentó junto a su mamá.

Ella tomó su mano.

—Lo siento. No es el fin del mundo. Estoy sorprendida, eso es todo. Es tu tío Darrin.

Greg se puso rígido.

—¡No lo vas a creer! —dijo su mamá, sollozando—. Fue atacado por algún tipo de animal salvaje. ¡Le arrancó el dedo!

Greg no podía respirar. Miró su bolsillo con capucha. Puso su mano sobre él, sintiendo el anillo todavía envuelto alrededor de la base grotescamente rasgada. Cuando vio el dedo, habría sabido que era de Dare incluso sin la presencia del ónix y el anillo de oro. ¿Pero el anillo? Eso, más que los huesos y las venas expuestos, era lo que más lo había consternado. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se aclaró la garganta obstruida y dijo—: ¡Eso es terrible!

—También está todo arañado y con heridas. Ha sido trasladado en avión al hospital. No puedo creer esto.

Greg no pudo consolarla. Estaba demasiado ocupado dándose cuenta.

—Oh no, no, no —gimió.

Su madre, sin comprender, lo abrazó.

—Está bien. Estoy segura de que estará bien. Probablemente hará una broma por perder el dedo. —Ella rompió en llanto de nuevo.

—No, no, no —repitió Greg. Era como un mantra, como si decirlo lo suficiente y haría que todo se detuviera y volviera a ser como antes.

Separándose de su madre, tocó el bolsillo de la sudadera con capucha y dijo—: Necesito aire. —Corrió hacia la puerta principal, la abrió de par en par y bajó corriendo las escaleras.

No estaba lloviendo, pero si lo hubiera estado, no le habría importado. Tenía que escapar. No podía afrontarlo. No podía aceptar lo que había hecho.

Porque lo había hecho. Evidentemente, lo había hecho.

Greg no sabía adónde había planeado ir cuando salió de su casa, pero antes de que pudiera ir a ninguna parte, se detuvo en seco. ¿Era…?

Sí, lo era.

Bajo los pinos de la orilla agrupados cerca de la parte trasera de su jardín, junto a la hierba de marram en el borde de las dunas, Fetch se sentó. Sus ojos brillaban rojos a la luz antes del amanecer, sus orejas estaban inclinadas hacia adelante, como si estuviera en duda. Greg estaba tan enojado y molesto que ni siquiera pensó en huir. En cambio, agarró el bate de béisbol del montón de equipo deportivo de su padre y dio un paso hacia Fetch. Luego otro. Y otro. Y luego estaba corriendo a toda velocidad.

Fetch se puso de pie. Con sus ojos brillantes y miró a Greg.

Si Fetch hubiera sido un perro de verdad, Greg habría pensado que era lindo. Pero no era un perro de verdad. Era un asesino animatrónico hecho para parecerse a un perro. No iba a dejar que la mirada aparentemente feliz lo detuviera.

Cuando llegó a Fetch, no lo dudó. Hizo girar el bate en busca de la cabeza.

El primer golpe abrió la parte superior de la cabeza de Fetch, revelando una calavera de metal y cables rotos. Las chispas volaron cuando Greg terminó para otro golpe.

—¡¿Qué hiciste?! —le gritó Greg al Fetch.

La boca de Fetch se abrió con bisagras en lo que parecía una sonrisa tonta. Greg giró el bate y golpeó la boca de Fetch. Los dientes de metal salieron disparados y más chispas chisporrotearon en el extremo de los cables que colgaban por la abertura de su boca.

Pero Fetch seguía mirando a Greg con lo que parecía una mirada ansiosa.

—¡Para! —chilló Greg.

Balanceando el bate en un amplio arco, lo arrojó sobre la cabeza de Fetch tan fuerte como pudo. El metal resonó. Más chispas volaron hacia la hierba húmeda de las dunas. Siguió atacando. Golpeó a Fetch con el bate. Una, dos, tres, cuatro veces. Finalmente, la cara de Fetch quedó pulverizada. Pero Greg no había terminado. Volvió a levantar el bate y golpeó lo que quedaba de la máquina. Pronto, los restos del asesino animatrónico no se parecían a nada más que a una pequeña pila de escombros industriales. Aun así, no se detuvo… no hasta que tuvo ampollas en las palmas de las manos y estaba masticando el aire del mar en frenéticos tragos con la boca ancha.

Finalmente, dejó caer el bate.

Cayó de espaldas en las descuidadas y húmedas dunas. Se quedó mirando la pila de metal, bisagras, piel sintética y cables mientras se sentaba, recuperando el aliento. El oleaje era fuerte, su rugido rítmico como el cántico de un millón de hombres enojados. Para Greg, era el sonido del juicio. Fue su acusador. ¿Cómo se atrevía a pensar que sabía lo suficiente sobre el campo como para pensar en la suerte y esperar ganar dinero? ¿Y en qué estaba pensando cuando le envió un mensaje de texto a Dare sobre el Dedo Mágico de la Suerte? Él era el que se había equivocado. ¿Cómo podía culpar a Fetch de esto?

Fetch podría haber sido como una máquina REG en el sentido de que parecía estar reaccionando a los pensamientos de Greg, pero no era una máquina REG. ¿Era él?

No entendía lo que estaba pasando, pero pensó que Fetch estaba respondiendo a algo más que a sus mensajes de texto. De alguna manera, estaba observando sus acciones y tal vez incluso estaba leyendo sus pensamientos de la forma en que lo hacían las plantas de Greg. Fetch no era el Campo de Punto Cero, pero era parte de él. Parecía estar actuando como si fuera el perro del campo o algo así, consiguiendo lo que el campo pensaba que Greg quería.

Fuera lo que fuese Fetch, era culpa de Greg que a Dare le arrancaran el dedo.

—Greg, ¿estás ahí fuera? —Llamó la mamá de Greg.

Greg miró el animatrónico destruido.

—¿Greg? —Su madre empezó a bajar los escalones.

Greg y los escombros estaban parcialmente ocultos en la hierba de marram, pero si su madre entraba al patio trasero, los vería. Greg miró a su alrededor y vio una bache debajo del tronco cubierto con los dientes de Fetch. Rápidamente metió todas las partes de este en el agujero y gritó—: Ya voy.

Su madre quería que Greg supiera que Dare estaría en cirugía por un tiempo para reparar los nervios dañados y coser sus laceraciones. Pasaría algún tiempo antes de que pudieran ir a visitarlo, así que ella iba a trabajar hasta entonces. Abrazó a Greg antes de irse. Su papá ya se había ido. Cuando Greg entró, se dio cuenta de que había salido de la casa sin su teléfono. ¿Y si alguien hubiera estado tratando de comunicarse con él?

«¿Alguien?»

Seamos realistas. Se refería a Fetch. ¿Fetch le había enviado un mensaje de texto antes de que él lo viera?

Sí. Fetch había enviado un mensaje de texto, lo descubrió cuando llegó a su habitación. Fetch le había preguntado cómo iba a usar el Dedo Mágico de la Suerte.

Esta pregunta puso a Greg en posición fetal en la cama y provocó una nueva oleada de lágrimas. Las palabras de Kimberly se reprodujeron en una pista repetida en su cabeza: *«Se va a estrellar y arder antes de que se dé cuenta»*.

Estrellar y arder.

Estrellar y arder.

Estrellar y arder.

Greg se sentó, se levantó y gritó—: ¡Noooo! —Agarró uno de los libros de su mesita de noche y lo disparó contra la planta más grande de su colección. La planta salió volando del estante y la tierra explotó en el aire. Agarró otro libro y lo tiró. Otro libro, lo tiró. Hizo esto una y otra vez hasta que cada una de sus plantas estuvo en el piso, y la suciedad estaba por todas partes. Aspiró el olor almizclado de la tierra húmeda.

Se recostó y trató de calmar su respiración. Esto hizo que volvieran las lágrimas, pero estaba bien. Se quedó ahí y lloró hasta que se durmió.

☆ ☆ ☆

Cuando se despertó, el sol se estaba poniendo por el oeste. Era media tarde.

Cuando recuperó la plena conciencia, recordó todo.

—Qué herramienta tan completa —se reprendió a sí mismo.

¿Qué había estado pensando? ¿De verdad creía que podía averiguarlo?

¿Qué nadie más, ni la CIA, ni las universidades ni los expertos, habían descubierto? Si pudiera hacerse, ¿no se habría hecho?

Había sido un imbécil egoísta. Ahora se dio cuenta de lo poco que sabía y eso significaba que cualquier cosa que pensara que sabía, cualquier cosa que pensara que había sido lo correcto, podría haber sido exactamente lo opuesto a eso. ¿Fue realmente guiado al restaurante? ¿O se le ocurrió la tonta idea a él mismo? Y si fue guiado, ¿qué lo guio? Había asumido que estaba haciendo algo para conseguirle lo que quería, pero…

Cuando sonó su teléfono, se quedó paralizado.

Entonces se dio cuenta de que estaba siendo estúpido. Fetch no llamaba; le enviaron un mensaje de texto. Miró su teléfono. Era Hadi.

—Oye, amigo, ¿estás bien? No fuiste a la escuela.

Greg miró sus plantas destruidas. Se había olvidado por completo de la escuela. Se había olvidado por completo de la vida.

—Sí. Algo le pasó a Dare.

—¿Qué? ¿Él está bien?

—Amigo, lo siento.

Greg podía oír a Hadi hablando con otra persona.

—Cyril también dice que lo siente —dijo Hadi.

—Gracias.

—¿Podemos hacer algo?

—No, a menos que puedas hacer magia.

—Siento decepcionarte.

—Da igual.

—Oye, no estoy seguro de que te haga sentir mejor, pero Kimberly te estaba buscando.

Greg se sentó y se peinó el cabello con los dedos, se contuvo y puso los ojos en blanco. No era como si ella estuviera en la habitación. ¿Verdad?

—Dijo que tienes una buena idea sobre el artículo y que está lista para trabajar en ello.

Claro. El artículo. Se desplomó. Había estado tan emocionado con eso, y ahora no quería ni pensar en el tema.

Aun así, si eso significaba pasar tiempo con Kimberly…

Se dio cuenta de que Hadi estaba hablando.

—¿Qué? ¿Lo siento?

—Dije, después de verte en la luna por esa chica siempre, sería bueno verte con ella.

—No ha sido siempre. Sólo desde segundo grado.

¿Realmente había pasado tanto tiempo desde que amaba a Kimberly?

—Bueno.

—Sí, sería bueno verla.

—Entonces no pierdas tu oportunidad. Llámala y trabaja en ese artículo. ¡Gánatela, amigo!

Greg sonrió. Luego frunció el ceño. Se sentía mal sentirse esperanzado después de lo que le había sucedido a Dare.

—Tengo que irme —dijo.

—Seguro. Dinos si quieres pasar el rato.

—Okey.

Greg colgó el teléfono y se fue a tomar otra ducha caliente. Apestaba a sudor y aire salado del mar.

Cuando salió de la ducha y se vistió, tomó el teléfono para llamar a Kimberly. Fue entonces cuando vio un mensaje de texto de Fetch… *enviado hace cinco minutos*. Decía:

La recuperaré.

—Noooo —gimió Greg.

Se metió el teléfono en el bolsillo y salió de su habitación. Galopó escaleras abajo y salió a las dunas.

¿Fetch estaría ahí?

Cuando llegó al borde de su jardín, redujo la velocidad. Casi tenía miedo de mirar. Pero tenía que hacerlo.

Se adentró en las dunas y miró debajo del tronco de madera flotante.

Las piernas de Greg cedieron. Cayó de rodillas en la hierba húmeda de las dunas.

Aunque algunos tornillos pequeños, piezas de metal, cables y una bisagra estaban esparcidos debajo del tronco, la gran mayoría de los restos habían desaparecido. «Desaparecido».

Miró a su alrededor. Las únicas huellas que vio en la arena fueron las suyas. Pero la arena contaba una historia: alrededor de la madera flotante,

la arena húmeda estaba surcada con marcas de arrastre irregulares. Por lo menos una docena de manchas se extendieron por debajo del tronco, y luego se inclinaron una hacia la otra hasta que formaron una marca de arrastre desordenada que terminaba en un grupo aplanado de hierba de dunas.

Greg luchó por ponerse de pie y se alejó de las dunas. Girándose, entró al galope en la casa y subió a su habitación. Ahí, se dejó caer al suelo y puso la cabeza entre las manos.

Instantáneas de las últimas semanas pasaron por su cabeza. La araña. El perro muerto–el perro muerto destrozado. El dedo cortado de Dare.

Todo lo que había querido era suerte. No quería el dedo de su tío. Pero, obviamente, Fetch se tomó las cosas literalmente.

No tenía ninguna duda de que Fetch estaba funcionando de nuevo. ¿Cómo? Greg no lo sabía, no necesitaba saberlo. Sólo sabía que Fetch todavía funcionaba.

Entonces, si Fetch interpretó su solicitud de suerte como una necesidad de arrancarle el dedo a Dare, ¿cómo exactamente "recuperaría" y, lo que es más importante, quién o qué iba a recuperar? ¿Especialmente ahora que lo había golpeado?

—¡No! —Greg se levantó de un salto y se guardó el teléfono en el bolsillo. Metiéndose los pies en zapatillas negras para correr, salió volando de su casa.

Kimberly vivía a una milla de distancia, más al sur, en la misma calle en la que vivía. Sería un viaje directo.

Agarrando su bicicleta, pedaleó con fuerza. Por supuesto, el viento se estaba levantando de nuevo y venía del sur. Sus pulmones estaban gritando cuando llegó a la mitad del camino hacia su casa. Los ignoró y siguió adelante. Tenía que llegar a Kimberly antes que Fetch.

Si aún no era demasiado tarde.

Cuando llegó a la casa de Kimberly, saltó de su bicicleta y se preparó para correr hacia la puerta. Pero se contuvo cuando se dio cuenta de que la casa estaba a oscuras. No había coches en el camino de entrada, nadie estaba en casa.

Kimberly había mencionado que su madre generalmente la recogía después de la escuela y, a menudo, se detenían para hacer recados camino a casa. Si Kimberly todavía estaba en la escuela cuando Hadi llamó, probablemente Greg le ganó al llegar.

Greg se inclinó para recuperar el aliento y tomó su bicicleta. Llevándola a los arbustos en el borde del jardín de Kimberly, se agachó para esperar.

Consideró buscar a Fetch, pero no sabía cuándo llegaría Kimberly a casa, y podría extrañarle si estaba buscando a Fetch. No podía arriesgarse.

Esperó.

Mientras esperaba, trató de calmarse con respiraciones de yoga. No funcionó.

Estaba demasiado tenso cuando el sol comenzó a ponerse a las cuatro y media, sintió que sus extremidades se romperían si intentaba deshacerlas de su posición agachada. Pensó que sería mejor que intentara moverse ahora antes de que Kimberly llegara a casa.

Justo cuando comenzaba a estirar las piernas y ponerse de pie, vio los faros que se acercaban por la calle. Se inclinó de nuevo.

El coche pasó, pero antes de que pudiera enderezarse, otro lo siguió. Este era el indicado.

Un todoterreno azul oscuro se detuvo en el camino de entrada. La puerta del pasajero se abrió y Kimberly, vestida con jeans y una linda blusa que hacía juego con sus ojos, rebotó fuera del auto. Hablaba con su madre mientras lo hacía.

—Creo que si le ponemos orégano quedaría bueno.

—Quizás con albahaca también —dijo su madre.

Era alta y esbelta, con una cara bonita y cabello negro corto y canoso, la Sra. Bergstrom tenía alrededor de sesenta y tantos años. Cuando estaban en segundo grado, Kimberly dijo que su madre tenía cincuenta y un años cuando nació.

—Yo era un bebé milagroso. Supongo que eso significa que debería ser amable con mis padres. —Kimberly se rio con su risa musical.

Greg sabía que el padre de Kimberly era incluso mayor que su madre. Estaba jubilado. Había sido propietario de un par de hoteles en Ocean Shores y los había vendido el año pasado.

—Ahora juega mayormente al golf —oyó Greg a Kimberly decirle a un amigo.

Greg había conocido a los dos Bergstrom. Aunque el Sr. Bergstrom era un poco gruñón, la Sra. Bergstrom era agradable.

¿Pero ella escucharía?

Greg se preparó para salir de los arbustos y decirle a Kimberly que estaba en peligro, pero se dio cuenta de lo loca que iba a sonar su historia. Tal vez si pudiera hablar solamente con ella, ella podría convencer a sus padres de que la escucharan.

Antes de decidir qué hacer, un sedán negro se detuvo detrás de la camioneta. Crujió sobre la grava esparcida por el camino de asfalto y el señor Bergstrom salió.

El viento cogió velocidad justo cuando los pies del señor Bergstrom tocaron el suelo. Le voló la gorra roja de béisbol y Kimberly saltó tras ella.

—Gracias, cariño —llamó el Sr. Bergstrom. Alisó su ralo cabello blanco y abrazó a su hija.

El océano no estaba tan ruidoso ahora como lo había estado esa mañana cuando Greg corrio por las dunas. ¿Fue en serio esa misma mañana que se enteró de Dare y trató de destruir a Fetch? Se sentía como hace un año, al menos.

Aunque no fue tan fuerte, el insistente murmullo del océano ahogó lo que Kimberly y sus padres decían mientras caminaban hacia la casa. Greg comenzó a levantarse de nuevo, todavía sin saber qué hacer.

Justo cuando se levantaba, el sombrero del señor Bergstrom voló una vez más y lo siguió a grandes zancadas. El sombrero aterrizó justo en frente del arbusto en el que se escondió Greg, y el Sr. Bergstrom lo vio.

—Oye, chico, ¿qué estás haciendo en los arbustos? —La voz del señor Bergstrom era estridente y aguda.

Greg cuadró los hombros y se puso de pie. Tenía que intentar advertirles.

—Hola, señor Bergstrom.

—¿Quién eres tú? No, espera. Te he visto.

—Greg, ¿qué estás haciendo aquí? —Kimberly gritó desde su camino de entrada. Se acercó a Greg y su padre.

La señora Bergstrom la siguió.

—Um, Kimberly, sé que esto va a sonar loco.

—¿Qué va a sonar loco? ¿Qué significa esto? —gritó el señor Bergstrom.

Greg respiró hondo y se sumergió en su explicación.

—Kimberly, estás en peligro. Un grave peligro. Creo que, bueno, creo que alguien, eh… algo va a intentar matarte.

—¿Qué? —El señor y la señora Bergstrom estallaron al unísono. El tono de Bergstrom fue duro e indignado. El tono de la señora Bergstrom era un chillido agudo de miedo.

Kimberly no dijo nada, pero sus ojos se habían ensanchado.

—Kimberly, ¿recuerdas de lo que estábamos hablando, los REGs, las plantas, las células, la conciencia compartida, la guía?

Ella asintió.

—No tengo idea de cómo explicar esto, pero parte de la guía que recibí fue que tenía que saber qué había dentro de esa pizzería abandonada. Así que hice que Cyril y Hadi entraran ahí conmigo…

—¿Tú qué? —Farfulló el señor Bergstrom.

Greg lo ignoró.

—Y encontramos un perro animatrónico que está diseñado para sincronizarse con tu teléfono celular.

El señor Bergstrom intentó interrumpir de nuevo, pero Greg habló más alto y más rápido.

—Tenía curiosidad, así que lo hurgué y no pude hacer que funcionara. O al menos pensé que no podría hacer que funcionara. Pero

aparentemente lo hice, porque me ha estado enviando mensajes de texto y haciendo cosas por mí. Al principio hizo cosas útiles, pero luego empezó a hacer cosas que no quería que hiciera. Mató a un perro que me molestó…

Greg sabía que Kimberly, una amante de los perros, contuvo el aliento.

Él se encogió de hombros.

—Sí, lo sé. Fue horrible. Quiero decir, este era un perro horrible, pero aun así, era un perro, y la forma en que lo mataron fue… De todos modos, entonces quería un poco de suerte, y mi tío tenía este Dedo Mágico de la Suerte, y deseé tenerlo y luego encontré su…

—Joven —gritó el Sr. Bergstrom.

Greg lo ignoró y habló aún más alto.

—Encontré su dedo. Y esta tarde, dije, bueno, dije que quería estar contigo, y ahora me temo que Fetch va a–.

—¡Jovencito! —gritó el señor Bergstrom.

Greg se detuvo porque, bueno, ¿qué más podía decir?

Fue entonces cuando notó que el Sr. Bergstrom se puso un teléfono celular en la oreja—: Sí, ¿podría enviar un oficial a mí casa? Un adolescente loco está molestando a mi hija. Quiero que lo arresten.

Greg miró a Kimberly. Ella articuló—: Lo siento.

Sacudió la cabeza.

Había fallado de nuevo.

☆ ☆ ☆

Cuando el oficial de policía le preguntó a Greg sobre irrumpir en el restaurante, Greg se repetía a sí mismo que Kimberly estaría bien. Ella estaba bien ahora, y si Fetch estaba siguiendo lo que estaba pasando a través del teléfono celular de Greg, seguramente sabría qué quería que Kimberly se quedara en paz.

—Me había olvidado por completo de esa vieja pizzería —dijo el policía de mediana edad cuando Bergstrom informó sobre Greg—. ¿Sigue ahí?

«¿Sigue ahí?» pensó Greg. ¿Era el lugar como Brigadoon o algo así?

Cuando el oficial de policía puso a Greg en su camioneta y lo llevó a la estación de policía, Greg se repetía a sí mismo que Kimberly estaría bien. Sus padres estarían en guardia. Fetch no podría "recuperarla".

Pero no importaba cuantas veces se dijera a sí mismo que todo estaría bien, temía volver a su casa. La policía tardó dos horas en procesarlo e interrogarlo. La policía tardó otras dos horas en localizar a sus padres y otra hora y media en llegar a la comisaría porque ambos estaban en Olimpia. ¿Y si Fetch había llegado a Kimberly en ese tiempo?

Sus padres finalmente aparecieron en la estación, su madre con los ojos enrojecidos y su padre cabreado por, bueno, todo. La policía había decidido dejar a Greg bajo el cuidado de sus padres. Sería libre, lo que también significaba que podía vigilar a Kimberly. Tan pronto como sus padres se fueran a la cama, él saldría a hurtadillas e iría a cuidarla. Lo haría durante el tiempo que le tomara encontrar a Fetch y encontrar una manera de desactivarlo.

Greg casi no pudo soportar salir de la camioneta de su padre cuando su padre la llevó al garaje. Greg arrastró los pies, abrió de mala gana la puerta del coche y pisó el cemento. Se acercó con cautela a la escalera que conducía a la puerta principal. Luego se armó de valor y miró a su alrededor.

Todo parecía normal. El cuerpo de Kimberly no estaba debajo de la casa ni en la alfombra delantera.

Casi se desmaya de alivio.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó el padre de Greg cuando este se hundió contra la barandilla de la escalera.

—Nada.

Cuando Greg y sus padres entraron en su casa, el padre de Greg lo agarró del brazo. Greg apretó los dientes.

—Diría que estoy decepcionado, pero hace años que no espero nada bueno de ti.

La mamá de Greg suspiró.

—Steven.

—Hillary.

Greg los ignoró a ambos y subió las escaleras hacia su habitación.

Se quitó la ropa tan pronto como estuvo en el espacio oscuro y fue a tomar otra ducha. Apestaba… de nuevo. No sólo por el duro viaje en bicicleta y el pánico por salvar a Kimberly lo hicieron sudar a mares, sino que se sentó en lo que olía a orina seca en la camioneta de policía.

Pensó que la ducha caliente podría devolverle la vida. Tenía que reunir la energía necesaria para volver a la casa de Kimberly. Su bicicleta todavía estaba en la parte trasera de la camioneta de su padre. El policía la había metido en su camioneta cuando llevó a Greg, y se la había devuelto cuando él y sus padres dejaron la estación.

Pero cuando salió de la ducha, estaba agotado. Miró la hora en su teléfono. También buscó mensajes de texto. Nada. Eso era bueno. ¿Verdad?

Tal vez podría tomar una siesta antes de ir a casa de Kimberly para asegurarse de que estaba bien. Diablos, tal vez se había equivocado en todo el asunto. Tal vez Fetch le estaba recogiendo un bocadillo o información que ni siquiera se había dado cuenta de que había solicitado. Quizás realmente no había nada de qué preocuparse.

Greg se puso una camiseta amarilla y un pantalón de dormir de franela gris. Luego abrió la puerta del baño.

Apenas conteniendo un grito, se alejó tambaleándose de la puerta y cayó al suelo de baldosas, con su mente luchando por aceptar lo que estaba mirando.

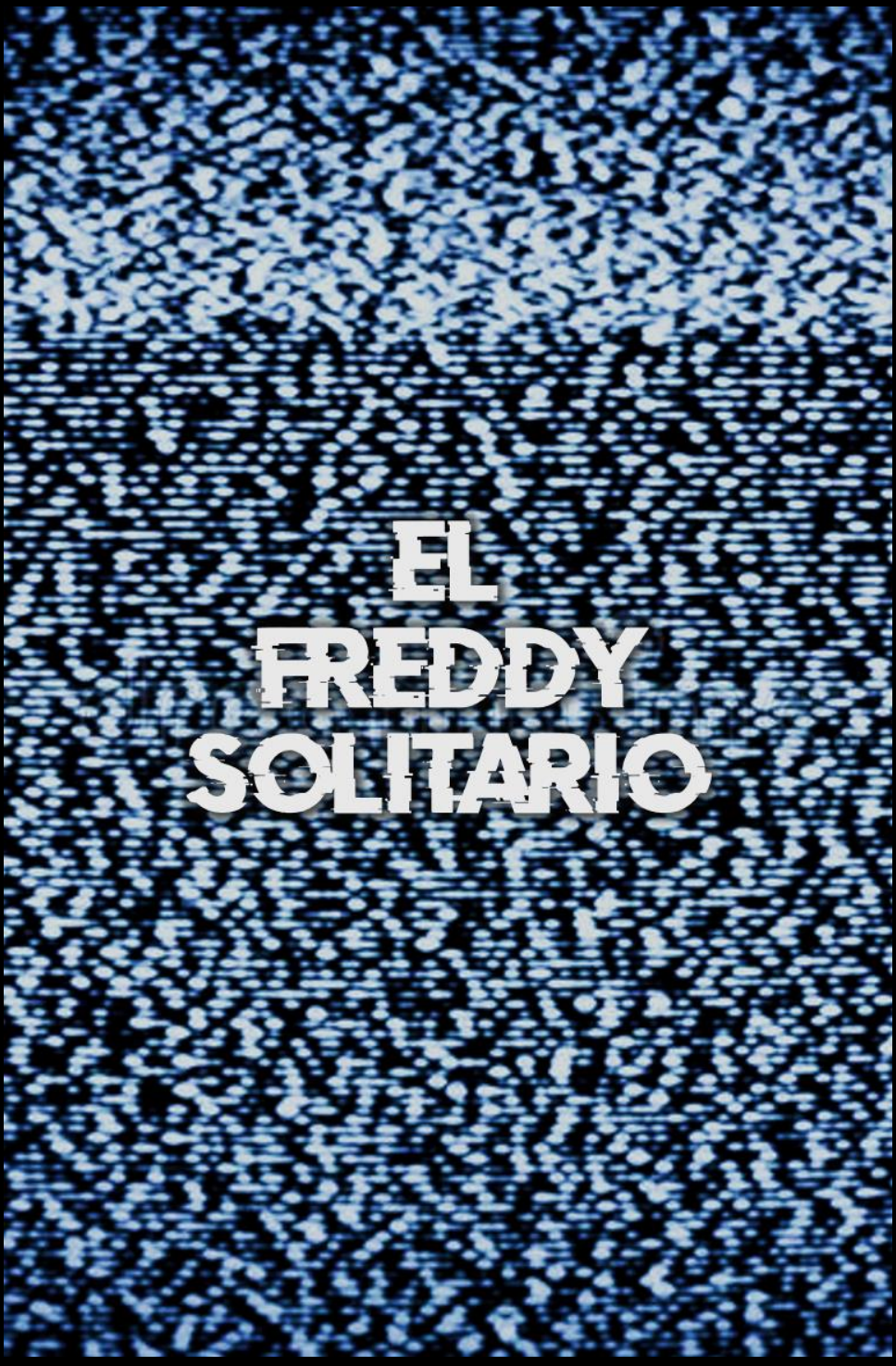
Había algo envuelto en una sábana, tirado al otro lado de la puerta. Mientras miraba, la sábana una vez beige se estaba volviendo de un rojo oscuro y profundo, brillaba húmeda en la luz tenue de la habitación.

¿Quién estaba debajo de la sábana? ¿Qué había debajo de la sábana? Greg no pudo moverse para poder averiguarlo.

No necesitaba mirar más. Sabía todo lo que necesitaba saber.

El teléfono de Greg en el mostrador del baño vibró. No pudo evitarlo; lo recogió y lo miró.

Fetch había enviado un mensaje de texto: **Nos vemos luego.**


EL
FREDDY
SOLITARIO

—Malo. —Alec siempre había argumentado, que era una palabra muy subjetiva. Su propia definición fue determinada por la línea de base de otra persona. Era una palabra que tenía un propósito: juzgar. Y Alec había sido juzgado toda su vida.

Su primer recuerdo fue decididamente terrible. Estaba en preescolar y era más grande que los otros niños. Reconociendo esta ventaja a una edad temprana, descubrió que podía moverse al frente de cualquier fila con sorprendente facilidad. Los otros niños estaban felices de jugar los juegos que él dictaba, y nunca tuvo que buscar un asiento en la mesa del almuerzo. Fue sólo cuando su maestra de preescolar lo hizo a un lado en ese primer día memorable que Alec comprendió que era "malo".

—Eres un matón —le había dicho la maestra, una palabra que asumió que era positiva y sonrió cuando ella se la ofreció. En lugar de darle una palmada en el hombro como haría su madre cuando se comía toda su comida, la maestra se apartó de él con horror. De hecho, era esa expresión precisa en el rostro de su maestra de preescolar lo que Alec recordaba más que nada. Más que la forma en que las sillas de plástico azul en el aula se pegaban a la parte posterior de sus piernas en verano. Más que la forma en que una caja nueva de crayones sin usar olía bajo sus narices. Más que la forma en que los melocotones enlatados que servían como bocadillos se deslizaban por su lengua en medio del almíbar pegajoso y el regusto metálico.

Alec ni siquiera recordaba el nombre de su maestra de preescolar. Simplemente recordó su mirada de horror cuando no entendió que él era "malo".

A medida que crecía, se dio cuenta de que "malo" se definía por comparación. Y eso fue principalmente una construcción viable para Alec. Hasta que llegó Hazel.

Hazel, que lleva el nombre de una querida abuela que Alec nunca había conocido. Hazel, cuyos finos rizos rubios estaban retorcidos en rígidos arcos. Hazel, que dormía toda la noche sin ningún problema.

Alec no recibió el nombre de nadie. Era un compromiso entre el "Alexander" que su madre había querido y el "Eric" por el que su padre

había presionado. Los rizos de Alec eran rebeldes, domesticados con agua del grifo y un cepillo con respaldo de madera. Las noches de Alec estaban divididas por pesadillas y episodios de fuerte vigilia.

Durante los primeros cinco años de su vida, el comportamiento de Alec fue más o menos la búsqueda constante de los muros que separan el bien del mal. Después de que nació Hazel, saltó la pared y aterrizó en tierras inexploradas. No fue tan fácil de rastrear en este nuevo espacio. A veces era "malo", sí, pero la mayoría de las veces no tenía límites. Pasó sin ser descubierto. Era en ese espacio donde "bueno" y "malo" no existían. Si no había nadie que lo guiara hacia los límites, si no había nadie mirando, el comportamiento, en todo caso, era una ocurrencia tardía.

—Tal vez no debas destacarlo tan a menudo, Meg —decía la tía de Alec, Gigi—. Los niños responden mucho mejor al refuerzo positivo.

La tía Gigi también le había sugerido a la mamá de Alec en esa misma conversación que cambiara a la leche orgánica; las hormonas agregadas en los lácteos regulares aumentaron la agresión en los niños, según algunos estudios. La tía Gigi no tenía hijos y no deseaba tenerlos. La mamá de Alec a menudo estaba de humor para un consejo, y su hermana mayor siempre estaba feliz de dárselo.

—Gigi, no es la leche —había argumentado la mamá de Alec—. Beben la misma leche. Y no es agresivo. Es sólo… no sé… está en su propio mundo. Es como si las reglas no se aplicaran a él.

—Bueno, entonces sabes que será un líder cuando sea mayor. ¡Genial! —había postulado la tía Gigi.

—Sí —había respondido la mamá de Alec—. Quizás. No sé. No parece que le gusten mucho las otras personas.

—Tiene diez años, Meg. Odian a todo el mundo.

—No todo el mundo —había argumentado su madre—. Mira a Gavin.

—¿Quién?

—El hijo de Becca.

—¿Ese niño que siempre le sonríe a todos?

—Eso no es algo malo —le había dicho su madre.

—No, es algo espeluznante —había dicho la tía Gigi—. Créeme, no quieres más Gavins pequeños corriendo por el mundo. Ese es el tipo de niño que encuentras parado junto a tu cama una noche sosteniendo un cuchillo de carnicero. No, gracias.

Eran momentos como esos en los que Alec se preguntaba si había nacido de la hermana equivocada, y la tía Gigi era realmente su madre. Pero su nariz vuelta hacia arriba y su cabello rubio como el heno eran los rasgos distorsionados de su madre, sin duda.

También eran momentos como estos en los que Alec deseaba no ser tan bueno escuchando a escondidas. Sus padres le habían advertido sobre eso muchas veces, pero inevitablemente, se encontraba encaramado en la parte superior de la escalera, escuchando las conversaciones que nadie realmente intentaba esconder con tanta fuerza. Era casi como si quisieran que él escuchara.

Escuchando a escondidas fue la forma en que se enteró del plan.

Alec probablemente debería haberlo visto venir; después de todo, era abril. El mes del milagro mágico, también conocido como el mes en que nació su preciosa Hazel. Alec tenía un día, el día dieciocho de agosto para ser precisos. Ese era su día especial cuando sus padres fingieron que no era un problema. ¿Pero Hazel? Hazel recibió treinta días completos de adoración.

—Alguien tiene un día especial dentro de dos semanas —decía su padre.

—¿Estás emocionada por tu fiesta? —preguntaba su mamá.

Y los ojos de Hazel brillarían, y actuaría como si fuera demasiado alboroto, y sus padres se lo tragarían. Se lo había ganado, decían. Ella debería disfrutarlo. Luego mirarían a Alec y esperarían a que aceptara, lo que rara vez hacía. ¿Por qué molestarse? No es como si fuera a cambiar nada; ella todavía tendría la fiesta. Tal vez hubiera sido decente de su parte ser amable con Hazel de vez en cuando, pero Alec simplemente no podía ver dar a sus padres la satisfacción.

Entonces, cuando escuchó a sus padres hablar sobre El Plan, se sorprendió francamente de que les hubiera tomado tanto tiempo idearlo. Deben haber estado atrasados en su lectura.

—Está en el Capítulo Cinco. ¿Ya llegaste al Capítulo Cinco? —La mamá de Alec le preguntó a su papá al otro lado de la mesa de la cocina dónde removieron su café descafeinado esa noche.

—Pensé que el Capítulo Cinco hablaba de dejar que el niño elija su propio camino —dijo su padre. Ese tono de exasperación en su voz se estaba volviendo más habitual.

—No, no, eso es de *El Niño Resplandeciente* —corrigió su mamá—. Me refiero a *El Planificador*. ¡Este médico dice que las teorías de *El Niño Resplandeciente* están equivocadas!

Alec recordaba bien El método del niño resplandeciente. Aparentemente, ese autor creía que cada niño era simplemente una gota de arcilla esperando ser moldeada por sí mismo, lo que involucraba algunos ejercicios completamente locos como dejar que Alec se cambiara el nombre a sí mismo. Así que se decidió por Capitán pantalones de trueno y pasó toda la semana tirándose pedos en la casa y alegando que no podía evitarlo, era su homónimo.

Eso no fue tan ridículo como el momento en que leyeron que necesitaban plantar un jardín con él para que pudiera cultivar algo, o el momento en que les dijeron que fueran a acampar en familia para volver a su "núcleo familiar". El experimento del jardín terminó cuando Alec enterró el anillo de bodas de su madre en el suelo para ver si crecían más diamantes. El viaje de campamento se convirtió en una especie de situación *Señor de las Moscas* después de que Hazel se metiera un mosquito en la nariz, y Alec pudo haberla convencido, o no, de que pondría huevos en su conducto nasal. El viaje realmente no tuvo oportunidad después de eso.

—Honestamente, Meg, cuanto más leemos, más estoy convencido de que ninguno de estos supuestos médicos sabe de qué diablos están hablando —dijo su padre, pero la madre de Alec no era de las que debía ser disuadida.

—Bueno, Ian, ¿cuál es la alternativa? ¿Nos damos por vencidos?

Esta no era la primera vez que Alec escuchaba una conversación como esta. Parecía suceder en los espacios entre cada otro libro que sus padres leían para tratar de entender por qué su hijo era tan diferente a ellos.

No era la primera vez que Alec había escuchado este tipo de conversación y, sin embargo, formaría la misma piedra dura en su estómago cada vez. Porque no importaba cuántos libros leyeran o cuántos jardines le hicieran plantar o leches orgánicas que bajaran por la garganta, lo único que nunca intentaban era hablar con él.

—Por supuesto que no nos daremos por vencidos —le dijo su papá a su mamá, batiendo su pequeña cucharadita alrededor de los lados de su taza de café hasta que Alec se la imaginó formando un pequeño remolino descafeinado contra la cerámica.

—Sólo pregúntame —susurró Alec, y por sólo un segundo, por una vez en sus quince años, sus padres guardarían silencio, y pensó que tal vez lo escucharían—. Sólo pregúntame qué pasa.

Si hubieran preguntado, podría haber dicho—: No soy como tú, y no soy como Hazel, y eso debería estar bien.

Pero sus padres simplemente siguieron hablando.

—Sólo tienes que pasar al Capítulo Cinco —dijo su madre.

—¿No podemos pasar a la parte en la que me dices lo que se supone que debemos hacer? —contestó su padre.

—Sólo lee el capítulo, Ian. La fiesta es el próximo fin de semana, y realmente creo que tenemos que sentar las bases antes del sábado.

Su padre suspiró tan profundamente que Alec podía oírlo desde las escaleras, y así fue como supo que su padre volvería a leer un libro inútil sobre algún método inútil para ayudarlos a comprender el enigma de un niño.

Siempre era lo mismo.

Y debido a que sus padres siempre escondían su colección de libros para padres en algún lugar súper secreto que Alec nunca había podido descubrir, él estaría partiendo de una desventaja como siempre, viendo cómo se desarrollaba el plan y el contenido del capítulo cinco durante el transcurso de la próxima semana.

Arriba, en el baño de Jack y Jill que separaba la habitación de Alec de la de Hazel, se miró en el espejo y trató de verse a sí mismo como lo hacían

sus padres. Vieron el mismo cabello rubio, los mismos ojos verde claro, la misma mandíbula apretada en rígida determinación de nunca colgarse del asombro, de nunca romper en una sonrisa inesperada. Alec no era más que deliberado.

Sólo Hazel era quien de vez en cuando lo tomaba por sorpresa.

—¿Estás bien? —preguntó desde su puerta, y él fijó su rostro enfadado, pero era un poco tarde para hacerlo, y temía que ella lo hubiera visto sobresaltado.

—¿Por qué no lo estaría? —preguntó, llamándola con el mismo tipo de pregunta que siempre hacía. Había dominado el arte de la desviación.

Hazel se encogió de hombros y agarró su cepillo de dientes, jugando a ser indiferente también, pero no era tan buena en eso como él.

—Mamá y papá están actuando raro otra vez —dijo, taquigrafía para la explicación. Quería decir: Mamá y papá se están metiendo contigo de nuevo. Pero Alec no se dejó engañar tan fácilmente. Su hermana era la peor de ellos. Engañó a todos los demás con sus preguntas que pretendían ser inocentes, y su sonrisa que podría haber hecho que cualquiera pensara que lo decía en serio.

—No te preocupes. No afectará a tu fiesta.

Él había querido que fuera un desaire con ella, pero ella lo entendió mal y pensó que realmente le importaba.

—Realmente no me importa mucho la fiesta, ya sabes —dijo, mirando su reflejo en el espejo en lugar de mirarlo directamente.

Así es como supo que ella estaba mintiendo

Comenzó a cepillarse los dientes y Alec se tomó un momento para estudiarla mientras ella miraba hacia el fregadero para escupir.

Es casi como si pudiera desear que cada parte de sí misma fuera perfecta. Su cabello nunca se encrespó. Su nariz nunca goteó. Sus pecas estaban espaciadas uniformemente, como si hubieran sido pintadas con una mano firme. Incluso sus dientes estaban rectos. Probablemente nunca necesitaría aparatos ortopédicos. Alec había comenzado a creer que nunca se quitaría los frenillos.

—No seas tonta —dijo finalmente—. Por supuesto que te preocupas por tu estúpida fiesta.

Su rostro se sonrojó con un tono rosado perfectamente uniforme.

—Apuesto a que no vendrá mucha gente.

Alec ni siquiera pudo reunir una respuesta a una súplica tan ridícula de falsa simpatía. Sólo resopló.

—Sí, está bien —dijo y la dejó para terminar de enjuagar la pasta de dientes de su boca. Un día de tener su propio baño en su propia casa con sus propias reglas y nadie que se preguntara por qué era tan diferente a ellos… ese día no podía estar muy lejos.

Las estrellas habían comenzado a salpicar el cielo cuando el trance de Alec se rompió con el crujido de la puerta del baño del lado de Hazel. Esperó a que pasara la interrupción, pero cuanto más esperaba, más claro estaba que Hazel no estaba ahí para ir al baño. Después de unos segundos más, la puerta de su habitación desde el baño se abrió una rendija, y se derramaron los rizos rubios de su hermana mientras rompía una regla cardinal.

—Fuera —dijo, y ella volvió a meter la cabeza en el baño, sobresaltada. Pero eso no duró.

En cambio, abrió la puerta un poco más y, ante la total incredulidad de Alec, se atrevió a dar un paso dentro de su habitación.

La vio mirar a su alrededor por un segundo, como si hubiera entrado en un extraño mundo nuevo, y en cierto modo, lo había hecho. Si alguna vez sospechó que ella se coló aquí cuando él no estaba cerca, esa pregunta fue respondida por la forma en que miraba a su alrededor ahora. Ella era una seguidora de las reglas, incluso cuando nadie la miraba.

—Tienes un deseo de morir —dijo, y pudo oírla tragar.

Aun así, dio otro paso hacia él.

Tenía un par de opciones. La intimidación verbal habitual no funcionó. Podría usar la fuerza bruta. El dolor era un excelente motivador. Podía jugar a cargar contra ella: quitarse las sábanas de sí mismo y lanzarse fuera de la cama lo suficiente para ahuyentarla.

O podría utilizar trucos psicológicos. Podía yacer ahí, perfectamente quieto, sin decir ni una sola palabra más. Podía observarla tan de cerca como la estaba mirando ahora, esperar a que ella se acercara, para lograr cualquier objetivo loco que debiera tener para venir aquí y desafiar toda lógica, y ver cómo su valor flaqueaba cuanto más se adentraba en su habitación.

Tal vez era la emoción de ejercer ese nivel de control sobre la situación, o tal vez tenía curiosidad por ver qué haría. De cualquier manera, optó por la tercera opción.

Y esperó.

Extrañamente, por más de cerca que él la estudió, Hazel lo estudió con la misma atención. Dio otro paso hacia su cama, luego otro, y aunque él se dio cuenta de que estaba temblando, pudo ver que desde el momento en que asomó la cabeza, continuó caminando hacia adelante. No fue hasta que ella estuvo a sólo un par de pasos de su cama que se dio cuenta de que estaba sosteniendo algo.

Dio los dos últimos pasos rápidamente, como si su valor estuviera agotando, y puso la cosa a los pies de la cama de Alec. Luego dio dos pasos hacia atrás, girando sobre sus talones, y corrió de regreso al baño, cerrando la puerta de su habitación detrás de ella.

Alec miró fijamente el libro al pie de su cama durante mucho tiempo antes de que finalmente recogerlo.

Era verde con letras blancas en negrita, con el título centrado con precisión y ligeramente levantado de la sobrecubierta. Estaba marcado con una nota adhesiva de color rosa brillante justo al comienzo del Capítulo Cinco. Y cuando lo abrió, escritas con la letra fina a lápiz de la cuidadosa mano de su madre, había notas que su padre y ella debían seguir en los días previos a la fiesta de la perfecta Hazel.

Desafiando a sus padres, desafiando toda lógica, reglas e intereses personales, Hazel había robado *El Panificador* de la biblioteca secreta de sus padres mientras dormían.

Y lo había compartido con él.

El corazón de Alec se aceleró mientras leía los pasos cuidadosamente prescritos del Capítulo Cinco, el método que prometía convertir a su hijo malo en bueno y lograr la armonía familiar que sus padres habían leído una y otra vez era posible.

Luego, cuando terminó de hojear las páginas que su padre aún no se había molestado en leer, pero había accedido a probar con su problemático primogénito, Alec miró fijamente la puerta del baño cerrada que su hermana había reunido el coraje para abrir, sabiendo la ira que seguramente incurriría. Se preguntó durante el resto de la noche por qué lo había hecho. ¿A qué tipo de juego estaba jugando? ¿Qué tipo de hechicería estaba practicando, tratando de calmarlo en un falso sentido de camaradería?

Luego permitió que su memoria cayera hacia atrás. Volvió sobre las veces que la había confundido en el pasado, los momentos en los que simplemente asumió que ella estaba intentando sacarlo de su juego. Hubo una vez que ella le horneó galletas en su horno de juguete después de que sus padres ignoraran sus súplicas de dulces en la tienda. Hubo un momento durante el viaje de campamento condenado al fracaso cuando ella se rio de una broma involuntaria que él había hecho, incluso mientras se arañaba desesperadamente la nariz en busca del mosquito rebelde. Hubo un día de la madre en el que ella había añadido su nombre a la tarjeta porque se había olvidado.

Alec miró por la ventana durante el resto de la noche, hasta que las estrellas punteadas dieron paso al amanecer azul. Era demasiado tentador creer que su hermana le había traído el libro porque de repente una alianza le había parecido una buena idea. Diez años de observar los misteriosos hechizos que podía lanzar sobre sus padres y el resto del mundo le habían enseñado que no era tan fácil confiar en ella.

«No», pensó mientras la noche se convertía en día. «Este es sólo otro truco».

Ella había sido capaz de engañar a todos los demás menos a él hasta este punto. Una falsa oferta de paz no iba a engañarlo para que pensara que ella estaba de repente de su lado. Aun así, le inquietaba un poco no saber qué estaba haciendo exactamente. En realidad, sólo había una forma de resolver ese misterio.

—Seguiré el juego —se susurró a sí mismo—. Mostrará sus cartas eventualmente.

☆ ☆ ☆

—Lo estás haciendo demasiado complicado —dijo Hazel. Parecía que estaba adoptando esta nueva alianza con una comodidad sorprendente.

Estaban sentados junto a la piscina en el patio trasero, con sus pies colgando en el agua clorada mientras el sol golpeaba contra sus espaldas. Alec no necesitaba un espejo para saber que su cuello comenzaba a brillar de color rosa.

—¿De qué estás hablando? Es el plan perfecto —dijo.

Alec tenía la costumbre de despedir con frialdad a su hermana, que era excepcionalmente difícil fingir que la tomaba en serio. Pero si iba a descubrir la trampa en la que estaba tratando de atraerlo, tenía que ser convincente.

Sin embargo, extrañamente, al fingir seguir su consejo, estaba empezando a verla de manera diferente. Era extraño la forma en que esta persona con la que estaba tan estrechamente relacionado se sentía "real" y cercana de repente frente a él, como si hubiera estado viviendo con un holograma todo este tiempo.

Ella era una estafadora completamente formada.

—Así que déjame aclarar esto —dijo, poniendo los ojos en blanco—. ¿Tu gran plan para que mamá y papá dejen de pensar que eres un sociópata total es actuar como un sociópata total?

Después de leer el Capítulo Cinco la noche anterior, Alec se enteró de que El Plan era una versión tremendamente simplista del cerebro adolescente. Si los padres querían un niño predecible y que se portara bien, simplemente necesitaban tratarlos como lo opuesto a eso. Era lo peor de la psicología inversa tonta, y nada irritaba más a Alec que tener su inteligencia insultada.

De modo que su contraataque era sencillo; simplemente actuaría peor, mucho, mucho peor. Estaba fingiendo, por supuesto. Sabía que su contraataque era terrible. Pero necesitaba que Hazel fuera a quien se le

ocurriera la idea, no a él. Era la única manera de hacerle creer que se estaba encantado de su gesto de amor entre hermanos.

Una vez que bajara la guardia, él sería capaz de averiguar qué estaba haciendo en realidad.

—¿Cómo soy el sociópata en este escenario? —preguntó, esforzándose por no sentirse realmente ofendido. «Es sólo un acto», se recordó a sí mismo. «Es sólo un acto»—. ¡Creen que la mejor manera de hacerme bueno es tratarme como si fuera malo! —Añadió Alec con fingida indignación—. Si me preguntas, eso es bastante sociópata.

Ahora estaba fingiendo argumentar que fingir actuar mal era la mejor manera de contrarrestar la fingida ira de sus padres por su mal comportamiento real. Todo se estaba poniendo como una obra. Alec podía sentir un dolor de cabeza formándose detrás de sus ojos.

—Mira —dijo Hazel, de repente sonando mayor que ella por casi diez años—. No te lo tomes a mal, pero has estado perdiendo tu toque.

—¿Mi toque? —dijo Alec, poniendo su mano en la parte más caliente de su cuello para tratar de protegerlo. Apenas ayer, Hazel habría estado aterrorizada de ser tan franca con él. Tal vez realmente estaba perdiendo su habilidad para la intimidación.

—Solías ser bastante bueno para ocultarlo —dijo, y lo miró con dureza, por lo que supo que estaba esperando a que él se diera cuenta.

Cuando él no respondió, ella suspiró y dijo—: Solías salirte con la tuya mucho más.

—¿Cómo es eso mi culpa? —respondió, sin gustarle mucho la forma en que sonaba enfurruñado—. ¡En todo caso, es tu culpa!

Ella le parpadeó lentamente.

—Sólo empezaron a pensar que yo era el malo cuando se dieron cuenta de que tú eras la buena.

Hazel miró hacia el agua, y esta vez, pensó que tal vez vio algo de la vieja Hazel, la que parecía caminar de puntillas a su alrededor con una disculpa en los labios, como si fuera una causa perdida pensar que alguna vez lo serían amigos.

Para gran asombro de Alec, sintió una punzada de remordimiento por eso, un sentimiento que rápidamente enterró.

—Está bien, ¿cuál es tu contraataque? —preguntó.

Su solución era demasiado simple.

—Sé bueno —dijo.

Alec se rio.

—¿Qué más puede ser?

—¿Esa es tu clase magistral para interpretar a nuestros padres? ¿Psicología inversa-inversa?

Ella se encogió de hombros.

—Si actúas un poco mejor y yo un poco peor, tal vez neutralice su atención lo suficiente como para que nos dejen en paz.

Alec dejó que su mandíbula hiciera esa cosa donde cayó. Dejó que su cuerpo experimentara el impacto total que había contenido durante tanto tiempo, y lo hizo frente a la persona menos probable: La dorada Hazel. La niña que hizo lo que le dijeron cuando le dijeron que lo hiciera. El as recto y los dedos de piano coordinados, la limpiadora de platos y la ayudante de clase. La conferencia fácil entre padres y maestros. La niña de oro.

Quizás ya no quería ser perfecta.

¿Cómo nunca se le había ocurrido que su suerte en la familia era tan onerosa como la de ella? ¿Por qué nunca había captado su atención el pequeño brillo de sus ojos, el que decía: Cambiemos de lugar por hoy? ¿Cuándo dejó de ser la Hazel de oro y simplemente comenzó a ser Hazel una niña?

«Razón de más para no confiar en ella», pensó, endureciendo su resolución. Estaba cansada de fingir ser la buena. Estaba lista para avanzar al estado completo de chica mala. Lo que significaba que definitivamente estaba tramando algo.

—¿Crees que puedas hacerlo? —preguntó, no queriendo decirlo como un desafío, sino como una pregunta real—. ¿Ser mala?

—¿Puedes ser bueno? —preguntó, para ella definitivamente era un desafío.

Acordaron probar su teoría esa noche como una especie de prueba. Evidentemente, sus padres estaban comprometidos con su propio experimento prescrito por *El planificador*. Habían estado en el caso de Alec todo el día: lo habían regañado por no sacar su ropa del tendedero. Lo habían amonestado por jugar videojuegos antes de completar su tarea, a pesar de que eran las vacaciones de primavera. Incluso le habían sermoneado sobre la importancia de usar hilo dental, una extraña batalla por elegir después de un chequeo impecable durante su última limpieza dental.

Para cuando llegó la cena, la cara de Alec dolía de sonreír. Le dolía el cuello de asentir. Su sangre había hervido tantas veces ese día que le sorprendió no haberse cocinado de adentro hacia afuera. Se había tragado cada regaño, sin ceder nunca a la tentación de insultar a sus padres.

Y fiel a su palabra, en cada enfrentamiento a lo largo del día, Hazel había estado ahí para quitarle una parte de la carga. Había elegido esa mañana para mostrarle a su madre la calificación menos que estelar en su examen de ortografía de la semana anterior. Había dejado caer "accidentalmente" las camisas de su padre en el barro cuando las sacó del tendedero. Y en respuesta al gran debate sobre el uso del hilo dental del lunes por la tarde, había marcado una novedad para sí misma, Hazel murmuró—: ¿Cuántas caries tuvo en su último chequeo? —al alcance del oído de su madre.

—Jovencita, ¿qué te pasa hoy? —dijo su mamá.

Y cuando Alec y Hazel doblaron la esquina para retirarse a sus habitaciones separadas después de la hora de la cena, tocaron las yemas de los dedos y ocultaron sus sonrisas.

Pero tan pronto como Alec cerró la puerta de su propio dormitorio, repasó cada momento del día para analizar las acciones de su hermana: la forma en que saltaba con demasiada facilidad para desviar la reprimenda que se dirigía a él, la forma en que había estado tan dispuesta al regreso inteligente a su madre, la vez que le guiñó un ojo conspirador en la mesa de la cena. Todo era demasiado perfecto, todo ese pequeño espectáculo que le estaba montando.

«No eres lo suficientemente inteligente para jugar a este juego», pensó esa noche antes de irse a la cama. «Estoy por encima de ti, hermana». Tenía cinco años sobre ella jugando el papel de mala semilla. Si pensaba que iba a usurpar ese título, le esperaba un rudo despertar.

☆☆☆

El día siguiente fue más o menos una repetición del anterior.

Cuando sus padres denunciaron la falta de modales de Alec en la mesa del desayuno, Hazel eructó. Cuando el padre de Alec lo acusó de rayar el costado del auto con su bicicleta, Hazel asumió la culpa sin pedir disculpas. Cuando la madre de Alec se preguntó en voz alta cuándo fue la última vez que había ingerido un vegetal, la rápida respuesta de Hazel fue preguntar cuándo fue la última vez que sus padres habían cocinado uno comestible.

Esa noche, cuando Hazel se unió a Alec en su posición en la parte superior de las escaleras, escucharon a sus padres durante los últimos dos días.

—¿Soy sólo yo, o Hazel parece estar pasando por una… fase? —su mamá le susurró a su papá, cucharaditas tintineaban contra los lados de sus tazas de café.

—Pensé que era sólo mi imaginación al principio —estuvo de acuerdo su padre.

El asombro de sus padres era inconfundible.

—¿Escuchaste lo que me dijo esta tarde? —preguntó su mamá—. ¡Dijo que pensaba que estaba empezando a verme "demacrada"! ¡Demacrada, Ian! ¿Me veo demacrada?

—No, pero suenas demacrada —murmuró Alec.

Hazel tuvo que reprimir la risa, pero Alec estaba demasiado irritado para encontrar el humor. Sus padres estaban exasperando. ¿Era realmente tan increíble que Hazel pudiera ser incluso más desagradable que el predeciblemente podrido Alec?

—Bueno, ¿alguien podría culparte por estar demacrada? —preguntó su padre.

—Oooh, respuesta incorrecta —susurró Hazel, y esta vez, Alec encontró el humor, y su risa lo tomó desprevenido.

—¿Entonces me veo demacrada? —preguntó su mamá, y Alec pudo escuchar una cucharadita tintineando cada vez más rápido contra la cerámica. Uno de ellos se agitaba compulsivamente.

—Por supuesto que no, Meg. ¿Podemos intentar concentrarnos en los niños?

Su madre soltó un único y poco caritativo—: ¡Ja! Oh, ahora mira quién está listo para ser el adulto.

Alec y Hazel se inclinaron hacia atrás, haciendo una mueca.

—Eso no va a salir bien —dijo Alec.

—¿De verdad, Meg?

—Sólo creo que…

—Oh, sé lo que piensas. Lo has dejado bastante claro. Dios santo, Ian, crece.

Pero cuando Alec miró a Hazel, ella simplemente estaba sonriendo. Como si todo estuviera yendo exactamente según el plan. Por supuesto, desde su perspectiva, así era.

Luego le devolvió la sonrisa. Si Alec no hubiera podido ver a través de ella, podría haber estado tentado a creer que era genuina. Si él fuera del tipo que se enamora de una manipulación tan obvia, incluso podría haber sentido una pizca de calidez hacia ella, una hermana simplemente en busca de una relación real con su hermano.

Era un poco lindo, pensó, cómo ella creía que podía ser más astuta que él.

—Está bien, está bien —dijo su padre, y Alec lo escuchó tomar una respiración profunda.

—No podemos pelearnos el uno contra el otro.

Su madre suspiró.

—Estás bien. Vámonos a la cama. Ha sido un largo día. Ah, y para tu información no puedo encontrar el libro.

—Olvídalo —dijo su padre—. Lo buscaremos por la mañana.

Dos juegos de patas de sillas rasparon contra las baldosas de la cocina, y Alec y Hazel se pusieron de pie de un salto y entraron en sus habitaciones justo cuando la luz de las escaleras se encendió, anunciando que sus padres se acercaban.

Acostado en la cama, Alec pensó en todas las variaciones de su propio plan, el Contador del Contraataque, por así decirlo.

Mañana era el día de la planificación de la fiesta. Había escuchado a su mamá recordárselo a su papá mil veces, no es que importara ya que él estaría en el trabajo y ella estaría arrastrando a Alec y Hazel para encontrarse con la tía Gigi en la pizzería.

Fue ahí donde Alec realmente intensificaría su reconocimiento. Si iba a descubrir qué estaba haciendo Hazel en realidad, lo descubriría en el lugar donde todos estos planes y contraataques iban a culminar. No podía pensar en ninguna otra razón por la que Hazel estaba tan decidida a sabotear su propia fiesta de cumpleaños al permitir que Alec fuera… bueno, él mismo. Tenía algo que ver con su cumpleaños el sábado. Fuera lo que fuera lo que estaba planeando, todo se acabaría entonces.

La única opción real de Alec era sentarse y dejar que Hazel mostrara sus cartas. Era cuestión de tiempo antes de que sucediera, y aunque había demostrado ser más astuta de lo que él le había dado crédito originalmente, no era un genio malvado.

Ese título estaba reservado para Alec.

Algún tiempo después de que Alec escuchó la puerta del dormitorio de sus padres cerrarse por la noche, la puerta del baño que compartía con Hazel se abrió y ella asomó la cabeza hacia adentro.

—Hoy fue divertido —dijo, y Alec hizo un rápido cambio a su acto de "hermano conspirador".

—Sí. Buen trabajo con la cocina.

—Gracias.

Hazel se rio tímidamente.

«Oh, por favor», pensó Alec, pero se las arregló para no poner los ojos en blanco.

—Oye, no crees que los vamos a romper ni nada, ¿verdad? —preguntó Hazel.

—No. Ellos pueden manejarlo. Créeme, los he sometido a cosas mucho peores.

Hazel asintió con la cabeza, luego le dio una sonrisa tímida más antes de cerrar la puerta y caminar por el baño de regreso a su propia habitación.

Pasaron unos minutos antes de que Alec se diera cuenta de que él también estaba sonriendo y se detuvo. Sin sonreír porque estaba contando todas las formas en que había vencido a su hermana en su propio juego. Sin sonreír porque la había expuesto por el fraude que es para que sus padres, amigos y todos los demás en el mundo la vean. No todavía, de todos modos.

Sonreía porque disfrutaba de su compañía.

«Contrólate», se regañó a sí mismo.

Luego se repitió una y otra vez que no era tan buena como pretendía ser, que sólo lo estaba usando como un medio para un fin. Se recordó a sí mismo que esta alianza era falsa y temporal, que una vez que la hubiera revelado como un fraude, volverían a sus extremos separados del baño, y Alec podría proceder sin restricciones a hacer lo que quisiera hacer, sólo esta vez sin la constante comparación con la dorada Hazel.

Borró esa sonrisa patética de su rostro y se durmió con la venganza en su mente.

☆☆☆

—Gigi, ¿qué piensas? ¿Deberíamos ir por los Fazbear Funwiches adicionales?

La mamá de Alec y Hazel estaba destrozada el miércoles. Se había quedado dormida y tuvo que empujar a Alec y Hazel al auto sin tomar una ducha o incluso cepillarse los dientes. Llevaba el pelo recogido bajo una

vieja gorra de béisbol y los círculos oscuros bajo los ojos la hacían parecer casi esquelética bajo la sombra del ala del sombrero.

Hazel no la había ayudado mucho al preguntarle, con su voz más preocupada, si tenía algo porque se veía absolutamente enferma. Y Alec la había ayudado siendo… amable.

—Te ves bien, mamá —le había dicho, lo que hizo que su mamá se volviera loca, ella sólo podía parpadear antes de abrocharse el cinturón y pasar dos señales de alto para encontrarse con la tía Gigi a tiempo a Freddy Fazbear's.

Ahora estaba de pie en la sala de fiestas con un organizador de fiestas completamente desinteresado que estaba esperando con impaciencia las respuestas sobre el sábado.

—¿Qué diablos es un Funwich? —preguntó la tía Gigi, apoyando la mano sobre una mesa y levantándola inmediatamente después de detectar algo pegajoso.

—Es un… un… es un… —intentó su madre, pero se distrajo al ver a Alec y Hazel que parecían jugar juntos junto a las máquinas Skee-Ball.

—Eres realmente terrible en este juego —dijo Alec.

—¡No lo soy! —respondió Hazel, pero después de su tercera bola de canalones seguida, Alec se rio.

—Está bien, no soy buena. Brillo más en la categoría de Pinball.

—¿Puedes siquiera ver por encima de los controladores? —preguntó, frotando la parte superior de su cabeza con rudeza.

Hazel sonrió, y también Alec, pero por una razón diferente. Se sintió renovado después de una buena noche de sueño, renovado en su misión de derribar a su hermana.

—Es un delicioso rollo de media luna relleno con tu elección de macarrones fritos, tater tots o malvaviscos de chocolate —le dijo el organizado de fiestas a la tía Gigi.

—Eso suena absolutamente repulsivo —le respondió la tía Gigi.

El organizador de fiestas no discutió.

—Sí, pero son sólo veinte dólares más, y honestamente, no estoy segura de si el paquete de fiesta Súper Sorpresa viene con suficiente comida —se preocupó su madre, finalmente apartando la mirada de los niños y volviendo a la tarea que tenía entre manos.

—¿Así que eso es un sí en la fuente de Fazbear Funwich con salsas adicionales? —dijo el organizador de la fiesta, que ya había tenido suficiente de toda esta interacción.

—Sí. Hagámoslo —dijo su mamá, claramente aliviada por haber tomado la gran decisión—. ¿Tengo estos cupones del periódico para el especial Pirate Palooza de Foxy? ¿Puedo usarlos?

Mientras su madre y la tía Gigi arreglaban los últimos detalles, Alec y Hazel deambulaban por la pizzería vacía fuera del alcance del oído de su madre y su tía.

—Entonces, ¿cuál es el problema con este lugar? —preguntó Alec, preocupado de que se estuviera delatando.

La profunda y oscura verdad era que siempre había querido tener su propia fiesta de cumpleaños en Freddy Fazbear's, pero nunca había hecho suficientes amigos para justificar el gasto de una gran fiesta. En cambio, sus padres siempre habían organizado una celebración fortuita en casa y la llamaban "fiesta en la piscina", pero era difícil ignorar la realidad de que los únicos otros niños ahí eran todos los amigos de Hazel a quienes se le había permitido invitar.

Hazel se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—No sé.

—Mentirosa. Has tenido tu cumpleaños aquí durante los últimos cuatro años.

Fue la perfecta doble salida psíquica. Él la incitaría a que le dijera qué era tan importante sobre su estúpida fiesta de este año, y ella simplemente pensaría que estaba tratando de tener una conversación fraternal con ella.

—¿Por qué no me lo preguntas? —desafió, atrapando a Alec en medio de la mirada. No se había dado cuenta de lo que estaba mirando hasta que Hazel lo hizo, entonces rápidamente desvió la mirada.

—Buen intento —dijo, inclinando la cabeza hacia el Yarg Foxy en el escenario.

Ahí estaba él, con toda su grandeza pirata y astuta: este zorro naranja con parche en el ojo, patas de palo y blandiendo ganchos. En este restaurante, fue posicionado como una figura de felpa de tamaño humano apoyado en el escenario, presumiblemente ahí para tomar fotografías. Pero jugaba un papel diferente en cada Freddy Fazbear, a veces saludando a los visitantes en la puerta, a veces tocando en la banda en el escenario con los demás. Sin embargo, dondequiera que estuviera, Alec lo veía. Sin duda alguna, era su personaje favorito. Solía meter el pie en una maceta de plástico y enrollar un tubo de cartón alrededor de su mano y fingir ser Yarg Foxy.

Claramente, también era posible que Hazel en algún momento hubiera presenciado en silencio dicho juego de roles.

—Lo que sea —dijo—. Cosas estúpidas de niños. Y además, estamos hablando de ti, no de mí.

Ahora estaban parados en el pasillo entre la galería y el escenario.

Alec miró la plataforma donde Freddy Fazbear y todos sus amigos realizaban rutinas animatrónicas. Siempre estaba un poco inquieto por la forma en que sus cuerpos robóticos estaban inquietantemente quietos después del espectáculo, mientras que el resto del restaurante sonaba con los tintineos y timbres de los juegos.

Se alejó del escenario inconscientemente, y sólo se dio cuenta de que se había movido cuando la parte de atrás de su talón golpeó algo. Se giró para encontrarse incómodamente cerca de una plataforma elevada que sostenía una versión más pequeña del oso en el escenario, sólo que este oso tenía un letrero apagado que decía FREDDY SOLITARIO.

Era un nombre extraño para un juguete, pero las partes más extrañas eran más difíciles de definir. El oso estaba rígido, casi atento. Sus ojos miraban directamente al escenario, pero Alec tenía la extraña sensación de que todavía lo estaba mirando.

—Tal vez quiero que este año sea diferente —dijo Hazel, y Alec saltó un poco al oír su voz. Se había perdido tanto en la mirada fija de Freddy que se olvidó de que ella estaba ahí.

—¿Y qué, quieres más regalos? Sabes qué vas a conseguir todo lo que quieras de todos modos —dijo, y esta vez, dejó escapar un poco del veneno. No pudo evitarlo. ¿Qué tan ingrata podía ser? Era él a quien nadie le agradaba, que tenía que luchar por todo, que era constantemente incomprendido.

—Hay algunas cosas que ni siquiera mamá y papá pueden hacer —dijo, y si Alec estaba empezando a quebrarse, Hazel también. Podía verla poniéndose un poco a la defensiva.

—Créeme, por ti, moverían montañas.

Hazel le frunció el ceño.

—Lo intentan, ya sabes.

—Sí, lo intentan por ti.

Ella apretó la mandíbula.

—La única razón por la que hacen tantas cosas por mí es porque se sienten muy culpables por preocuparse tanto por ti. ¿Tienes idea de cuánto tiempo pasó papá planeando ese viaje de campamento?

Alec lo sabía, de hecho. Los había escuchado desde lo alto de las escaleras mientras orquestaban cada detalle del viaje para mantener a Alec calmado. Como si fuera una especie de bomba que tenían que evitar estallar.

Sus ojos se desviaron de nuevo al oso. Tuvo la sensación más extraña, como si quisiera trasladar su argumento a otra parte.

«Freddy solitario», pensó para sí mismo. «Es más como Freddy entrometido».

Hazel se puso las manos en las caderas.

—Apuesto a que ni siquiera sabías que se mudaron aquí por ti.

—¿De qué estás hablando? —pregunto Alec, genuinamente confundido. Su guardia estaba resbalando, pero este fue un giro en los eventos que no había estado esperando.

—La única razón por la que vivimos aquí en lugar de nuestra antigua casa es porque esta está más cerca de la tía Gigi, y creen que te gusta más porque ella te entiende —respondió, moviendo los dedos entre comillas.

—Bueno… —dijo Alec, incapaz de discutir. Le agradaba más su tía que sus padres.

—¿No crees que quizás eso hirió un poco sus sentimientos? ¿Qué te agrade más la hermana de mamá?

¿Qué estaba pasando aquí? ¿De dónde venía toda esta ira? Alec estaba tan confundido. ¡Hazel estaba actuando como… como… él!

—Sí, ellos son tan buenos y yo soy tan malvado —dijo Alec, perdiendo de vista a su contra-contraataque— ¿entonces por qué me ayudas a mí y no a ellos?

De todos los momentos para callar, Hazel hizo precisamente eso. Recuperó su fachada más rápido que Alec, lo que sólo funcionó para enfurecer más a Alec. De alguna manera se las arregló para tomar ventaja a pesar de sus cinco años de experiencia sobre ella.

—¡Hazel! Hazel, ¿dónde estás?

Los ojos verdes de Hazel dejaron de perforar a Alec el tiempo suficiente para llamar a su madre.

—¡Ya voy!

Giró sobre sus talones y trotó alrededor de la esquina hacia la sala de fiestas, dejando a Alec en compañía del Freddy que escuchaba a escondidas.

—¿Qué estás mirando? —le gruñó al oso, y tuvo que reprimir un escalofrío porque juró que había visto un reflejo en los ojos del oso. Casi como un destello.

—Entrometido —le dijo antes de correr por el mismo camino que su hermana había hecho segundos antes.

El organizador estaba de vuelta con otra pregunta, y su madre había llegado al punto máximo de agotamiento por decisiones.

—Hazel, cariño, ¿quieres ir al túnel de viento?

Señaló el gran recinto en forma de tubo con las palabras TÚNEL DE VIENTO formado en la forma de un tornado sobre el artilugio. En el interior, quedaban trozos de papel y confeti de la última fiesta. Había boletos para el juego y cupones de juguetes gratis y tiras relucientes de confeti de celofán pegadas al interior del tubo.

—Me da igual —dijo, pero era una mentira tan obvia.

Alec no se dejó engañar, ni tampoco su madre.

—Pero cariño, podrías tener la oportunidad de ganar un Yarg Foxy. ¿No es eso lo que quieres?

—¿Espera qué? —dijo Alec, completamente traicionado. No pudo evitarlo. Era la máxima traición.

Alec nunca había visto la cara de Hazel ponerse de ese tono de rojo. Todo su rostro y cuello parecían prácticamente escaldados. Como si pudiera sentir su mirada a través de la parte posterior de su cabeza, se dio la vuelta para confirmar que Alec había sido testigo de todo el intercambio.

«Oh, lo vi», pensó. «Lo único, lo único que sabías que quería».

—Está bien, voy a preguntar —dijo la tía Gigi, interviniendo justo a tiempo para dar pistas sobre todos los no iniciados—. ¿Qué es un Yarg Foxy?

El organizador simplemente señaló el nivel superior del estante de premios a un enorme letrero rojo que proclama su precio: 10,000 boletos.

—Es ese zorro pirata —dijo su madre con desdén.

La tía Gigi se acercó al estante de premios para tratar de ver más de cerca.

—No lo entiendo —dijo.

El organizado de la fiesta suspiró.

—Yo tampoco —respondió su madre— pero los niños se vuelven locos por esa cosa.

Hazel miró al suelo, con sus orejas escarlata.

—¿Hace algo? —preguntó la tía Gigi.

—Se balancea como un gancho —dijo su mamá.

—Oh. Entonces, ¿qué hace el siguiente para los niños? —dijo la tía Gigi, dirigiendo su pregunta a su mamá.

—¿Eh?

—Ya sabes —respondió la tía Gigi, chasqueando los dedos para intentar activar el recuerdo—. El oso o lo que sea.

—Oh, claro —dijo su madre, dirigiéndose hacia el organizador, cuyos ojos tardaron en dejar su teléfono.

Luego, sin responder a la pregunta de su madre, giró un dial en su walkie-talkie sujeto a la cadera y presionó su dedo en su auricular.

—Que alguien haga que Daryl haga una demostración del Freddy solitario.

Pudieron escuchar la respuesta del auricular incluso cuando lo presionaba contra su cabeza—: Daryl está de descanso.

El organizador soltó un suspiro tan largo que Alec se preguntó cómo no se desmayó. Luego, sin una palabra, cruzó el restaurante hacia una plataforma que sostenía un oso de sesenta centímetros de aspecto familiar. Los demás se dieron cuenta después de un minuto y lo siguieron como pequeñas codornices.

El organizador dobló el codo y colocó la mano con la palma hacia arriba hacia el oso que parecía idéntico al que Alec había mirado entre el escenario y la sala de juegos. Misma postura erguida. La misma mirada muerta en la distancia.

—Este es un Freddy solitario —comenzó el organizador, leyendo un guion de memoria en un tono entre la apatía y el desprecio.

—En Freddy Fazbear's, creemos que ningún niño debería tener que experimentar la maravilla y el deleite en la Pizzería Familiar de Freddy Fazbear's solo. Usando tecnología patentada y un toque de la magia de Freddy Fazbear, su hijo puede participar en una sesión para conocerse con el oso. Freddy aprenderá todo sobre las cosas favoritas de su hijo, como un verdadero amigo.

La tía Gigi se inclinó hacia su madre.

—¿Soy sólo yo, o el Freddy solitario suena como la cura para niños no deseados?

—¡Gigi!

—Meg, en serio, es un último recurso mecánico. Nadie quiere jugar con esos niños, así que aquí hay una máquina que lo hará.

El organizador estando lo suficientemente cerca para escuchar, arqueó una ceja pero no discutió.

Alec tosió y murmuró—: Perdedores. —Pero era un acto tan terrible. Si alguna vez hubo un niño al que le hubieran puesto a un Freddy solitario en una fiesta de cumpleaños, habría sido Alec. Él podría haberlo sabido si alguna vez lo hubieran invitado a uno.

—Por la seguridad de sus hijos, debemos pedirle que se abstenga de trepar, montar o maltratar a los Freddys solitarios. Los padres y/o tutores asumen la plena responsabilidad por la salud y el bienestar de sus hijos en presencia de esta tecnología patentada.

Y con eso, el guion del organizador llegó a su fin, y caminó de regreso a la sala de fiestas. El resto lo siguió, la decisión sobre el túnel de viento aún no se había tomado. El desvío del Freddy solitario no había hecho nada para resolver la cuestión en sí, y estaban probando la última pizca de paciencia ya agotada del organizador.

La tía Gigi se inclinó hacia su madre y murmuró—: ¿No puedes simplemente comprar al zorro y saltarte el drama? ¿Qué pasa si no obtiene el cupón ganador en ese túnel de viento?

Su mamá parecía frenética.

—No es lo mismo que ganarlo.

Hazel escuchó su debate, y aunque Alec se dio cuenta de que estaba tratando de jugar con calma, los ojos de Hazel seguían volviendo al estante superior del mostrador de premios, donde un Yarg Foxy nuevo estaba en su caja, listo para ser llevado a casa, debajo de un letrero rojo brillante que decía ¡GANAME EN EL TÚNEL DE VIENTO!

Era obvio que ella quería al zorro, así que ¿por qué fingía no quererlo? Por supuesto, todo lo que importaba era que ella lo quería.

«Y cuando no lo consigas, todo el mundo te verá como la pony mimada que eres».

Finalmente, el Contra-Contraataque de Alec se estaba formando.

—Hazel, deberías hacer el túnel de viento —le dijo con una voz cuidadosamente calibrada al volumen justo para que la oyeran tanto ella como su madre. La tía Gigi ladeó la cabeza hacia Alec y luego se inclinó hacia su madre.

—¿Cambiaste a la leche orgánica?

Su madre se pellizcó el puente de la nariz como lo hacía cada vez que sentía que se acercaba una migraña, luego se dirigió hacia el organizador.

—Simplemente agregue el túnel de viento al paquete.

☆☆☆

De vuelta en casa, Alec y Hazel mantuvieron su nueva rutina, con Alec jugando al héroe y Hazel jugando al villano. Su madre le ordenó deliberadamente a Alec que se mantuviera alejado del piso de la cocina recién fregado, y Hazel respondió caminando por las baldosas con zapatos embarrados. Su madre le pidió a Alec que clasificara el reciclaje, y Hazel arrojó las botellas y los periódicos directamente en el contenedor de basura de la casa.

—Hazel, ¿qué diablos te ha pasado? —su madre finalmente se rompió, y la tía Gigi miró con los ojos abiertos y asombrada mientras Hazel respondía.

—No tengo idea de lo que estás hablando —dijo, luego corrió escaleras arriba y cerró de golpe la puerta de su habitación.

Alec tomó asiento en su paso habitual en la parte superior de las escaleras.

—¡Es como si estuviera poseída! —dijo su mamá.

—Es como si tuviera diez —respondió la tía Gigi, y Alec tuvo que reír porque la tía Gigi no tenía idea de que estaba ayudando a su pequeña a actuar. Cuanto más pensaban sus padres que estaban locos, más tentados

estarían de acabar con todos los libros para padres y recordar que Alec no era un problema que resolver. O en este caso, supuso, Hazel.

—Es como si hubieran cambiado de lugar, Gigi. ¡Es espeluznante! —dijo su mamá.

—¿Qué es eso? —pregunto la tía Gigi, pero Alec no podía ver a qué se refería desde su lugar en las escaleras.

—Es sólo este libro —respondió su madre, el cansancio en su voz dejaba en claro que había perdido la fe en *El Planificador*.

—Meg, sabes que creo que es genial cómo tú e Ian siempre están trabajando para asegurarse de no criar a un par de asesinos en serie.

—Gracias, Gigi —dijo su madre secamente—. Me alegra saber que nuestros esfuerzos son evidentes.

—Lo digo en serio. Creo que ustedes son realmente buenos padres.

—Estoy sintiendo un "pero" en alguna parte.

—Pero, ¿nunca te preguntas si en todos tus esfuerzos por convertirlos en niños normales, sea lo que sea que eso signifique, si tal vez…?

—¿Si tal vez qué? —su madre no sonaba tanto a la defensiva como petrificada por la respuesta.

—Tal vez los hayas convertido en lo que son —dijo la tía Gigi, haciendo una pausa por un momento antes de agregar—: Hazel es la fácil. Alec es el difícil. Es como si los pusieras en sus propias pequeñas islas.

—Gigi, te amo.

—Estoy sintiendo un "pero" aquí.

—Pero si una persona más me dice cómo criar a mis hijos, voy a gritar.

Para su crédito, la tía Gigi guardó silencio después de eso.

—Sólo quiero que seamos una familia. Una familia normal —dijo la madre de Alec, y él pensó que ella nunca había sonado más cansada que en ese momento.

—Felicitaciones —dijo secamente su tía Gigi—. Tú lo eres.

Cuando Alec se levantó para escabullirse a su habitación, escuchó a su madre reírse de la broma de la tía Gigi, aunque en realidad no tenía nada de gracioso.

Al igual que Hazel, la madre de Alec tenía todo lo que quería, pero aún quería más. Quería los niños perfectos con los modales perfectos en la casa perfecta. No fue suficiente para Hazel tener todos los amigos del mundo y la fiesta más épica cada año por su cumpleaños. También tenía que tener un zorro estúpido. ¿Por qué? Porque es lo único que no tenía en su malcriada vida.

Bueno, Alec lo entendió ahora. Vio a su hermana como la Hazel falsa y autoritaria que realmente era, y había hecho todo lo posible para hacer que él fuera el mimado, todo para que no arruinara su estúpida fiesta especial.

«Buen intento, hermana», pensó, y pudo sentir una capa exterior endurecerse alrededor de su corazón que latía rápidamente. «Buen intento, pero te espera una gran sorpresa el día de la fiesta».

Su Contra-Contraataque estaba en pleno apogeo.

☆☆☆

Los padres de Alec estaban a punto de quebrarse. Hazel sólo había estado bromeando esa noche en que preguntó si Alec pensaba que los romperían, pero parece que su pregunta estaba arraigada al menos en una pequeña realidad.

Apenas los estaban aguantando el jueves. Alec y Hazel los habían atormentado hasta una pulgada de sus vidas. Alec había traído a casa una araña lobo "mascota" y Hazel la había dejado libre en la cama de sus padres. Alec ordenó "amablemente" una pizza para la cena, pero Hazel agregó secretamente anchoas dobles debajo del queso. Un juego amistoso de charadas iniciado por Alec terminó con su mamá prácticamente llorando cuando surgió la palabra CABRA, y Hazel hizo la mímica de "¡A qué huele mamá!"

El viernes fue más borroso, con su padre haciendo todo lo posible para mantener la paz el día antes de la fiesta de Hazel, a pesar de que ninguno de sus padres se sentía particularmente a gusto de celebrar a su dorada Hazel.

—Tiene que ser hormonal o algo así —podían escuchar a su padre decir mientras Alec y Hazel escuchaban a escondidas desde su posición en la parte superior de las escaleras.

—Probablemente esté nerviosa por asegurarse de que todos sus amiguitos se diviertan en la fiesta.

—Ian, anoche me desperté con una araña del tamaño de la palma de mi mano arrastrándose por mi cabello —dijo su madre, con voz temblorosa mientras se acercaba a las lágrimas por enésima vez esa semana.

—Oh, hombre, pensé que encontraron eso ayer —susurró Alec, y se estremeció cuando una punzada de culpa real golpeó su estómago.

—Lo hicieron —dijo Hazel—. Yo, um, la rescaté de nuevo.

Alec miró fijamente a este extraño que pensó que era su hermana. Su determinación de exponerla puede haberse duplicado, pero no podía negar que estaba genuinamente impresionado. No podría haber pensado en la mitad de los mini desastres que ella había desatado en su casa durante la semana pasada. Se encontró lamentando el regreso a sus islas separadas una vez que todo este engaño terminara. Independientemente de las razones o del doble y triple cruce en juego, la iba a extrañar. No recordaba la última vez que había sentido una camaradería tan estrecha con esta pequeña extraña.

Tal vez no lo recordaba porque nunca antes había pasado.

El sábado por la mañana, sus padres hicieron algo que no habían hecho en años: dejaron que Alec y Hazel durmieran todo el tiempo que quisieran. Hazel se despertó mucho antes que Alec, pero eligió quedarse en su habitación, jugando en silencio hasta que Alec finalmente se levantó a las nueve en punto.

Tan pronto como los muelles de su cama crujieron y se levantó para sentarse en el borde de la cama, escuchó los suaves pasos de Hazel irse de su dormitorio al suyo. La puerta del baño se abrió con un chirrido y ella entró en su habitación con una naturalidad inaudita hace siete días.

—Es el gran día —dijo Alec, estudiando su rostro en busca de una reacción.

Había esperado emoción, o presunción, tal vez incluso una punzada de culpa por toda la tortura que habían sometido a sus padres, una especie de práctica a la que no estaba acostumbrada, sin importar cuánto hubiera decidido que quería ser una mujer un poco menos de oro.

Sin embargo, no vio nada de eso en su rostro. Vio las habituales pecas espaciadas uniformemente, los ojos grandes de color verde claro, los perfectos rizos rubios que formaban un halo en su cabeza. Pero había algo más. Era imposible creer que fuera otra cosa que una tristeza abyecta.

—Estás a punto de conseguir todo lo que quieres —dijo, escrutándola, pero ella no reveló nada.

—Sí —dijo, aunque estaba claro que no estaba de acuerdo.

—Sabes, después de esto, probablemente puedas volver a ser amable y te perdonarán por completo.

Él, por otro lado, podría volver a ser su podrido yo habitual después de esto, y no recibiría ningún crédito por haber sido decente con su familia durante la última semana.

—Sí, probablemente tengas razón —dijo, sentándose en la alfombra junto a su cama.

Cuando empezó a quitar la pelusa de la alfombra, Alec empezó a preguntarse si eso era lo que quería, volver a ser la buena.

Y se sorprendió al descubrir que, independientemente de lo que ella quisiera, eso era lo que él quería. Toda esta trama y contratrama se estaba volviendo agotadora. Pensó que podía superar a su hermana y proteger su condición de huevo podrido, y tal vez todavía pudiera. Pero, de todos modos, ¿para qué fue todo? ¿Para poder mantenerse exiliado en su propia pequeña isla en la casa?

¿De verdad había sido tan malo pasar el rato con ella durante la última semana? Ella comenzó a levantarse y caminar hacia la puerta, evitando el contacto visual con Alec, y él se encontró diciendo lo que dijo a continuación sin siquiera pensar.

—Feliz cumpleaños —dijo, y esta vez, ella se volteó para mirarlo.

Ella sonrió. Pensó que era real. No quería pensar que fuera otra cosa que eso. Esta mañana había sido muy confusa.

☆☆☆

La fiesta era todo el caos apenas controlado como había sido en años anteriores. Niños parados en sillas frotándose globos en la cabeza unos a otros para crear estática. Los padres gritando—: ¿Dónde está Jimmy? ¿Alguien ha visto a Jimmy? —El personal de Freddy Fazbear esquivando con destreza la bebida de naranja derramada y respondiendo a solicitudes de más aderezo ranchero.

En medio del caos, Alec pudo ver a uno o dos niños de la fiesta caminando por el restaurante con un Freddy solitario de dos pies a cuestas. Podría haber sido lindo si no hubiera sido tan espeluznante ver a este oso no muy alto pero no muy bajo seguir a su "amigo" alrededor, escuchando y esperando señales antes de actuar de manera autónoma. El comentario de la tía Gigi puede haber sonado demasiado cierto para el consuelo de Alec, pero ese día, vio esa verdad en toda su calvicie: los niños que jugaban demasiado rudo, cuyas narices formaban costras alrededor de sus fosas nasales, cuyos rostros se torcían en amargos ceños eran seguidos por los osos y nadie más.

Hazel no era exactamente la Hazel de oro que había sido en años anteriores, pero estaba más o menos de regreso a su antiguo yo. Cortésmente agradeció a sus amigos por comprarle los regalos y actuó como si no los estuviera esperando. Ayudó a su mamá a pasar el pastel a todos los invitados y a sus padres antes de comer ella misma. Pasó el mismo tiempo con cada niño que asistió, asegurándose de que nadie se sintiera excluido mientras pasaban de un juego a otro en la sala de juegos.

Alec se sentó en un rincón y desempeñó su papel de hermano mayor adolescente y enfurruñado. Con todos los derechos, si hubiera querido uno, fácilmente podría haberse ganado su propio Freddy solitario.

En un extraño giro de los acontecimientos, sus padres parecieron aliviados al ver que todo volvía a su inadecuada existencia normal. Mientras que en años anteriores, lo habían estado instando a ir a jugar con su hermana, empujándolo a sonreír, empujándolo para que los ayudara a llevar los regalos al auto, este año parecían estar bien con permitirle que se encorvara en una silla y fruncir el ceño a los asistentes a la fiesta.

—Creo que todo va bastante bien, ¿no crees? —le preguntó su papá a su mamá y a su tía Gigi.

—¿Alguien le recordó al personal que Charlotte no puede comer chocolate? Probablemente debería ir a recordárselo —dijo su mamá.

—Todo va muy bien —dijo la tía Gigi, mirando de reojo a Alec, quien simplemente se encogió de hombros.

De hecho, iba muy bien. Su hermana volvió a ser reconocible para sus padres, a la fiesta sólo le quedaba una hora para que las cosas se calmasen y nadie había resultado herido o envenenado. Considerándolo todo, un éxito notable.

Excepto que no era un éxito. Alec todavía no había podido jugar su carta de triunfo. Y no había podido interpretarla porque Hazel ya no desempeñaba su papel.

Ella había hecho de todo: jugó Skee-Ball, luchó contra zombis en el campo de batalla de realidad virtual, disparó alrededor de un millón de canastas, vio dos presentaciones completas de la banda Freddy Fazbear… Sin embargo, cada vez que el organizador había entrado en la habitación tratando de convencerla para dirigirse al Túnel de Viento y agarrar el cupón de su premio, encontró una razón para no entrar. En cambio, miraba a Alec, como si estuviera en una especie de enfrentamiento silencioso, y le decía al organizador—: No sé si quiero hacer eso.

—Pero cariño, eso es todo de lo que has estado hablando durante semanas, tratar de ganar el Yarg Foxy —decía su madre, pero cada vez, ella se escurría del organizador y se escapaba para jugar algún otro juego con sus amigos.

La tía Gigi se encogió de hombros.

—Tal vez ya no lo quiera. Los niños son volubles.

Alec estaba tan preparado. Se había escabullido cuando nadie estaba mirando. Había examinado tres cubos llenos de cupones, boletos y confeti que se le pegaban como telarañas, hasta que por fin encontró el boleto único de Yarg Foxy en los materiales destinados al túnel de viento. Se había metido el cupón en el bolsillo y había seguido su camino de mal humor, y nadie se dio cuenta.

Pero si Hazel no iba a tomar su turno en el túnel de viento, todo fue en vano.

Alec se dio cuenta de que si iba a exponerla como la mocosa que era, tendría que asumir un papel más activo del que había estado asumiendo.

—Tal vez ella tenga miedo de sentirse decepcionada —le dijo a su mamá, y ella pareció pensar que era una idea bastante razonable.

—Alec, ustedes dos se han llevado muy bien últimamente. Quizás deberías intentar convencerla. Sólo tengo miedo de que se vaya hoy y lamente no intentarlo.

—Claro, mamá —dijo Alec, poniéndolo un poco grueso, pero engañó a su mamá, y asintió con aprobación mientras se dirigía a la sala de juegos para buscar a su hermana.

La encontró junto a las mesas de Whack-a-Mole.

—Oh, Hazel, una cosa —dijo, tirando de ella por el codo con una sonrisa cursi mientras sus amigos se distraían.

Se encontró de nuevo de pie en el pasillo entre el escenario de Fazbear y la sala de juegos. Sólo que esta vez, no había ningún oso espeluznante que mirara fijamente en la distancia. La plataforma y el oso habían sido removidos, dejando sólo una huella en la alfombra frente al pilar.

—¿Qué sucede? —preguntó Alec una vez que estuvieron fuera del alcance del oído de los demás.

—¿Qué quieres decir? —ella realmente tuvo el descaro de decirlo, retorciéndose de su agarre mientras miraba hacia atrás para saludar a sus amigos.

—Quiero decir que has vuelto a ser la perfecta pequeña Hazel, y mamá y papá se han dado cuenta —dijo, esperando que ella mordiera el anzuelo.

—¿De qué estás hablando? Mamá y papá están encantados. Todo ha vuelto a la normalidad.

Parecía enojada con él por alguna razón, y él se preguntó por un segundo si había descubierto su plan de exponerla por la farsa.

Quizás por eso jugó de forma un poco agresiva.

—Sabes, la fiesta casi ha terminado. Te irás a casa sin tu estúpido juguete si no entras en ese túnel de viento.

Ella se encogió de hombros y miró hacia abajo. Sus pecas prácticamente desaparecieron bajo sus mejillas enrojecidas.

—Quizás ya no necesito el juguete.

—¡Por supuesto que sí! —dijo, desatando toda la magnitud de su ira. Claramente estaba haciendo todo lo posible para llevarlo a su límite—. No vas a conseguir todo lo que quieres para siempre. Pronto, vas a envejecer, y no serás tan preciosa, y entonces, ¿a quién le vas a gustar?

En sus diez años, fuera de los meses de la infancia, Alec nunca había visto llorar a su hermana. Tal vez ella había tenido un ataque o dos cuando era una niña pequeña, pero él siempre encontraba mejores lugares para estar cuando ese tipo de drama pasaba.

Pero en ese momento, por razones que no podía empezar a comprender, vio cómo sus ojos verde claro se llenaron de lágrimas. Y aunque ella no dejaría que se le cayeran por sus mejillas, él se dio cuenta de que fue un esfuerzo monumental de su parte mantenerlas dentro.

—Bien —dijo, y ni una palabra más. Ella lo empujó y caminó directamente a través de su multitud de amigos en la galería hacia la sala de fiestas, saludando a su mamá, papá y tía sin una sonrisa antes de exigir que la dejaran entrar al túnel de viento.

—¡Oh… oh, sí! ¡Okey! —dijo su madre, no con el entusiasmo con el que había estado hablando, pero se apresuró a actuar—. ¡Está lista para el túnel de viento! —llamó al personal de Freddy's como si fueran sus damas de compañía.

Dos empleados prepararon la cámara vaciando los cubos de boletos de juego y cupones y confeti de celofán pegajoso en la parte superior del tubo antes de accionar un interruptor para activar una luz estroboscópica que no se podía mirar durante mucho tiempo sin causar un toque de náuseas.

Otro movimiento de un interruptor, y el viento en el túnel se activó, enviando el surtido de papel y mylar girando a través del tubo, mezclando los cupones de premios en un frenesí vertiginoso.

Apagaron la máquina de nuevo, luego agarraron a Hazel por las muñecas sin ceremonias y la empujaron a través de la pequeña puerta de entrada al tubo. Las luces estroboscópicas se reactivaron, y mientras las polillas se convertían en una llama parpadeante, sus amigas emigraron de la sala de juegos de regreso a la sala de fiestas para presenciar el tornado de posibles premios de la cumpleañera.

—¿Estás lista? —preguntó un empleado.

Hazel simplemente asintió con la cabeza, y Alec observó con mesurado asombro cómo la tormenta se levantaba a su alrededor, azotando sus rizos dorados frente a su cara y ocultándola momentáneamente detrás del caos.

—¡Coge las entradas! —gritaron sus amigas detrás de Alec.

—¡Oh! ¡Oh, el cupón de Yarg Foxy! ¡Está ahí, cariño, está ahí! —gritó su madre, saltando arriba y abajo como si eso pudiera ayudar. Pero Alec lo sabía. Tocó el lado del bolsillo de sus jeans donde residía el cupón arrugado de Yarg Foxy.

Sin embargo, Hazel apenas reaccionó a los gritos. Extendió las manos al azar, haciendo mínimos intentos de agarrar cualquiera de los frenéticos papeles que entraban y salían de sus dedos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó su padre, entrecerrando los ojos ante el caos del tubo—. No crees que vaya a vomitar, ¿verdad?

—Oh, eso sería un desastre —dijo la tía Gigi, y Alec tuvo que reprimir un bufido.

—¡Vamos, Hazel! —gritó por encima de la multitud, fingiendo animar junto con ellos. ¡Obtén ese cupón! ¡Consigue ese zorro!

Pero fue inútil. O no podía oír, o simplemente no le importaba.

Cuando sonó el temporizador del túnel de viento, los asociados de Freddy Fazbear desconectaron obedientemente y la tormenta dentro del recinto llegó a su fin abruptamente.

—¡Está bien, niños y niñas! —gritó el empleado en un micrófono—. ¡Veamos qué ha ganado la cumpleañera!

Los niños de la fiesta empujaron hacia el cilindro con Hazel dentro, y ella esquivó sus manos codiciosas mientras agarraban los boletos gratis como si fueran billetes de dólar reales.

—Bueno, Hannah, ¿qué tenemos? —dijo el empleado.

—Es Hazel —corrigió la tía Gigi.

—¡Okey! —dijo el empleado, ignorando a la tía Gigi y acercándose dramáticamente a Hazel mientras ella le lanzaba una mirada cautelosa—. ¡Veamos!

Ella le entregó todos los papeles que había agarrado de mala gana contra su cuerpo, lo que le permitió examinar los distintos cupones y anunciar cada uno como si hubiera ganado la lotería.

—¡Una bebida de la fuente gratis! ¡Una ronda de bonificación en el Sky Dunk! Uno, no, ¡dos tazas promocionales de personajes de Freddy Fazbear!

Cuando el empleado llegó al final de la pila que Hazel había capturado, su madre comenzó a moverse nerviosamente.

—No consiguió el zorro —Alec la escuchó preocuparse con su padre.

—Meg, relájate. Ya ni siquiera lo quiere.

—Sí, lo quiere, Ian. Ella sólo está tratando de actuar como una niña grande.

—Bueno, Hannah, ¡esto es un gran botín! —dijo el empleado una vez terminó de leer todos los premios.

—¡Hazel! —gritó la tía Gigi, y esta vez el locutor miró por encima del hombro el tiempo suficiente para mirarla de reojo.

—Hazel —corrigió, haciendo una mueca a la tía Gigi, quien le devolvió la sonrisa más falsa.

—¡Espere! —gritó la niña llamada Charlotte que no podía comer chocolate—. ¡Miren su cabello!

Efectivamente, mientras sus amigas la hacían girar hacia un lado, los rizos de Hazel acunaban un pequeño boleto reluciente que se veía diferente a cualquiera de los otros que había logrado capturar en el túnel.

Pero Alec lo reconoció de inmediato.

—¡Es el Yarg Foxy! ¡Es el Yarg Foxy! —gritó Charlotte.

«No es posible», pensó Alec. La ira burbujeó en la boca de su estómago y comenzó a agitarse, lista para estallar en cualquier segundo.

Recordó el tubo antes de que se encendiera el túnel de viento. Había pequeños trozos de la última ronda. Y en esa pequeña pila de confeti y boletos relucientes, un sólo cupón de Yarg Foxy debe haber estado escondido, esperando ser pateado nuevamente por un viento renovado.

Alec estaba seguro de que ella no había querido que se viera, pero su rostro se transformó por completo. Fue sólo por una fracción de segundo, pero la estaba mirando en el momento justo. Y en esa fracción de segundo, vio su alivio absoluto por haber ganado el premio que estaba decidida a no querer cuando llegara el día de conseguirlo.

Y nadie llegaría a ver la rabieta épica de la perfecta Hazel, la chica que lo tenía todo pero no consiguió el zorro.

—¡Así es, niños y niñas! ¡Hazel ha ganado su propio Yarg Foxy! —gritó el locutor, y los chicos de la fiesta empezaron a convulsionar.

Siguieron al empleado hasta el mostrador de premios y lo rodearon mientras levantaba el Yarg Foxy en caja del estante más alto, otorgándoselo a Hazel como si acabara de ser coronada como la reina.

—¡Qué alivio! —Su madre suspiró y se dejó caer en una silla.

Alec la miró como si le acabara de crecer una segunda cabeza. ¿Un alivio?

—¡Es una broma! —dijo, y ella frunció el ceño a Alec.

—¿Cómo puedes decir eso? Sabes lo mucho que quería ese juguete.

—¿Parece que quiere el estúpido juguete? —se quejó, todavía furioso porque Hazel estaba haciendo todo lo posible para ocultar el hecho de que ella era la mimada.

Alec observó mientras sacaba de la caja al zorro y lo sostenía en sus manos, sonriéndole como si fuera una especie de tesoro olvidado hace mucho tiempo.

—¡Déjame ver, déjame ver! —sus amigos suplicaron, pero Hazel sonrió tímidamente y negó con la cabeza.

—Cariño, ¿por qué no quieres jugar con él? —preguntó su padre, y Hazel simplemente objetó. No fue hasta que sus amigas perdieron el interés y emigraron de regreso a la sala de juegos que su madre finalmente llevó a Hazel a un lado.

—Cariño, ¿qué sucede? ¿Ya no quieres al zorro? —preguntó.

Alec casi dijo todo lo que podía decir.

—¡Por supuesto que no! ¡Obtiene todo lo que quiere y todavía no está satisfecha! Pero, ay, ¿no es triste que Hazel ya no quiera al zorro? —gritó. Se burló. Pero nadie estaba escuchando.

Fue entonces cuando Hazel se disculpó durante un buen rato. Debían haber sido al menos diez minutos.

—Te dije que iba a vomitar —dijo su padre—. Iré a ver cómo está.

Pero justo cuando se dirigía a la habitación trasera donde Hazel había desaparecido, reapareció con el zorro, todavía agarrándolo en sus manos como si de repente fuera muy importante para ella después de todo.

—Hazel, cariño, ¿te sientes bien? —preguntó su mamá, acariciando los rizos de Hazel, y de repente, Hazel no se veía tan triste o distraída (o con náuseas, para escuchar a su papá decirlo). En cambio, se inclinó hacia su madre y le susurró algo que hizo que su madre prácticamente se derritiera en un pequeño charco, ahí mismo en el piso de Freddy Fazbear.

Entonces su mamá hizo algo inesperado.

—Alec, ven aquí, cariño. —Alec los miró a ambos con sospecha. Para ser justos, también lo hicieron su padre y la tía Gigi—. Sólo ven aquí —dijo su madre, poniendo los ojos en blanco, pero seguía sonriendo.

Alec se acercó a su madre y a su hermana con precaución. Tenía la clara impresión de que estaba cayendo en una trampa.

—Continúa, Hazel. Dile lo que me dijiste —dijo su mamá.

Hazel parecía mortificada. Su rostro estaba prácticamente enterrado en la felpa del zorro.

—Mírate. Tímida como siempre. Está bien, estaré justo aquí —susurró su madre, y Alec estaba a punto de sacarse la piel.

—¿Qué demonios estás haciendo? —susurró con los dientes apretados. Estaba tan cerca, tan cerca, de vencer a su hermana en su propio juego. No, su juego. Esto era suyo para ganar.

—Nada. Ya no quiero hacer esto.

—¿Hacer qué? —pregunto Alec, poniéndose nervioso. Miró a sus padres, pero no parecía que hubieran escuchado nada.

—Ya no quiero fingir que soy mala. Fue sólo para agradarte.

Alec se quedó sin habla.

—¿Eh?

—Toma —dijo, y empujó el Yarg Foxy en su pecho—. Es para ti.

—¡Oh, cariño, mira! —dijo su mamá, y su papá la hizo callar, pero sus padres y la tía Gigi continuaron mirando.

—No puedes hablar en serio —dijo Alec.

—Sólo lo quería para poder dártelo.

—¿Qué diablos voy a hacer con un estúpido zorro? —preguntó. No, exigió. Todo esto era demasiado. ¿Cómo lo había superado tan expertamente?

—Quería que dejaras de odiarme tanto. Sólo tómalo, ¿de acuerdo? —dijo, y se lo metió en el pecho.

Nada de esto estaba saliendo como se suponía. Se suponía que debía perderse al zorro, lanzar el ataque épico que él sabía que había estado guardando dentro toda la semana, y cuando sus padres y todos sus amigos la vieran como la mocosa malcriada que realmente era, la vida debería haber vuelto a la forma en que Alec lo había disfrutado antes: con él para

actuar en relativa oscuridad, sin la carga de la constante bondad de la perfecta Hazel.

Pero ahora tenía al zorro, ¿y qué estaba haciendo? ¡Se lo estaba dando! En un acto de absoluta santidad, le estaba dando su posesión más preciada. Se lo ganó. Porque sabía cuánto siempre había querido uno.

Ella acababa de hacer jaque mate.

—No —dijo, arrojándole el zorro—. No, no lo quiero.

—¡Alec! ¿Qué forma de actuar con tu hermana es esa? ¡Te dará su regalo en su cumpleaños! —lloró su mamá.

—¡Es una farsante! ¿No pueden verlo? ¡Es el peor tipo de falsa malcriada! ¿Cómo no pueden ver eso?

Alec estaba despotricando ahora. Fue todo lo que pudo hacer para evitar que la cabeza le diera vueltas en el cuello, al estilo exorcista.

—¿Quieres que me lleve al zorro? —dijo, y sólo pudo adivinar por la forma en que su madre lo miró que se veía positivamente maníaco—. Está bien, me quedaré con el zorro.

Arrancó el juguete del agarre de su hermana lo suficientemente fuerte como para romper el brazo, enviando suaves mechones de relleno flotando en el aire.

Su madre soltó un chillido involuntario y la tía Gigi puso su mano sobre el hombro de su hermana.

—Meg, cálmate. Lo estás empeorando.

Su padre trató de mejorarlo.

—Alec, vamos. No hagas esto hoy.

—Oh, ya veo, porque era tan predecible que Alec arruinaría la fiesta. Era tan inevitable que Alec arruine el buen rato de la perfecta pequeña Hazel —dijo, gruñendo a su familia, que sólo podía mirarlo con horror.

Todos, es decir, excepto Hazel. Hazel simplemente se quedó ahí, con los brazos flácidos a los costados mientras lo miraba.

Y ahí estaban. Las lágrimas.

No las había dejado caer antes. Las había guardado todas para ese momento, cuando tenía la audiencia perfecta. Fue entonces cuando dejó que se abrieran las compuertas. E incluso aun así, sólo dejó caer unas pocas.

—¡No lo soporto más! —Alec enfureció, y llevado por el viento de los verdaderamente poseídos, huyó de la escena de su peor crimen hasta el momento. Había hecho que todo el grupo se derrumbara a su alrededor, tal como todos habían predicho que lo haría. Había hecho todo lo posible para vencer a su hermana y, al final, ella todavía había ganado.

Y si eso no fuera suficiente, en realidad le había hecho creer, por un breve momento, que realmente era tan buena como pretendía ser. Y que hubiera querido ser su amiga.

Abriendo un camino a través de la pizzería, Alec pasó zumbando junto al personal de aspecto confundido y la pandilla de amigos de su hermana y uno o dos Freddys solitarios, sin apenas registrar nada, incluida la amiga de Hazel, Charlotte, que estaba a punto de vomitar porque alguien había ignorado toda advertencias y la alimentó con chocolate.

No dejó de correr hasta que se empujó a través de al menos tres juegos de puertas y dejó la cacofonía de niños, juegos, campanas y cantos detrás de él. Estaba en algún lugar del estrecho laberinto de cuartos traseros que formaban el funcionamiento interno de la pizzería familiar de Freddy Fazbear.

Redujo la velocidad a un paseo mientras trataba de recuperar el aliento, pero no fue hasta que se detuvo por completo que se dio cuenta de por qué no parecía poder exhalar. Era porque seguía tragando aire.

Era porque estaba sollozando. Como un niño pequeño. Como un mocoso malcriado.

Se apoyó contra una pared y tiró los hombros contra ella, una y otra vez, metiendo la barbilla contra su pecho mientras dejaba que sus hombros absorbieran todo el impacto.

—No es mi culpa —dijo una y otra vez—. No es mi culpa.

Pero cuanto más escuchaba sus patéticas palabras en sus oídos, más sabía que no eran ciertas. Era su culpa, todo. Había arruinado la fiesta, arruinado a Hazel, arruinado sus quince años al creer que todos querían

capturarlo. Cerró los ojos mientras arrojaba los hombros una y otra vez contra la pared mientras se imaginaba los ojos llorosos de Hazel, las líneas arrugando la frente de su madre, la cabeza de su padre sacudiéndose por la decepción.

Finalmente, se había cansado lo suficiente como para dejar de golpear la pared, sólo para darse cuenta de que no era una pared en absoluto; era una puerta. Y lo que había pensado que era el sonido de su propia rabieta era en realidad un sonido que venía del otro lado de la puerta, algo que sonaba como un fuerte golpe.

Presionando su cabeza contra la puerta para escuchar más de cerca, miró arriba y abajo del pasillo para asegurarse de que nadie venía antes de meterse en la habitación con el extraño sonido.

El interruptor de la luz estaba profundamente dentro de la habitación a su derecha, y tuvo que caminar varios pasos en la oscuridad, tanteando la pared hasta que finalmente la encontró, la puerta se cerró con un fuerte golpe justo después de que él entró.

Cuando la habitación finalmente se iluminó, vio que era una especie de almacén, sólo que mucho más abarrotado de lo que parecían ser juguetes abandonados, juegos de árcade y maquinaria, nada de las existencias adicionales de servilletas y vasos de papel que esperaba. La pared trasera estaba llena de juegos de árcade que Alec recordaba haber sido popular hace unos diez años. Las mesas dobladas estilo cafetería estaban apiladas en filas contra una pared lateral, sus asientos circulares adjuntos le daban a la disposición una apariencia de dominó. La pared más cercana a él consistía en hileras de rejillas de alambre, cada una con varios juguetes rotos o anticuados que alguna vez pudieron haber sido parte de la exhibición del mostrador de premios. Ahora, los estantes abarrotados de juguetes tristes y sin dueño parecían menos premios y más cosas que se pierden debajo de las camas de los niños.

Se desplomó en uno de los asientos de una mesa de la cafetería que se había caído de su lugar contra la pared, su nariz todavía estaba goteando por su derrumbe en el pasillo, y cuando levantó la mano para pasársela por la cara, sintió un cosquilleo de felpa y recordó que todavía sostenía al zorro.

Su brazo desgarrado colgaba de unos hilos rebeldes. El resto del juguete era nuevo y reluciente, tal como se le había prometido a la niña que tuvo la suerte de obtener ese estúpido cupón.

—Ni siquiera se suponía que estarías aquí —le dijo al zorro, pero no pudo reunir la rabia para morder las palabras. Estaba demasiado enojado.

De hecho, apenas podía sentir nada más que la vergüenza de haber fracasado tan miserablemente en exhibir a su hermana.

Sus palabras resonaban en sus oídos: *«quería que dejaras de odiarme tanto»*.

Esto no puede ser. Esto no podía ser lo que su hermana había querido todo este tiempo, ganar un juguete que nunca había conseguido porque los niños buenos ganaban 10,000 premios en boletos y los niños malos eran seguidos por un oso como amigo.

Alec sostuvo su cabeza entre sus manos, esperando que su mente se quedara quieta. Pero los recuerdos de su hermana regresaron rápidamente, atravesándole el cráneo y haciendo ping-pong en el interior de su cerebro como un juego de árcade anticuado.

Los dibujos que ella dibujaba para él y se deslizaba al azar por debajo de la rendija de la puerta del baño.

Los chistes tontos que hacía de los que sólo ella se reiría.

El último trozo de pastel de calabaza que nunca comería en Acción de Gracias porque sabía que era su favorito.

Hubo todos los momentos de la semana pasada, momentos en los que pensó que ella lo había superado, tratando de superar su astucia. Momentos en los que había pensado que la había sorprendido mirándolo, pero no podía entender lo que estaba pensando. Simplemente había asumido que ella estaba tramando algo. Pero, ¿y si sólo estaba mirando? ¿Y si sólo estaba esperando a que él la mirara?

¿Y si sólo estaba esperando que él fuera un hermano mayor?

Alec apenas podía formar un pensamiento convincente.

Parecía imposible que se hubiera equivocado tanto, la atención que sus padres le prodigaban y le dedicaban a él; la etiqueta de mala semilla que se

había puesto a sí mismo y que estaba tan seguro de que le había dado la familia; los días, meses y años que había pasado lamentando su condición de forastero. ¿Y si todos realmente lo hubieran querido con ellos?

Pensó en lo que Hazel le dijo el otro día, en cómo parecía tan molesta, y no podía entender por qué.

Apuesto a que ni siquiera sabías que nos mudamos aquí por ti.

Ella estaba tratando de decírselo, de hacerle entender.

Quería que dejaras de odiarme tanto.

Alec no podía controlarse. Agarró al zorro pirata, exprimiéndole la vida que no tenía antes de arrojarlo tan fuerte como pudo en los estantes a su lado, tirando un cubo de juguetes obsoletos y no deseados al suelo junto con el nuevo Yarg Foxy con el brazo desgarrado. Todos los juguetes cayeron en un montón colectivo al suelo, esparciéndose por el suelo polvoriento con varios golpes y chirridos.

—Genial —dijo Alec—. Simplemente fantástico.

No era suficiente que hubiera arruinado la fiesta y lastimado a Hazel, ahora se iba a meter en problemas por destrozar la trastienda de Freddy Fazbear.

Se agachó detrás del estante de la estantería y comenzó a examinar los juguetes, arrojándolos de nuevo al contenedor del que se cayeron mientras hacía todo lo posible por localizar al zorro. Después de todo lo que ya había hecho, perder el juguete que ella le dio no era una opción. No si alguna vez tuvo alguna esperanza de hacer las cosas bien.

Pero encontrar el Yarg Foxy resultó ser una tarea más difícil de lo que había pensado. Había patos de goma, serpientes de plástico y marionetas de fieltro, pero no había ningún zorro con patas de palo con un brazo trágicamente desgarrado.

—Vamos, ¿en serio? —dijo Alec, exasperado y completamente exhausto en este momento.

Todo lo que quería era que este horrible día terminara.

Estaba tan perdido en el mar de juguetes que se olvidó de los golpes, ese extraño sonido que había escuchado al otro lado de la puerta antes de

abrirse paso. No lo había escuchado de nuevo desde que abrió la puerta, pero los golpes habían vuelto ahora, resonando en alguna parte de la habitación que no podía ver. Ahora que estaba detrás de la estantería, sin embargo, podía decir que el sonido venía de algún lugar cercano.

Miró hacia el rincón más alejado de la habitación, en un área desordenada detrás de la última estantería que cubría la pared. Ahí, escondido en un rincón oscuro, había un gran contenedor verde tipo basurero, con un candado que sellaba la tapa.

Alec dio unos pasos lentos más cerca del contenedor de basura, esperando más allá de toda esperanza que los golpes no vinieran del interior de ese contenedor.

Ahora, al lado del contenedor, no había escuchado más golpes en los últimos segundos, y estaba mayormente seguro de que se había equivocado. Claramente, el golpe tenía que provenir del otro lado de la pared contra la que se apoyaba el contenedor de basura.

Pero justo cuando deslizó sus dedos debajo de la tapa para mirar a través de la rendija permitida por la cerradura, el contenedor traqueteó y golpeó, y se tambaleó hacia atrás, alejándose lo más lejos posible del contenedor.

Su corazón latía con tanta fuerza en su pecho que pensó que podría explotar, pero cuando nada salió de debajo de la grieta de la tapa, su pulso finalmente comenzó a disminuir a un ritmo normal.

Ratas. Debían ser ratas o algún otro tipo de alimaña.

—Me alegro de no haberme comido la pizza —se dijo a sí mismo y sintió que se le revolvía el estómago.

Apoyado en los codos, se encontró encajado entre la pared y la estantería más alejada de la puerta, enterrado detrás de un mar de cosas olvidadas.

Y ahí, mirándolo desde debajo de un dosel de colores como algo que podría haber visto en un circo, estaba un oso Freddy solitario, justo como el que había visto mirando a ninguna parte ese día que discutió con Hazel.

—Tú de nuevo. ¿Estás siendo castigado o algo así? —Pero inmediatamente le disgustó la idea de que el oso ya inquietante se hubiera… portado mal.

Miró al oso mientras estaba atento en su plataforma debajo del dosel, pareciendo mirar algo justo por encima del hombro de Alec.

Alec se giró y miró el contenedor de basura verde detrás de él, pero cuando se dio la vuelta, se sorprendió al descubrir que los ojos del Freddy solitario de alguna manera habían cambiado.

Parecían mirar directamente a Alec.

—Te he estado esperando, amigo —dijo el oso.

Alec se detuvo y miró al oso.

—Um, eso es genial —le dijo, y eso debería haber sido el final.

Alec no esperaba que dijera algo más.

—Deberíamos ser mejores amigos.

—¿Qué? —dijo Alec, mirando un poco más al oso. ¿Era así como se suponía que debía funcionar? Pensaba que se suponía que debía tener una especie de entrevista con él. Pero el oso no le hacía preguntas tanto como… le decía cosas.

—Mejores amigos —dijo el oso.

—Está bien —respondió Alec, tratando de quitarse el escalofrío que seguía corriendo por su brazo.

«Es un animal de peluche. Es un juguete estúpido».

Pero era extraño que no importaba cuántas veces lo intentara, Alec parecía no poder levantarse. No parecía poder apartar la mirada del oso. Todo lo que pudo hacer fue sentarse ahí y mirarlo mientras le devolvía la mirada.

Alec nunca antes había notado los ojos del oso. ¿Siempre habían sido tan azules? Y si no lo supiera bien, pensaría que casi brillaban. Pero eso era una locura.

Entonces empezó a hacerle preguntas.

—¿Cuál es tu color favorito?

—¿Mi color favorito? —preguntó Alec, casi como si ya no tuviera el control de su propia voz—. Mi color favorito es el verde.

El oso pasó inmediatamente a la siguiente pregunta. ¿No se suponía que debía compartir cosas sobre él también?

—¿Cuál es tu comida favorita?

—Lasaña —dijo Alec, con una respuesta automática e inmediata.

—¿Qué quieres ser cuando seas grande?

—Un skater profesional.

—¿Cuál es la materia en que mejor te va en la escuela?

—Historia.

Continuó así durante lo que a Alec le pareció horas, pero no pudo haber sido tanto tiempo. Le estaba costando mucho sentir el suelo debajo de él o la sensación en sus dedos. Era como si estuviera flotando, como si estuviera escuchando cada pregunta que le llegaba desde el final de un largo túnel.

Luego, las preguntas del oso tomaron un rumbo diferente.

—¿A quién admiras?

—Mi tía Gigi.

—¿Qué es lo que más temes?

—La oscuridad.

—¿Qué harías si te pidieran que lastimes a alguien que amas? —Se sentía como si el oso estuviera metiendo su suave zarpa en su alma y extrayendo las respuestas que mantenía más ocultas. Y lo estaba haciendo sin esfuerzo.

Sus ojos eran tan azules y profundos como una fosa oceánica.

—¿Cuál es tu mayor arrepentimiento?

Y ante esta pregunta, Alec se detuvo. Se resistió al principio, o tal vez simplemente no sabía la respuesta. Pero el oso no se movió. Preguntó de nuevo.

—¿Cuál es tu mayor arrepentimiento?

Aun así, Alec vaciló, y el tirón desde dentro de él comenzó a volverse doloroso, como si algo lo apretara desde su centro.

—¿Cuál es tu mayor arrepentimiento… Alec?

Con la presión acumulada desde su interior, apenas podía respirar por el dolor, y a través de los diminutos espacios en sus dientes apretados, la respuesta se filtraba.

—Herir a Hazel.

La presión disminuyó y la sensación finalmente regresó al cuerpo de Alec, calentando sus extremidades hasta la mitad de él. Pero cuando su cuerpo volvió a la vida, algo se sintió fundamentalmente diferente.

Miró fijamente a los ojos azules que habían ardido a través de su alma, y buscó sus propias respuestas, pero sólo salió con más preguntas porque los ojos azules del oso de repente se habían vuelto verde claro.

—¿Qué está sucediendo? —Trató de preguntarle al oso, porque de repente, el oso parecía ser el que tenía todas las respuestas, pero Alec no podía abrir la boca.

Él miró y miró, y el oso simplemente le devolvió la mirada.

Una sensación de pánico comenzó a subir por su pecho.

«Sólo necesito salir. Necesito un poco de aire».

Pero respirar no era su problema. Era moverse.

Intentó extender la pierna para ponerse de pie, pero no pasó nada. Quería empujar su palma hacia el suelo para prepararse, pero no pudo.

Voces, débiles al principio pero cada vez más fuertes a medida que se acercaban, le dieron un toque de esperanza renovada. Las reconoció de inmediato.

—*¡Mamá! ¡Hazel!* —gritó, o al menos lo intentó, pero cada vez que sentía que su garganta se flexionaba para gritar, las palabras luchaban por encontrar una salida.

—No te preocupes, cariño, lo encontraremos —podía oír decir a su madre.

Los golpes del cubo gigante detrás de él se dispararon de nuevo, y tenía tantas ganas de alejarse de él, pero nada funcionaba. Cada músculo de repente se sintió cristalizado.

—¿Está adentro? —Alec escuchó a Hazel decir desde el otro lado de la puerta.

—*¡Sí!* —gritó Alec—. *¡Aquí adentro! ¡Mira aquí!*

Podía oír la puerta abrirse desde el otro lado de la habitación, pero no podía ver alrededor de la estantería. Todo lo que podía ver era el oso mientras sus nuevos ojos verdes lo atravesaban.

—No creo que podamos estar aquí —dijo la mamá de Alec, y él pensó que nunca se había sentido más aliviado al escuchar su voz.

—¡Mamá, mira! —dijo Hazel.

Por un segundo, el corazón de Alec dio un salto. Lo habían visto. No podía verlas, pero tal vez ellas lo vieron a él.

«¿Y si tengo algún tipo de convulsión?» pensó.

Sin embargo, no importaba. Su mamá y su hermana estaban aquí para ayudar ahora.

Pero, ¿por qué no estaban hablando con él? ¿Por qué no se habían acercado al costado de la estantería?

—Aw, ¿ves? —dijo su mamá—. Te dije que lo encontraríamos.

«¡Pero no me han encontrado!» Alec trató desesperadamente de gritar—: *¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!*

Los golpes del cubo de la basura se habían silenciado en el momento en que se abrió la puerta, ¿y por qué ahora? ¿Por qué no podía volver a oír el ruido ahora?

—Él simplemente… lo tiró aquí —dijo Hazel, y el dolor en su voz era suficiente para hacer que Alec se sienta como la cucaracha más pequeña y repugnante.

—Hazel —dijo su madre, con su voz muy suave—. Él te quiere. Yo sé que él lo hace. A su manera, realmente quiere. Al igual que nosotras lo queremos.

La garganta de Alec se apretó en un nudo, y este era el momento. Este era finalmente el momento en que les diría cuánto lo sentía, lo equivocado que estaba, lo mucho que se había perdido al querer tanto creer que estaba excluido.

Ahora todo lo que sentía era que de alguna manera estaba atrapado… adentro.

—Vamos, cariño. La fiesta terminará pronto. Vamos a comer ese pastel, ¿de acuerdo?

—Espera —dijo Hazel.

—*Por favor, mírame* —suplicó Alec en silencio—. *Mírame*.

—Oh, no te preocupes por el brazo, cariño. Puedo arreglar eso cuando lleguemos a casa —dijo su mamá.

Entonces escuchó el peor sonido. Escuchó a Hazel ahogarse en un sollozo.

—Oh, cariño —dijo su madre.

—Él me odia.

—Él no te odia. Nunca te ha odiado.

Sin embargo, esa era la cuestión. Alec la había odiado. Era la peor y más terrible confesión que nunca hizo, pero no tenía por qué hacerlo, porque su hermana lo había sabido todo el tiempo.

Lo que ella no sabía, lo que él no le había dicho cuando debería haberlo hecho, era que ya no la odiaba. Si estuviera contando su propio secreto más profundo y oscuro, le habría dicho que se odiaba a sí mismo mucho más de lo que nunca la odió a ella.

Y le había gustado más la semana pasada de lo que le había gustado desde el día en que ella nació, y fue porque se lo había pasado conspirando con ella.

—Vamos —dijo su madre, y prácticamente podía oírla apretar el hombro de Hazel—. Esto se acabará. Estas cosas siempre pasan. No dejemos que arruine tu cumpleaños.

—*¡No no!* —Alec intentó gritar—. *¡No me dejen! ¡No puedo moverme!*

Pero era inútil. No importaba lo fuerte que fuera la voz en su cabeza, no podía sacar el sonido de su garganta.

El pánico aumentaba en la base de su cráneo y comenzaba a preguntarse qué pasaría si nadie regresaba a buscarlo. ¿Simplemente se irían a casa sin él? ¿Alguien lo extrañaría siquiera?

Alec miró fijamente a los ojos ahora verdes del oso y reunió cada gramo de fuerza que pudo encontrar en su interior. Parecía tomar todo lo que tenía, pero de repente, el oso que tenía delante se había ido, escondiéndose del otro lado de los ojos cerrados de Alec.

Había descubierto cómo cerrar los ojos.

«Bien, ahora respira. Sólo cuenta hasta diez y sigue respirando».

Respiró hondo por la nariz, espiró por la boca y repitió el ejercicio diez veces, y justo cuando alcanzó la décima exhalación, sintió que las puntas de sus dedos se contraían.

Estaba tan emocionado que abrió los ojos y se sorprendió al encontrarse muy solo detrás de la estantería.

El oso se había ido, su plataforma personalizada estaba vacía.

«¿Dónde…?»

Pero ahora no tenía tiempo para pensar en eso. Acababa de recuperar el más mínimo movimiento en las yemas de sus dedos y no iba a detenerse ahí. Cerró los ojos una vez más y repitió la respiración, esperando que hiciera el truco de nuevo. Efectivamente, cuando llegó a los diez, encontró con gran alivio que podía mover el dedo gordo del pie.

Repitió el ejercicio una y otra vez, volviendo a enseñarle a su cuerpo cómo moverse, y muy pronto, pudo doblar las rodillas y los codos e incluso girar la cabeza.

Los golpes en la papelera detrás de él comenzaron de nuevo, y de repente se enfureció porque el sonido regresó ahora que ya era demasiado tarde para hacerle algún bien.

«Cállate».

Desafortunadamente, a pesar de que sus miembros habían comenzado a cooperar, su voz aún no había regresado, ni su capacidad para abrir la boca.

«No hay tiempo para preocuparse por eso ahora», pensó.

Estaba empezando a sentir que su función motora volvía a funcionar, tal vez un poco torpemente, pero mientras pudiera ponerse de pie, era lo que realmente importaba. Seguramente una vez que sus padres y la tía Gigi lo vieran, verían que necesitaba ayuda. Simplemente tenía que salir de esta habitación trasera.

Parecía que tenía que apretar todos los músculos de su cuerpo para poder poner los pies debajo de él. Continuó cerrando los ojos y respirando, alentado por las pequeñas victorias: pierna doblada, pierna doblada, cuerpo equilibrado, otra pierna doblada. Y aunque le tomó una eternidad, por fin logró pararse derecho sobre dos piernas.

Sin embargo, lo más extraño era que casi parecía que todavía estaba sentado. El estante parecía mucho más alto de lo que había sido inicialmente. De hecho, toda la habitación parecía más grande de alguna manera, como si el techo se hubiera elevado.

Se movió rígidamente al principio, sus piernas se sacudían más que caminar, y tuvo que trabajar extraordinariamente para controlarlas, pero después de varios pasos y tantas pausas, logró encontrar un ritmo lo suficientemente adecuado para llevarlo al otro extremo de la habitación.

Pero cuando llegó a la puerta, se sorprendió al descubrir que no podía alcanzar el picaporte. Estaba al menos a treinta centímetros por encima de su cabeza.

«¿Qué?»

Utilizando la misma práctica que había empleado para que sus piernas trabajaran, cerró los ojos y respiró hondo varias veces y, finalmente, pudo levantar las manos lo suficiente por encima de su cabeza para mover la manija de la puerta.

Empujó la puerta después de lograr empujar la manija lo suficiente para abrirla, y cuando tropezó en el pasillo, nuevamente tuvo que hacer una doble toma para asegurarse de que estaba en el lugar correcto para encontrar el camino de regreso al restaurante.

El pasillo era mucho más largo que antes. Parecía casi interminable, y se sentía muy pequeño por dentro.

Pero siguió adelante. Sólo tenía que volver a la sala de fiestas. Sólo tenía que regresar con su familia. Sabrían lo que estaba mal. Sabrían cómo ayudarlo.

El final del pasillo estaba bloqueado por otra puerta que recordaba haber sido un obstáculo mucho menor. La manija estaba aún más alta aquí de lo que había estado en la sala de almacenamiento, y no importaba cuán alto estirara los brazos en el aire, no podía alcanzar la palanca que le permitía regresar al restaurante.

«Que no cunda el pánico», se dijo a sí mismo. «Es probable que alguien regrese aquí en algún momento».

Tuvo que esperar mucho más de lo que pensaba. Apoyado contra la pared al lado de la puerta, trató de no dejar que su mente divagara demasiado.

Tenía miedo de volver a caer en el trance en el que de alguna manera había caído en la sala de almacenamiento.

La forma en que ese oso se había metido en su cabeza… no tenía nada de natural. No estaba seguro de qué o cómo, pero algo le había sucedido algo horrible.

Sólo esperaba que no fuera irreversible.

Esperaba que se pudiera revertir mucho de lo que sucedió hoy.

De repente, la puerta se abrió de par en par, casi aplastando a Alec detrás de ella, y tuvo que lanzarse por la abertura antes de que la puerta se cerrara de golpe de nuevo.

Su nariz estaba en el piso de la alfombra de Freddy Fazbear, estaba nuevamente rodeado por los gritos desgarradores y las campanas de juego de la sala de árcades.

En el segundo que Alec aterrizó en el suelo, sintió que el viento lo dejaba sin fuerzas.

—¡GOOOOOOOOOLLLL! —escuchó que alguien decía, y luego escuchó a otros reír, pero eso fue todo mientras se elevaba por el aire, todavía tratando de encontrar el aliento.

Aterrizó con un golpe doloroso, esta vez boca arriba y mirando las pantallas de lámparas de vidrio grabado que cubrían cada una de las mesas de la pizzería. Los pies golpeaban a su alrededor, estaban peligrosamente cerca de su cabeza, e hizo una mueca cuando zapatilla tras zapatilla por poco no aplastaba una parte de él.

«¿Por qué todos actúan como si no me vieran?»

Tan pronto como se le ocurrió la idea, fue agarrado bruscamente por el brazo y aferrado con fuerza a un chaleco de lana que le picaba.

—¡Yo lo vi primero! —dijo una voz, y de repente, alguien estaba tirando con fuerza de su pierna.

—¡No, dámelo! —dijo el niño que lo sostenía, y ¿qué tan grandes eran estos niños para poder jugar tira y afloja con él?

—¡No yo!

—¡¡Yo!!

Le tiraban de la pierna con tanta fuerza que le aterrorizaba que se le saliera en cualquier segundo. Quería volver a no ser visto.

Entonces, tan rápido como había comenzado el tira y afloja, una voz en la distancia gritó—: ¡La pizza está aquí! —y volvió a caer sobre la alfombra.

Se quedó tendido de costado tratando de recuperarse, pero la rueda de un cochecito se bamboleaba directamente hacia su cabeza, y apretó los ojos con fuerza mientras esperaba una muerte segura.

—Jacob, mueve esa cosa fuera del camino, ¿quieres? —dijo la persona detrás del cochecito, y alguien empujó a Alec con el pie, apretándolo contra el rodapié.

«¿Mover esa cosa?» pensó Alec, y si no estuviera tan loco, confundido y con una buena cantidad de dolor, podría haberse ofendido.

Se las arregló para apoyarse contra la pared y ponerse de pie, pero estaba tan tambaleante que no estaba seguro de poder cruzar la habitación sin caerse.

Aun así, estaba decidido. Tenía que regresar a la sala de fiestas. Sólo tenía que regresar con su familia. Seguramente ya lo estarían buscando, ¿no es así?

Alec se tambaleó y zigzagueó por el restaurante, esquivando los pies pisando fuerte y derramando bebidas, siendo rociado con parmesano y pimientos machacados de las cocteleras de la mesa. Después de varias experiencias cercanas a la muerte, encontró su camino hacia el otro lado de la habitación cavernosa en medio de la multitud de niños y familias.

Al doblar la esquina, vio el enorme tubo cilíndrico que formaba el Túnel de Viento, ahora inactivo y esperando al próximo cumpleañero una vez que terminara la fiesta de Hazel.

Luego estaba su familia: su mamá con sus jeans oscuros y su papá con sus pantalones de pana más cómodos y su camisa de franela, la tía Gigi con el cabello recogido en su diadema.

Y ahí estaba Hazel, con sus rizos rubios colgando frente a su cara pero aún sin oscurecer la sonrisa que no pudo evitar iluminar la habitación. Sus amigas estaban recostadas en sus sillas, frotándose la barriga llena y rebuscando en bolsas de regalos mientras esperaban a que sus padres las recogieran.

Todos parecían tan felices. Hazel estaba especialmente radiante. Era como si alguien hubiera vuelto a encender la luz dentro de ella. De repente se sintió aliviada de la carga que Alec le había puesto al ser… él mismo.

Excepto que no era el yo que quería ser, ya no. Quería ser la razón por la que ella sonreiría así más a menudo. Estaba listo.

Fue entonces cuando Alec vio que, de hecho, él era la razón por la que estaba radiante. Ahí, sentado al otro lado de la mesa de su hermana y sus padres, estaba… Alec.

Era la misma camiseta arrugada que se había puesto esa mañana antes de la fiesta, los mismos jeans rotos. Los mismos rizos dorados rebeldes que contrarrestaban los perfectos rizos de Hazel. Eran sus ojos verde claro, sus dientes ligeramente torcidos, sus miembros larguiruchos.

Y estaba sonriendo. Sonriéndole a Hazel.

—*Oye* —dijo Alec, la voz en su cabeza era tranquila al principio, pero rápidamente, estaba gritando—. *¡Oye! ¡Ese no soy yo! ¡Ese no soy yo!*

Pero cualquiera que mire al niño frente a Hazel no estaría de acuerdo. En todos los sentidos, esta persona era sin duda él. Aquellos que lo cuestionaran podrían señalar el hecho de que no estaba enfurruñado como el Alec que conocían. No miraba a su hermana con el ceño fruncido de la forma en que se sabía que lo hacía la mayoría de las veces.

Pero parecía haber estado haciendo un esfuerzo durante toda la semana para pasar una nueva página, ¿no es así? Sus padres habían estado probando esta nueva técnica, un método respaldado por un médico de renombre y autor de best-sellers. Algunos niños simplemente tardaron más en recuperarse.

¿No era agradable que Alec se las hubiera arreglado para hacer precisamente eso, y en el cumpleaños de su hermana? Que dulce. Qué perfecto.

Qué linda familia estaban resultando ser.

Alec forzó sus piernas rígidas hacia adelante y cayó al salón de fiestas, pero apenas podía ver por encima de la mesa cuando entró. Pensó que tal vez podría intentar trepar por una de las patas de la mesa, pero estaba demasiado resbaladizo.

Pasó de niño en niño apiñándose alrededor de la mesa, haciendo todo lo posible para atraer la atención de sólo uno de ellos. Tenía que subirse a

esa mesa. Tenía que mirar a su mamá a los ojos. Entonces tendría que reconocerlo, ¿no es así? ¡Por supuesto que lo haría!

—*¡Mira abajo! ¡Alguien, por favor, miren hacia abajo!* —Su mente gritó, pero al igual que antes, su garganta se negó a soltar sus súplicas.

«Es un mal sueño. Esto tiene que ser una pesadilla loca y elaborada».

Pero no se sentía como una pesadilla. De hecho, nada se había sentido más real en sus quince años.

Vio a la chica llamada Charlotte sentada acurrucada en una silla en un rincón, agarrándose el estómago. Era la única niña que no hablaba con otra persona. Era su mejor oportunidad para llamar la atención.

Pero mientras él agitaba los brazos para tratar de señalar su interés, ella se giró de repente y vomitó por toda su cabeza, vómito caliente goteó en sus ojos y corría por su rostro.

—¡Oh! Oh no, Charlotte, cariño, ¿todavía te molesta el estómago?

Alec apenas podía ver a través del vómito vertiéndose en ríos sobre sus ojos, pero el sonido de la voz de su madre fue un gran alivio. En un minuto, todo este loco día llegaría a su fin y él podría reunirse con su familia.

—¡Oh, qué asco! —gritó alguien, y para su horror, era su propia hermana—. ¡Vomitó sobre uno de los osos!

«¿Espera, qué?»

—Haré que uno de los miembros del personal venga y lo limpie —dijo su padre.

—Aquí, déjame ayudarte —dijo la tía Gigi, y observó desde su periferia cómo la hermosa y maravillosa tía Gigi se apresuraba a llegar a su rincón de la habitación.

«Gracias», gimió en su cabeza. Su tía Gigi sabría qué hacer.

Pero en lugar de acudir en ayuda de Alec, la tía Gigi tiró suavemente a Charlotte de su silla y la sentó en el banco más cerca de Hazel y el falso Alec, que le pasó servilletas para que pudiera limpiarse.

—Toma un poco de agua —dijo Hazel, ofreciéndole una taza.

—Tienes algo en el pelo —dijo el falso Alec.

Luego dirigió su mirada hacia Alec. Sus ojos, sus ojos verdes robados en su cuerpo robado, brillaron ante Alec mientras estaba de pie en la esquina, goteando vómito, viendo a su familia darle la bienvenida a su redil.

Y luego, el falso Alec sonrió.

—Sí, justo por aquí. Lo siento. Creo que arruinamos a uno sus osos — escuchó Alec decir a su padre desde fuera de la habitación, y en ese momento, un empleado de Freddy's llegó con un trapeador y un balde.

—No hay problema, señor. Nos encargaremos de esto. Vuelve a disfrutar de la fiesta.

Y con eso, Alec fue arrojado a un balde y se alejó rodando, con su visión aún oscurecida, pero no demasiado como para que no viera al falso Alec guiñarle un ojo desde la mesa antes de devolver su atención a Hazel sonriente y riendo con ella. La familia sonriente y feliz.

En el cubo, Alec fue llevado rápidamente a la parte trasera de la pizzería una vez más, las puertas en las que había trabajado tan duro para mover se abrieron y cerraron con facilidad por el empleado. Hizo una parada rápida en el baño de hombres, donde empujó el cubo con ruedas y la fregona a la esquina y sacó el trapo en el fregadero de mantenimiento antes de tirarlo por el costado del cubo, salpicando el espejo junto a ellos con grandes gotas de agua.

Alec se levantó lentamente hacia el espejo y sólo entonces se dio cuenta de que estaba aparcado al lado.

Ahí, en el reflejo, se veía a un Freddy Fazbear de dos pies de ojos azules, con el pelo enmarañado y comenzando a formar una costra por el vómito, con los brazos extendidos y listos para un abrazo.

«Esto no puede ser. Esto no puede ser posible».

Pero Alec no tuvo tiempo de contemplar qué era y qué no era. Antes de que se diera cuenta, estaba en movimiento de nuevo.

El empleado pellizcó la pata de Alec entre dos dedos.

—Eww —dijo, arrugando la nariz antes de sostener a Alec tan delante de él como pudo—. A la papelera.

Abrió la puerta de la habitación de una patada y fue rápidamente por el pasillo hasta la sala de almacenamiento a la que Alec se había escapado antes.

—*Espera* —trató de decir—. *¡Espera!*

Pero como siempre, fue inútil.

El empleado sacó una colección de llaves de un cordón retráctil en la presilla de su cinturón mientras se dirigía a la parte trasera de la sala de almacenamiento hacia un contenedor verde grande y familiar.

—¿Cuál es? —murmuró para sí mismo antes de aterrizar su atención en el derecho—. ¡Ajá! Aquí está.

Luego, el empleado metió la llave en el candado sobre la tapa del contenedor y, con un giro brusco a la izquierda, el candado se abrió.

—¡Diviértete con tus amiguitos! —dijo, y soltó su pellizco en la pata de Alec, enviándolo a caer por el aire y al contenedor.

La luz de la habitación iluminó su entorno en el contenedor el tiempo suficiente para que Alec viera por qué no le había dolido cuando se cayó. Su caída había sido interrumpida por docenas de osos de peluche que se veían exactamente como él.

Docenas de Freddys solitarios tirados.

—Buenas noches —dijo el empleado, y así, la luz sobre él se apagó con el cierre y bloqueo de la tapa.

El pánico se filtró en los poros de Alec… o en lo que alguna vez pudieron haber sido poros.

En su cabeza, gritó y gritó. Pero al final, el único sonido que se escapó de su desquiciada y disecada boca de oso fue un chillido mínimo.

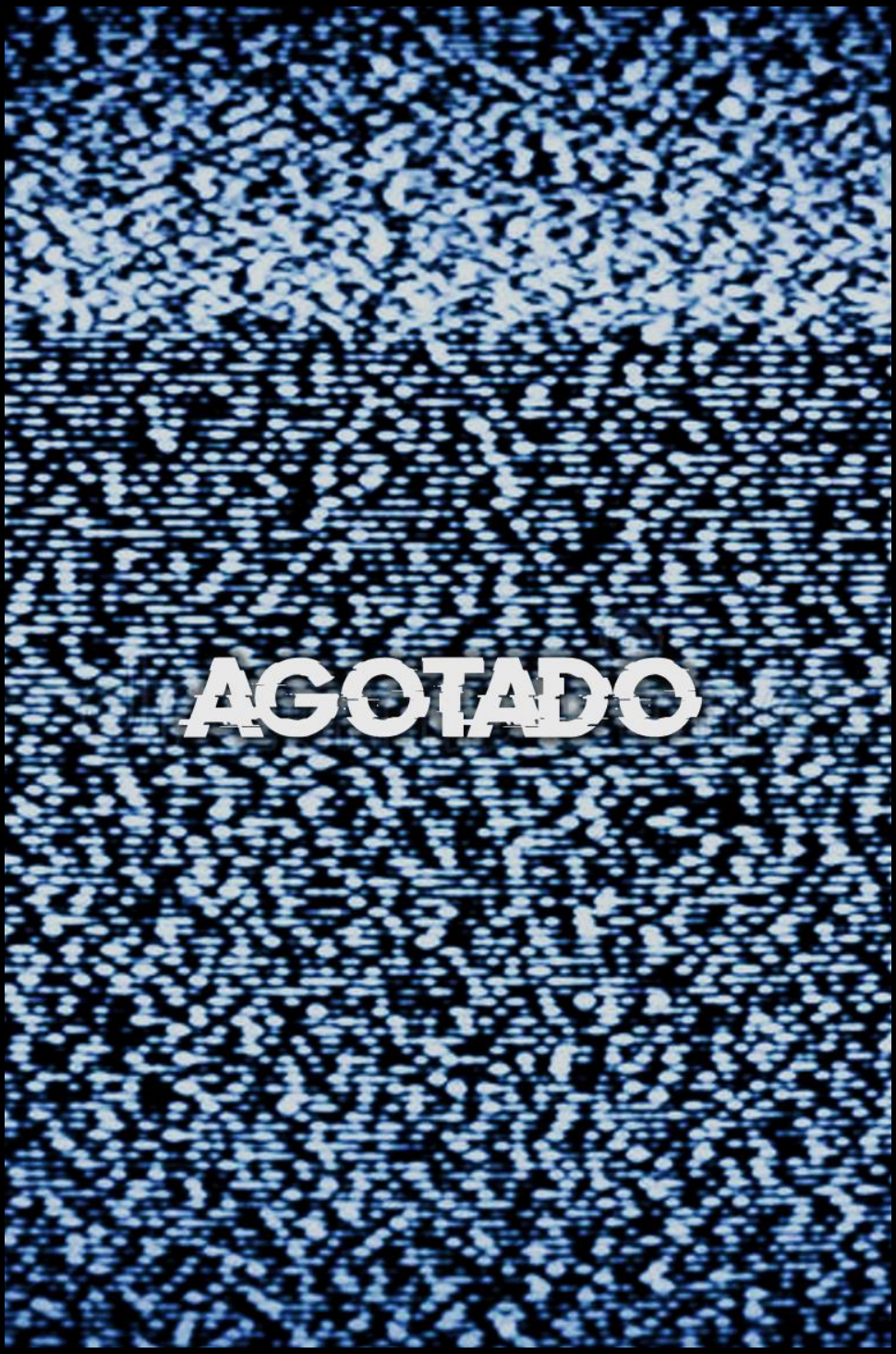
—*¡Ayuda!* —pensó que se escuchó a sí mismo decir.

Entonces se dio cuenta de que no había sido él en absoluto. Había sido el oso a su lado en la papelera.

Luego estaba el oso al otro lado de él.

Muy pronto, fueron todos los osos en el contenedor, sus gritos finos y silenciosos de ayuda se tragaron por el metal y la oscuridad que los sepultaron. Alec y sus nuevos amigos.

Docenas de los solitarios.


AGOTADO

Era muy propio de Oscar estar en el lado perdedor del trato. Siempre había sido así, desde el momento en que su papá fue al hospital para una amigdalotomía y contrajo una infección fatal, hasta el momento en que tuvieron que mudarse al extremo más barato de la ciudad, hasta todas las veces que tuvo que ayudar a su mamá en el Hogar de Ancianos Royal Oaks mientras el resto de sus amigos gastaban sus mesadas en el centro comercial.

Así que no fue una sorpresa para Oscar cuando se enteró de que el Plushtrap Chaser, un conejo verde masticador activado por la luz y, por mucho, su personaje favorito del mundo Freddy Fazbear, saldría a la venta el día más ridículo, en el momento más ridículo imaginable.

—Mañana de viernes. «¡Mañana de viernes!» —Oscar echaba humo.

—Hombre, tienes que superarlo —dijo Raj, pateando la misma piedra por la acera que había estado torturando todo el camino a la escuela.

—¡Pero es injusto! Es un juguete para niños. ¿Por qué saldría a la venta cuando todos los niños del universo conocido están en la escuela? —Oscar dio un manotazo a la rama de un árbol que colgaba bajo como si le hiciera daño.

—¿Escuchaste que Dwight ya tiene uno? —preguntó Isaac, alzando lavoz en la parte trasera.

—¿Qué? —Raj se detuvo, ahora suficientemente indignado—. ¡Ni siquiera había oído hablar de Freddy Fazbear antes del año pasado!

—Aparentemente, su padre hizo una "llamada". Su padre siempre está haciendo llamadas. —Isaac hizo un puchero.

—Dwight es un idiota —dijo Raj, y en eso, todos los chicos estuvieron de acuerdo.

Era mucho más fácil odiar a Dwight que admitir que no eran del tipo que tenían padres que podían hacer llamadas para conseguir unos feos conejos verdes que tenían la altura de un niño pequeño y mantenían la velocidad de un conejo real.

—Nunca lo conseguiremos, no si tenemos que esperar hasta las cuatro —dijo Isaac.

—Podríamos… —comenzó Oscar, pero Raj lo interrumpió.

—No, no podemos.

—¿Cómo–?

—No podemos desviarnos del camino.

—Tal vez yo–.

—No es posible. Ya tengo dos strikes. Uno más y mi mamá me enviará al campo de entrenamiento.

—Vamos, ella no hablaba en serio sobre eso —dijo Oscar.

—No conoces a mi mamá —dijo Raj—. Una vez, mi hermana le respondió y no la dejó hablar durante una semana.

—Eso no sucedió —se rio Isaac.

—¿Ah no? Pregúntale a Avni. Dice que al sexto día parecía que hubiera olvidado cómo hablar.

Raj miró a lo lejos, atormentado por el espectro de su madre mientras Oscar se dirigía hacia Isaac.

—No me mires. Tengo que acompañar a Jordan a casa.

Oscar sabía que no podía discutir con eso. Incluso cuando los hermanos pequeños se van, Jordan estaba bien, y Oscar sabía con certeza que la madre de Isaac se volvería loca si él siquiera pensara en dejar a Jordan solo hasta que ella llegara a casa del trabajo a las tres en punto.

No había forma de evitarlo. A pesar de todas las grandes ideas de Oscar, sabía que tenía demasiado miedo para llevarlas a cabo. Dejar la escuela era como un pecado mortal para su madre, que había luchado duro por su educación mientras lo criaba sola.

Oscar y sus amigos tendrían que esperar hasta las cuatro.

El día fue angustiosamente largo. El Sr. Tallis hizo que toda la clase recitara el preámbulo de la Constitución una y otra vez hasta que lo

entendieron bien. La Sra. Davni hizo un cuestionario completamente injusto sobre isótopos. El entrenador Riggins les hizo correr vueltas alrededor del campo a pesar de que todavía estaba embarrado por la última lluvia. Oscar pensó que tal vez nunca se había enfrentado a un día más miserable.

Luego, a las 2:33, empeoró.

Dos minutos antes de que sonara la campana final, Oscar fue llamado a la oficina principal.

—¿Ahora? —le suplicó al señor Enríquez.

Su maestro de geometría se encogió de hombros, impotente por no rescatar a Oscar, a pesar de que él era su alumno favorito.

—Lo siento, señor Ávila. Nadie dijo que el segundo año estaría libre de crueldad.

Se dirigió hacia Raj e Isaac en la única clase que habían compartido desde que se conocieron en el patio de recreo en tercer grado.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, trató de no ahogarse con su ofrenda de sacrificio—: Espérenme hasta las tres y media. Si no estoy de regreso para entonces…

Toda la clase se sentó como testigo.

—…entonces vayan sin mí.

Raj e Isaac asintieron solemnemente. Oscar recogió sus cuadernos y su bolso y lanzó una última mirada al señor Enríquez.

—Es tu mamá —murmuró, palmeando firmemente a Oscar en el hombro. El Sr. Enríquez sabía que la madre de Oscar a veces necesitaba la ayuda de Oscar en el Hogar de Ancianos Royal Oaks. No sabía exactamente cuál era el trabajo de su madre, pero tenía algo que ver con asegurarse de que todo el lugar no se deshiciera. Su mamá era importante.

La secretaria de la recepción esperaba impaciente a Oscar, con el auricular en la mano.

—Pensé que te habías extraviado —dijo sin humor—. ¿Sabe tu mamá que es por eso que la mayoría de los padres les dan teléfonos celulares a sus hijos?

Oscar enseñó los dientes en algo que simulaba una sonrisa.

—Creo que a ella simplemente le gusta escuchar su voz de forma regular —dijo, y la secretaria igualó su sonrisa—. Además, los teléfonos no están permitidos en la escuela.

«No es que podamos permitirnos uno», pensó, no sin un poco de veneno hacia la secretaria.

Oscar le quitó el teléfono de la mano rápidamente porque parecía que estaba a punto de golpearlo con él.

—PH, el Sr. Devereaux no está bien hoy —dijo la mamá de Oscar. Su madre sólo usaba su apodo, "PH", código para Pequeño Hombrecito, cuando su necesidad era extrema.

No esto. Hoy no. El Sr. Devereaux era posiblemente el hombre más viejo del mundo, y cuando estaba de mal humor, sólo había unas pocas personas que podían razonar con él lo suficiente como para que tomara sus medicamentos o comiera algo. Por alguna razón inexplicable, Oscar era una de esas personas.

—¿Dónde está Connie? —se quejó Oscar, refiriéndose al único asistente a quien el Sr. Devereaux respondía.

—Puerta Vallarta, donde debería estar —dijo su mamá—. Además, está preguntando por ti.

Oscar le devolvió el teléfono a la secretaria, que ya tenía su bolso en la mano mientras golpeaba con la uña de punta blanca el mostrador entre ellos.

—Espero que estés listo. Tengo que llegar a Toy Box antes de que se agoten los Plushtraps. Tengo cinco sobrinos.

Fue casi demasiado para que Oscar lo soportara. Cinco Plushtraps menos después de que la Sra. Bestly (la Sra. Bestia en su cabeza) enganchara lo que pudiera quedar para sus sobrinos que no lo merecían. Oscar arrastró sus pies en la miseria todo el camino hasta el autobús urbano

número 12, se transfirió a la línea 56 y caminó el cuarto de milla desde la parada del autobús hasta el trabajo de su madre, entrando abatido en el vestíbulo del Hogar de Ancianos Royal Oaks.

Irvin, sentado en el mostrador de recepción, lo saludó con la cabeza desde debajo de sus auriculares.

—¡El tipo está muy mal, grandullón! —dijo Irvin en voz alta, su volumen no estaba controlado por la línea de base profunda que emanaba de su lista de reproducción—. ¡Dice que Marilyn quiere robarle el alma!

Oscar asintió. Irvin conocía bien las rarezas del Royal Oaks, incluida la paranoia crónica e infundada del señor Devereaux. Escuchar a Irvin confirmar lo que su madre ya le había dicho por teléfono no alteró la posición de rendición incondicional de Oscar. Estaría aquí toda la tarde, probablemente hasta bien entrada la noche, intentando calmar al señor Devereaux. El Plushtrap Chaser, si alguna vez hubiera tenido la oportunidad de conseguirlo en primer lugar, nunca sería suyo ahora.

Las puertas automáticas se abrieron con un silbido, revelando la espalda de la alta figura de su madre. Le devolvió un portapapeles a un asistente que Oscar no había visto antes. Este lugar pasaba por asistentes como Oscar pasaba por Electric Blue Fruit Punch.

—Asegúrese de que la Sra. Delia no consuma productos lácteos después de las cuatro de la tarde —dijo su madre—. Se tirará tantos pedos que tendremos que poner la habitación en cuarentena, y prometo que me aseguraré de que seas el único asignado a esa sala durante toda la noche.

El nuevo asistente asintió con seriedad, claramente conmocionado, y se apresuró a alejarse con el portapapeles justo cuando la madre de Oscar se volteaba para sonreírle con los brazos extendidos. Eso era lo que pasaba con su madre: siempre se podía contar con ella para un abrazo lo suficientemente fuerte como para romperle las costillas. Incluso cuando amenazó con recompensar a Oscar después de que él "rescató" a un murciélago y lo dejó libre en la casa, logró abrazarlo lo suficientemente fuerte como para que le doliera al día siguiente.

—El señor Devereaux cree que Marilyn–.

—Quiere robarle el alma. Lo escuché —dijo Oscar.

—Después de dieciocho años, uno pensaría que Marilyn se había ganado el beneficio de la duda.

—No hay descanso con los verdaderamente sospechosos —dijo Oscar, y su mamá le sonrió.

—Gracias, Hombrecito. Tú eres mi ángel.

—Mamá —respondió, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie escuchara, a pesar de que los únicos que lo harían pasar un mal rato estaban a kilómetros de distancia en Toy Box, reclamando el último Plushtrap sin duda. La idea de Raj e Isaac alineándolos para batallas épicas y mordaces en el patio era agonía pura.

Oscar comenzó a pensar en compromisos. Quizás si le daba a Raj o Isaac la mitad de la cantidad, se podría persuadir a uno de ellos para que le permitiera tomar la custodia parcial de Plushtrap.

Oscar logró sonreír débilmente a su madre y se preguntó si el destino podría otorgarle un Plushtrap si eran testigos de su comportamiento angelical. Sin embargo, sabía que era mejor no tener esperanzas.

Cuando llegó a la puerta del señor Devereaux, encontró al anciano mirando hacia la esquina de su habitación, con sus ojos entrenados como láseres listos para vaporizarte.

—Ha comenzado —dijo Devereaux, con su voz apenas por encima de un susurro.

—¿Qué ha comenzado? —preguntó Oscar, no tanto curioso como ansioso por comenzar este proceso.

—Ella ha estado conspirando todo este tiempo. Debería haberlo sabido. Esperó hasta que bajé la guardia.

—Vamos, señor D, realmente no cree eso.

—Puedo sentir que mi alma se escapa. Está rezumando por mis poros, Oscar.

El señor Devereaux no parecía asustado; más bien, parecía resignado a su destino, y Oscar pensó que tal vez tenían algo en común hoy.

—¿Pero por qué haría eso? —preguntó Oscar—. Ella lo ama. Ella ha compartido su habitación todas las noches durante casi dos décadas. ¿No crees que si quisiera su alma, ya la habría tomado?

—La confianza no se puede apresurar, joven —dijo Devereaux—. La buena fortuna no se puede predecir.

Fueron estas semillas de sabiduría las que mantuvieron a Oscar interesado en el residente más antiguo del Royal Oaks. No importa cuántas veces el Sr. Devereaux dejara escapar alguna observación sabia, Oscar se sorprendía cada vez, como si el Sr. Devereaux pudiera sentir lo que ocupaba su mente, incluso si la propia mente del Sr. Devereaux era como un colador, sus pensamientos se deslizaban a través de agujeros en algún abismo sin fondo.

—Quizás Marilyn no le esté robando el alma. Quizás la está protegiendo. Ya sabe, como guardarla para custodiarla —postuló Oscar.

El señor Devereaux negó con la cabeza.

—Pensé en eso. Es una teoría tentadora… pero debería haberme pedido permiso.

Estos son los momentos en que Oscar luchaba, cuando la lógica tenía que ganar.

—No es como si realmente pudiera preguntarte.

—¡Por supuesto que puede! —El señor Devereaux se enfureció y Oscar levantó las manos, tratando de aliviar al señor Devereaux antes de que el nuevo asistente llegara corriendo por la esquina.

—Está bien, pero quédese conmigo un minuto, Sr. D. —dijo Oscar, entrando a hurtadillas dos pasos en la habitación del Sr. Devereaux—. Tal vez pensó, ya sabe, ya que estaba lo suficientemente cerca, que no le importaría si… eh… tomaba prestada su alma por un momento…

El señor Devereaux miró a Oscar con recelo.

—Ella no te dijo que dijeras eso, ¿verdad?

—¡No! No, no, por supuesto que no. Nadie podría interponerse a la, eh, relación que tienen.

El Sr. Devereaux miró hacia la esquina de la habitación que había atraído su atención hasta ese momento.

—Bueno, Marilyn, ¿qué tienes que decir?

Oscar siguió la mirada del señor Devereaux, y ahora ambos estaban mirando a la misma gata calicó anciana que había dormido en la almohada junto a la ventana de la habitación del señor Devereaux tanto tiempo como el señor Devereaux había dormido en su propia cama. No vino aquí con el señor Devereaux, al menos según la leyenda. Ella había sido una callejera del vecindario. Pero un día, el personal la encontró en la habitación, y sin objeciones del elenco rotatorio de residentes, Marilyn se había quedado, encontrando la compañía del Sr. Devereaux, la más agradable, a pesar de su desdén periódico o su odio franco. Ninguna cantidad de rascarse detrás de las orejas u ofrecer hierba gatera por parte de nadie más podría alejarla del Sr. Devereaux.

Quizás ella realmente estaba detrás de su alma.

Marilyn parpadeó con su lento parpadeo de gato al Sr. Devereaux.

—Bueno, creo que ambos sabemos lo que eso significa —improvisó Oscar, y por un segundo, el Sr. Devereaux pareció confundido, pero después de otro momento de contemplación del fuerte ronroneo de Marilyn, algo dentro de él se calmó.

—De acuerdo entonces. Parece que Marilyn te debe otra deuda más de gratitud, jovencito.

Marilyn se estiró lánguidamente en su silla y bostezó, pero Oscar no buscaba la gratitud de un gato. Estaba buscando una salida.

—Siéntate, joven, siéntate —dijo el Sr. Devereaux, y Oscar dejó escapar lo último de su esperanza. Esta iba a ser toda su tarde.

Oscar se desplomó en la silla más cercana a la puerta. El señor Devereaux lo miró con los ojos llorosos de un anciano.

—Mi alma puede estar en problemas, pero tu corazón ha sido robado.

Oscar trató de reír. Si no lo hacía, podría llorar. Era sólo lo último en lo que se estaba convirtiendo en casi toda una vida. Casi había llegado al béisbol Varsity, pero se dislocó el codo. Casi había ahorrado lo suficiente

para un teléfono celular, pero alguien le robó en el tren. Casi había tenido una familia completa, pero luego perdió a su padre.

Si pudieras ganar un trofeo por casi, probablemente se quedaría atrás del honor.

—Ah, sí —continuó el Sr. Devereaux—. El amor es algo muy espléndido… hasta que te aplasta en pedazos.

—No es así —dijo Oscar. Era ridículo dejar las cosas claras; El Sr. Devereaux podría o no recordar esta conversación. Pero necesitaba a alguien a quien conocer, necesitaba a alguien en quien confiar, y realmente nunca había conocido a un oyente mejor que este hombre al que nunca había visto de pie, cuyo primer nombre ni siquiera conocía.

—Es… sólo ese estúpido juguete —dijo Oscar, pero incluso mientras trataba de disminuir el Plushtrap, sintió que se le oprimía el corazón.

—¿Se rompió? —preguntó el Sr. Devereaux.

—Ni siquiera fue mío —dijo Oscar, y el Sr. Devereaux asintió lentamente.

Marilyn comenzó la larga práctica de limpiarse ella misma.

—¿Y supongo que el juguete nunca será tuyo? —preguntó el Sr. Devereaux. Oscar se sintió ridículo al escucharlo en esos términos, algo que difícilmente debería estar causando la desesperación de un niño de doce años.

—Ni siquiera es tan especial —mintió Oscar.

—Ah, pero el juguete es sólo el tallo que rompe el suelo —dijo Devereaux, y Oscar levantó la vista de sus pies para mirar a los ojos del anciano. Podría haber estado cayendo en uno de sus lapsos.

Pero Oscar se sorprendió al ver al Sr. Devereaux mirándolo directamente—: La razón del deseo es lo que hay debajo. Es el suelo el que alimenta el deseo.

El Sr. Devereaux se inclinó un poco más hacia Oscar, presionando su brazo venoso contra la barandilla lo suficiente como para poner nervioso a Oscar.

—Creo que has labrado bastante tierra en tus pocos años en este mundo —dijo—. Tantas ganas… pero nunca has podido arrancar del suelo los frutos de tu trabajo, ¿verdad?

Oscar nunca fue bueno para cultivar cosas. Mató todas las plantas que intentó regar, todos los peces que intentó criar.

—No creo que lo sepa —comenzó, pero el señor Devereaux no lo dejó terminar.

—Los mejores cultivadores son los que saben cuándo es el momento adecuado para recoger la cosecha —dijo, y Oscar lo estaba intentando, realmente lo estaba, pero el Sr. Devereaux lo estaba perdiendo rápidamente.

—Señor. D., es muy agradable intentar–.

—Ugh —el Sr. Devereaux gimió como si algo le doliera.

Se apartó de su posición contra la barandilla y arqueó la espalda. Oscar pudo oír algo en el interior de los desvencijados huesos del hombre. Marilyn detuvo su baño el tiempo suficiente para asegurarse de que el señor Devereaux estuviera bien.

—Un cultivador, tal vez, pero un pensador no eres —le dijo Devereaux a Oscar—. A veces tienes que saber cuándo hacerlo, incluso cuando no parece posible.

Oscar miró al señor Devereaux.

—¡Deja de sentarte aquí y ve a buscar tu preciado juguete! —gritó el Sr. Devereaux, su garganta flemática se atascó con las palabras, y comenzó a toser. Marilyn se envolvió en una bola apretada en su silla.

El nuevo asistente apareció de la nada, de pie en la puerta pero reacio a caminar más cerca.

—¿Está todo bien, Sr. Dev–?

—¡No, no todo está bien, tonto hurón! Ve y tráeme un vaso de agua, por el amor de–.

El asistente se escabulló, pero Oscar no parecía poder levantarse de su silla. Estaba congelado en su lugar, contemplando la profecía que había recibido en una bruma de pelo de gato y desinfectante.

—¿Qué? ¿No crees que parece un hurón? Nadie debería tener una cara tan pequeña —le dijo Devereaux a Oscar.

—¿Pero y si se agota en todas partes? —dijo Oscar, su cerebro finalmente volvió a estar en línea.

—¿No tienen Internet los jóvenes? ¿O los teléfonos de tu computadora o i-whatzits? Alguien debe tener el estúpido juguete en alguna parte —dijo el Sr. Devereaux, tosiendo un poco más de flema—. El punto es, dejar de labrar. Es hora de elegir.

El asistente regresó con una pequeña taza amarilla, y el señor Devereaux se la quitó bruscamente antes de ponerse de lado, de espaldas a él ya Oscar.

Marilyn asomó una oreja para asegurarse de que todo estaba bien antes de volver a acomodarse.

En el espacio de cinco segundos, el Sr. Devereaux roncaba ruidosamente, sus costillas subían y bajaban dentro de su pijama raído.

—Parece que lo ayudaste —le dijo el asistente a Oscar mientras salían arrastrando los pies por la puerta, cerrándola detrás de ellos—. Eres mi héroe.

Oscar se sintió mareado cuando regresó a la recepción. Su madre se apresuraba por el pasillo con tres ayudantes a cuestas, cada uno siguiéndola como patitos luchando por mantenerse al día.

—Eres un alma buena —le dijo su madre a Oscar sin levantar la vista de su portapapeles. Sin embargo, Oscar sabía que lo decía en serio. Ella estaba ocupada.

—Él llama hurón al nuevo asistente —dijo Oscar.

Su madre se encogió de hombros y murmuró algo sobre una cara pequeña.

—Como sea, les dije a Raj e Isaac que me reuniría con ellos —dijo Oscar, echándose la mochila al hombro.

—¿Oh? ¿Harán algo divertido? —preguntó, todavía absorta en su papeleo. Uno de los enfermeros estaba tratando de llamar su atención.

Oscar miró fijamente la parte superior de la cabeza de su madre, la raya gris que iba desde su mechón hasta su coronilla de repente parecía más grande, como si la edad se hubiera derramado sobre su cabeza mientras dormía una noche.

—No. Nada especial.

Ella tomó su barbilla suavemente en su palma, finalmente miró hacia arriba, y Oscar le devolvió la sonrisa porque ella siempre estaba esforzándose al máximo. Ella siempre lo había hecho.

Giró sobre sus talones hacia las puertas.

—Oh, Oscar, ¿puedes comprar un poco de yog–?

—¡Lo siento mamá! ¡Tengo que correr! —dijo Oscar mientras huía del vestíbulo y regresaba a la seguridad del vestíbulo. Casi había salido por la puerta cuando Irvin, todavía inclinando la cabeza a lo que sea que sonaba en sus oídos, gritó por encima de la música.

—¡Tienes un mensaje!

—¿Eh? —dijo Oscar.

—¿Qué? —dijo Irvin, luego se colocó los auriculares alrededor de su cuello—. Tienes un mensaje. Es breve, ¿cómo se llamaba? Isaac.

—¿Me llamó aquí? —preguntó Oscar, completamente confundido. No recordaba ni una sola vez que sus amigos hubieran intentado comunicarse con él aquí, a pesar de que parecía que pasaba tanto tiempo en Royal Oaks como en su propia casa. En todo caso, a veces Raj o Isaac esperaban a que Oscar terminara de ayudar a su madre, perdiendo el tiempo en el vestíbulo mientras Irvin los ignoraba.

—Dijo que tienes que encontrarte con ellos en el centro comercial.

—¿El centro comercial? ¿No es Toy Box? Espera, ¿Hace cuánto llamaron? —preguntó Oscar, lo que llamó la atención de Irvin.

—Bueno, déjame ver el servicio de mensajería —le dijo, alcanzando un bloc de notas imaginario.

—Lo siento, es sólo–.

—Hace diez minutos tal vez —dijo Irvin, suavizándose.

Diez minutos. Si le toma veinte en el autobús, otros diez para caminar desde la parada del autobús hasta el centro comercial, todavía podría haber tiempo para llegar antes de que cierren.

—¡Me tengo que ir!

—Diviértete… meh, lo que sea —dijo Irvin mientras se tapaba los oídos con los auriculares, las puertas ya se cerraban detrás de Oscar.

Oscar bailó alrededor de la parada de autobús como si tuviera que orinar, inclinándose en la acera hacia la calle para ver si podía ver la marquesina en cada autobús que pasaba. Los conductores le tocaron la bocina para apartarlo del camino, pero él apenas los notó.

Finalmente, llegó el autobús número 56, reduciendo la velocidad hasta una parada angustiosamente larga y suspirando para encontrarse con la acera. Sólo había espacio para estar de pie, y Oscar sintió una furia irracional hacia cualquiera que se atreviera a tirar del cordón. Parecía que no había un tramo de dos cuadras en el que no se detuvieran para dejar que alguien entrara o saliera, por lo que estaba a punto de estallar de impaciencia.

Cuando finalmente llegó la parada del centro comercial, estaba tan ansioso por bajarse que casi se olvidó de tirar del cable por sí mismo.

—¡Pare, pare, aquí! —le gritó al conductor, quien refunfuñó algo acerca de no ser su chofer personal. Oscar gritó una rápida disculpa por encima del hombro mientras lo reservaba a través de la espesa arboleda de eucaliptos que definitivamente eran propiedad privada de alguien para llegar a la entrada este del centro comercial, la más cercana al Emporium.

El Emporium casi había cerrado en tres ocasiones diferentes, siempre estando al borde de la bancarrota, siempre rescatado en el último minuto por algún misterioso financiero que, según los nuevos presentadores de la transmisión nocturna, no podía soportar ver a otro negocio independiente sucumbir a una de las grandes cadenas de jugueterías. Podría haber sido un acto de caridad si el Emporium no fuera sido tan asqueroso.

Oscar estaba bastante seguro de que el lugar nunca había sido fregado. Misteriosas salpicaduras se alineaban en los zócalos alrededor de la cavernosa tienda, ni una sola mancha se movía. El propio Oscar había hecho una de esas manchas cuando tenía once años, vomitando un gran sorbo verde radiante justo en frente de la exhibición de la pelota de playa. Aunque trató de no mirar, cada vez que entraba en el Emporium, veía las reveladoras motas verdes que nunca habían sido limpiadas completamente de la pared del fondo.

La tienda parecía estar siempre medio iluminada, las luces fluorescentes en lo alto zumbaban y parpadeaban como si les molestara estar encendidas. Pero quizás la parte más deprimente del Emporium eran sus estantes perpetuamente vacíos. Llevarían tal vez un puñado de los juguetes realmente buenos que todos clamaban por ese año, pero el resto de la tienda cavernosa estaba ocupada por exhibiciones medio vacías de muñecas genéricas polvorientas, muñecos de acción y juegos a los que padres que también habían llegado tarde o estaban demasiado arruinados tenían que recurrir. Oscar sabía a ciencia cierta que su madre se había detenido en el Emporium más de un par de veces, siempre al final de su turno de noche, buscando el facsímil más cercano a un juguete de marca que su pequeño cheque de pago pudiera comprar. Oscar nunca la dejó ver su decepción.

Pero el Emporium era la única tienda de juguetes ubicada en el centro comercial; todo el resto de la ciudad eran las grandes tiendas independientes. Si Isaac le estaba diciendo que se reuniera con ellos ahí, debían saber algo que todos los demás en todo el pueblo no sabían.

Sólo que ese no pareció ser el caso una vez que abrió la puerta de la entrada este. Incluso desde muy lejos, pudo ver una fila de personas que se retorcían tratando de meterse en el Emporium. Hubo más tráfico peatonal del que probablemente vio la tienda en un año.

Oscar redujo la velocidad a un paseo mientras se acercaba a la multitud con cautela, desconcertado por la vista de tanta gente empujando para entrar en el Emporium de todos los lugares.

Efectivamente, ahí, en la caja registradora junto a la puerta, un solo adolescente petrificado fallaba espectacularmente al instar a la gente a ser

paciente. El pobre probablemente no tenía ni idea de lo que le esperaba ese día para su turno.

—¡Oscar!

Oscar buscó a Isaac entre la multitud, pero como Irvin le había recordado menos de una hora antes, Isaac era el más bajo. Era bastante difícil de encontrar en una multitud con ese tamaño.

—¡Aquí!

Esa vez, era Raj, y finalmente, después de barrer a la multitud que empujaba tres veces, Oscar vio a su amigo saltando sobre las cabezas circundantes. No estaba tan lejos del frente de la fila, lo que tenía que significar que de alguna manera obtuvieron un puesto.

Oscar se abrió paso entre un grupo de clientes enojados.

—Oye, hay un sistema aquí, chico —gruñó un tipo, y Oscar tuvo que ocultar su risa porque… ¿en serio? ¿Este era un sistema?

Oscar esquivó un par de quejas más antes de llegar finalmente a Raj e Isaac, con este último de puntillas tratando de ver qué tan lejos estaban del frente.

—Amigo, probamos Toy Box, Marbles y ese lugar en Twenty-Third y San John —dijo Raj, yendo directamente al grano.

—Incluso fuimos a ese extraño lugar orgánico en Fifth Street que sólo vende juguetes de madera —dijo Isaac.

—Si alguna vez lo tuvieron, se agotaron en cinco minutos —dijo Raj.

—¿Pero el Emporium los tiene? —preguntó Oscar, todavía incrédulo. En realidad, no había visto a nadie irse con uno, y para él era ver para creer.

—No en los estantes —dijo Raj, llegando a la parte buena—. Vimos a Thad fuera de Rockets, y él estaba sosteniendo una gran bolsa Emporium, así que sabíamos que algo tenía que suceder. No quería, pero nos mostró.

—Bueno, nos mostró la parte superior de la caja, pero definitivamente tenía uno. Él estaba todo engreído al respecto —dijo Isaac—. Supongo que su hermana está saliendo con el subdirector de aquí, y él dijo que tenían

un pequeño inventario de ellos, pero que el director no los estaba guardando.

—Probablemente quería venderlos él mismo en línea —dijo Raj—. Imbécil.

—Supongo que se corrió la voz —dijo Oscar, mirando a la multitud que miraba a todos los demás. Nadie quería ser el primero en la fila en escuchar—: Acabamos de vender el último.

La multitud se levantó de repente, empujando a toda la cuasi-línea hacia adelante, y un rugido general de protesta estalló entre los clientes.

Isaac cayó contra Oscar, quien cayó contra la dama frente a él, quien se quejó más fuerte que el resto.

—Te cuidado —dijo, volteándose sólo a medias para lanzarle a Oscar una mirada fea.

La secretaria. Sra. Bestia. La de cinco sobrinos.

—Oh no —susurró Oscar—. ¡Ella los va a terminar! —les siseó a Raj e Isaac.

—No puede. El límite es uno por cliente —le respondió Raj—. No te preocupes, tengo un buen presentimiento.

—Oh, bueno, si tienes un presentimiento —Oscar puso los ojos en blanco, pero en secreto estaba agradecido por el optimismo de Raj. No es como si Oscar tuviera algo propio que ofrecer. La charla de ánimo del Sr. Devereaux sobre la cosecha era un recuerdo lejano.

Después de que había pasado un eón, la fila avanzó lentamente y la secretaria de la escuela de niños era la siguiente.

—¿Qué quieres decir con limitar uno por persona?

—Lo siento, señora, esa es la regla —dijo el empleado, luciendo como si estuviera a unos segundos de un colapso.

—¿De quién es la regla?

—De mi gerente, señora —dijo, y la fila detrás de ellos suspiró con fuerza.

—¿No ha estado escuchando, señora? Ya lo ha dicho cientos de veces —gruñó un tipo lo suficientemente desafortunado como para estar apretado contra el estante más cercano a la puerta.

—Bueno, ¿qué se supone que debo decirles a mis sobrinos? —preguntó la Sra. Bestia, igualando el mal humor del tipo.

—¿Qué tal si les dices, oh, no sé, que el límite era uno por persona? —respondió el tipo, y Oscar tuvo que admirar su coraje. Nadie en la escuela se había atrevido a hablar con la secretaria de esa manera.

—Señora —interrumpió el empleado— puedo venderle uno, o tendrá que pasar el siguiente.

La secretaria le dio una mirada que Oscar estaba bastante seguro de que podría derretir cerebros humanos.

—Quiero decir, eh, ¿le parece bien? —dijo, pero ya era demasiado tarde.

La Sra. Beastly golpeó su bolso gigante en el mostrador y resopló mientras contaba su dinero en efectivo, luego lo cambió por un glorioso Plushtrap Chaser.

Era la primera vez que Oscar veía uno en persona… o relleno, o lo que sea.

Incluso desde detrás de la ventana de celofán de la caja, la cosa se veía perfectamente aterradora. Sus ojos de plástico sobresalían de las cuencas oculares aún más anchas, lo que hacía que la cara pareciera esquelética. La boca colgaba abierta para revelar líneas de inquietantemente puntiagudos dientes caninos. Con el juguete de casi un metro de altura, el empleado tuvo que ponerse de puntillas para sacar la caja del mostrador y llevarla a las manos de la secretaria, y ella ahuyentó la bolsa de plástico que él le ofreció, decididamente terminada con toda esta transacción. Se alejó enojada, docenas de ojos siguieron su compra por la puerta antes de regresar su atención al guardián del tesoro.

La multitud se abalanzó hacia adelante, pero no fue necesario. Oscar, Raj e Isaac prácticamente gateaban sobre el mostrador.

—¡Un Plushtrap Chaser, por favor! —dijo Oscar sin aliento—. Si sólo queda uno, podemos dividirlo. —Los chicos se metieron las manos en los

bolsillos para juntar su dinero, un compromiso que ni siquiera habían necesitado discutir. Si un Plushtrap era todo lo que podían conseguir, entonces tendrían que compartirlo, uno para todos y esas cosas. Entendían cómo funcionaba la escasez.

—Lo siento —dijo el tipo detrás del mostrador, pero no parecía más apenado que aterrorizado.

—¿A qué se refieres con "perdón"? —peguntó Oscar, pero en algún nivel ya lo sabía.

—No… nononononononono —Isaac negó con la cabeza—. No lo diga.

El empleado tragó, con su nuez subiendo y bajando por su cuello.

—Están agotados.

La multitud estalló en protesta, y ya sea que estuviera consciente o no, el empleado se agarró al mostrador como si esperara que el piso se cayera debajo de él.

—No puede ser —dijo Raj, pero Oscar apenas podía oírlo por encima del rugido de los clientes enojados. Miró a Oscar como si le suplicara que mintiera y le dijera que todo era sólo una broma. Había suficiente para ellos. No se irían con las manos vacías.

No era posible que Oscar hubiera llegado tan lejos para esto. Miró el rostro petrificado del empleado. ¿Qué razón tendría para mentir ahora? Más que eso, ¿qué razón tendría para enfurecer a una multitud que ya está al borde de la revuelta?

La semilla de la decepción estaba brotando sus raíces en el estómago de Oscar mientras la escena que tenía ante él se desarrollaba en cámara lenta. Se imaginó a sí mismo alejándose con Raj e Isaac, dando vueltas por el centro comercial y arrastrando los pies de regreso a la parada del autobús, incapaz de encontrar las palabras para expresar este tipo particular de decepción. Incapaz de describir cómo no era por el Plushtrap Chaser, no realmente. Era la confirmación de que personas como él no tenían la intención de esperar cosas.

Mientras el empleado permanecía de pie con las manos en alto, como si sus palmas temblorosas pudieran consolar de alguna manera a las masas enojadas, Oscar se acercó al mostrador y trató de procesar otra

decepción. Se sintió aislado de la escena que lo rodeaba… hasta que unas pocas palabras intrigantes desviaron su atención de las estridentes protestas de la multitud y las débiles respuestas del empleado.

—… llama… a la policía —dijo una voz de mujer.

—¿Quién… regreso? —preguntó la voz áspera de un hombre.

—… real —dijo una voz chillona de adolescente.

—¿… humano? —preguntó la mujer.

Oscar pasó poco a poco más allá del mostrador y miró alrededor de algunas pilas de cajas de cartón. Un poco más allá de las cajas, tres empleados se agruparon alrededor de algo que no pudo ver.

Aunque en su mayoría estaban de espaldas a Oscar, ahora estaba lo suficientemente lejos de la multitud como para escuchar a los empleados discutir lo que sea que estuvieran mirando.

—No hay duda de eso. Se ven… reales —dijo un miembro del personal adolescente mientras se inclinaba sobre la cosa.

—Seguro que no son del fabricante —dijo un hombre con aspereza, a quien Oscar supuso que era el gerente codicioso, a juzgar por su tono autoritario.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó un tercer empleado, con su cola de caballo baja colgando sobre su hombro mientras se arrodillaba junto a los adolescentes—. ¿Alguien miró este antes de que se vendiera?

—Alguien se habría dado cuenta, ¿no es así? —preguntó el adolescente.

—Sigo pensando que deberíamos llamar a la policía —dijo la mujer de la cola de caballo, bajando la voz de modo que Oscar tuvo que esforzarse para escucharla.

—¿Y decir qué? —preguntó el adolescente—. “Creemos que tenemos una situación aquí. Mire, alguien devolvió un juguete y, historia divertida, ¡ahora el juguete se ve demasiado realista! ¡Ayuda, oficial, ayuda!”

—¡Mantén baja tu voz! —regañó el quizás-gerente.

—Quiero decir, en realidad no pueden ser reales, ¿verdad? —preguntó la mujer.

Los otros dos no dijeron nada, y como si fuera una señal, los tres se alejaron de lo que estaban rodeando, y Oscar finalmente pudo ver lo que estaban examinando.

Ahí, encima de una pequeña mesa de trabajo, había una caja destrozada que parecía haber sido rescatada de un compactador de basura. Su ventana de celofán estaba sucia, con marcas blancas de arrugas extendidas como venas por el frente. Las esquinas de la caja estaban blandas y gastadas, y la solapa superior estaba unida por una tira de cinta de embalaje. Pero incluso a pesar de todo este daño, Oscar pudo ver una cabeza verde y ojos saltones.

¡Un Plushtrap Chaser de felpa!

Más allá de Oscar, la infelicidad de la multitud se convirtió en un rugido y el empleado apareció de repente detrás de los palcos. No se dio cuenta de Oscar. Estaba demasiado asustado.

—¡Ayuda! —gritó a los demás empleados—. ¡Están enfurecidos!

Antes de que se dirigieran, Oscar se deslizó alrededor de las cajas. Sin escuchar más a los empleados, corrió hacia sus amigos, que todavía estaban presionados contra el mostrador.

La mujer apareció junto a la caja registradora, el empleado estaba presa del pánico. La etiqueta con su nombre decía que era "Tonya, Subgerente".

—Lo siento mucho —dijo Tonya— pero el juguete Plushtrap ya no está disponible.

—No, no lo cierto —dijo Oscar, en voz demasiado baja al principio, era imposible escuchar entre la multitud tumultuosa.

Cuando Tonya no respondió, gritó—: ¡Oiga!

Ella se dirigió hacia él, con sus ojos oscuros intensos.

—¿Qué? —chasqueó.

—Tienen uno ahí atrás —Acusó. Señaló donde sabía que el Plushtrap Chaser estaba detrás de las pilas de cajas.

Tonya lanzó otra mirada a la multitud, luego miró en la dirección que apuntaba Oscar. Ella miró de esa manera demasiado tiempo, luego miró a Oscar como si de repente fueran las únicas dos personas en la tienda.

—Ese está dañado —dijo.

—Me parece que está bien —mintió Oscar, presionando su suerte. No estaba seguro de qué habían estado hablando Tonya y los otros empleados, pero era lo suficientemente inteligente como para saber que algo extraño le sucedió al Plushtrap Chaser devuelto. Sin embargo, no le importaba. Su necesidad del juguete lo consumía todo.

—No está bien, chico. Es… um, defectuoso —Tonya se cruzó de brazos mirándolo—. Créeme, no quieres ese.

—Pero–.

—¡No está a la venta! —dijo Tonya con los dientes apretados antes de gritar a la multitud—: Amigos, lo siento, ¿de acuerdo? ¡Estoy segura de que tendremos más en algún momento!

Luego se quejó para sí misma—: Será mejor que lo hagamos.

—¿Cuándo será eso? —exigió una mujer con una camisa que decía MANTENGA LA CALMA Y BAILE.

—Yo no–.

—¿Qué se supone que debo decirle a mi hija? —preguntó un chico de traje y corbata.

—Señor, debe–.

—¡Su empleado dijo que tenía Plushtraps para todos! —gritó una dama tan cerca de Oscar que en su oído sonó con un eco agudo.

—Dudo que haya dicho–.

La multitud estaba al borde del motín, pero Oscar apenas los registró.

—Será mejor que salgamos de aquí —dijo Isaac.

—No es un chiste —dijo Raj—. Mi mamá me arrastró una vez a una venta de sábanas. Cuando se acabaron, vi a esta mujer morder a alguien. Estaba en busca de sangre.

Isaac miró a Raj con horror.

—No quiero que me muerdan.

Pero Oscar seguía escuchando a medias.

—No me importa si está dañado. Lo compraré de todos modos —le dijo a Tonya, pero la multitud era demasiado ruidosa para que ella lo oyera. Estaba desenrollando el cable del intercomunicador.

—¡Gente, por favor cálmense! —gritó en el micrófono mientras la retroalimentación perforaba el aire, haciendo que todos hicieran una pausa por un momento para taparse los oídos.

Pero eso sólo pareció irritarlos más, y pronto los clientes comenzaron a asaltar e inundar la tienda, arrancando juguetes de los estantes mientras buscaban Plushtrap Chasers ocultos como si estuvieran en una especie de demente búsqueda de huevos de Pascua.

—Llamaré a seguridad —gritó Tonya, luego cambió el micrófono por el receptor bronceado debajo de la caja registradora—. No me pagan lo suficiente.

—Oh vamos, compraremos el que tienes ahí atrás —insistió Oscar. Era demasiado, la idea de irse después de estar tan cerca. No podía soportarlo.

—¡Piérdete, chico! —gritó Tonya por encima del hombro antes de presionar el auricular contra su oído—. ¿Dónde está el Sr. Stanley? Dile que necesito ayuda aquí —dijo por teléfono.

Entonces Tonya le dio la espalda al mostrador.

Oscar no pensó.

Si hubiera estado pensando, nunca habría corrido alrededor del mostrador y detrás de las pilas de cajas. Nunca habría empujado a un lado al empleado adolescente y al quizás-gerente que estaban boquiabiertos ante la arrugada caja de un metro que se interponía entre ellos. Seguro que no habría agarrado la caja. No la habría levantado, golpeando accidentalmente al empleado adolescente en la barbilla mientras el empleado y Tonya le gritaban a Oscar que se detuviera, que esperara, que lo dejara. Si hubiera estado pensando, Oscar habría respondido a Raj e

Isaac cuando de repente aparecieron a su lado, preguntándole qué diablos estaba haciendo.

En ese momento, lo único que rebotó en la cabeza de Oscar fueron las palabras del Sr. Devereaux: *«El punto es, deja de labrar. Es hora de elegir».*

Oscar arrojó el montón de dinero en efectivo acumulado encima de la mesa de trabajo. Apretó la caja larga y estrecha contra su pecho, se dio la vuelta y corrió alrededor del mostrador. Luego dejó caer el hombro para abrirse paso entre la multitud que apenas se percató de él, comprometidos en su propio caos.

—¡Para! ¡PARA! —gritaron los empleados, pero Oscar ya estaba en la puerta principal del Emporium, que de repente quedó despejada ahora que la multitud se había mudado al interior.

—Amigo, ¿qué estás haciendo? —llamó Raj, pero estaba casi al lado de Oscar, por lo que estaba claro que fuera lo que fuera lo que estaba haciendo, no lo hacía solo. Oscar podía escuchar las cortas piernas de Isaac trabajando el doble para mantenerse detrás de ellos.

El empleado gritó, todavía demasiado cerca de Oscar para estar cómodamente lejos—: Se lo llevaron. ¡Lo robaron!

—¡Detente! —gritó otra voz, y esta de alguna manera sonó más autoritaria.

—¡Oh hombre, es seguridad! —jadeó Isaac y, de repente, era más rápido que Oscar y Raj, corrió delante de ellos y abrió el camino para salir del centro comercial, con la entrada este ahora a la vista.

—Estamos muertos —dijo Raj, pero seguía el ritmo de Oscar—. Estamos tan increíblemente muertos.

Oscar no pudo decir nada. Apenas podía procesar lo que estaba haciendo su cuerpo. Su mente había abandonado completamente el edificio.

De repente, Isaac se desvió, y Oscar sólo tardó un segundo en ver por qué. Saliendo de la entrada de un baño a la derecha, había un confuso guardia de seguridad del centro comercial subiéndose los pantalones, mirando la escena frente a él desarrollarse con lento reconocimiento del problema.

Oscar y Raj lo pasaron a toda velocidad justo cuando el guardia detrás de ellos gritaba—: ¡Detenlos!

La entrada este brillaba adelante como un faro de seguridad, e Isaac irrumpió por la puerta primero, sosteniéndola mientras balanceaba su brazo hacia Oscar y Raj.

—¡De prisa, de prisa, de prisa!

Oscar y Raj corrieron a través, y los chicos corrieron como una flecha a toda velocidad, Isaac a la cabeza, mientras giraban a la derecha hacia el bosquecillo privado de eucaliptos, pero el estacionamiento era una gran extensión de obstáculos frente a los árboles.

Isaac vaciló, y Oscar tomó la delantera, esquivando minivans y SUV como si estuvieran jugando un juego de árcade humano, los obstáculos en uniformes de seguridad probablemente saldrían de cada esquina.

Excepto que todavía eran sólo las dos voces que Oscar podía escuchar detrás de ellos, y cuando se aventuró a mirar brevemente por encima del hombro, de hecho seguían siendo sólo dos, y al menos el de la puerta del baño parecía que estaba empezando a salir corriendo de vapor.

—Vamos… —resopló entre zancadas— ¡Atrás… aquí!

—¡Los estamos perdiendo, vamos! —dijo Oscar finalmente, su voz sonaba como la de otra persona. Era como si hubiera abandonado su cuerpo por completo, y este escapista criminal y ladrón se hubiera apoderado de él. No era Oscar. En este momento, no era nadie a quien reconociera.

—Ya casi llegamos —jadeó Raj, y todos supieron que se refería al bosque de eucaliptos. El aire mentolado estaba sobre ellos y el fuerte olor cubría el interior de los pulmones ardientes de Oscar.

—¡Eso es propiedad privada! —Oscar pudo oír los gritos del otro guardia de seguridad, pero ahora sonaba más lejos. Era casi como si se lo estuviera diciendo eso a sí mismo, no a Oscar, para no tener que perseguir a los chicos una vez que cruzaran la línea de árboles.

Oscar arrojó la caja por encima de la cerca y la siguió, cayendo al suelo y rodando entre las hojas que habían comenzado a caer ahora que el otoño estaba aquí. Isaac cayó sobre la cerca, seguido por Raj, y echaron un vistazo

colectivo más a través de los listones de la cerca para confirmar lo que Oscar ya sabía, los guardias de seguridad habían abandonado su persecución, dejándole tiempo para el más grande descanso, puso sus manos en sus rodillas mientras se inclinó, resoplando y escupiendo.

Sin embargo, los chicos no habían terminado de correr. Era propiedad privada, y tampoco deberían estar ahí, pero era más que eso. Estaba mal. Sabían que todo lo que acababan de hacer estaba mal. Especialmente lo que había hecho Oscar. En lugar de enfrentar eso, trató de dejarlo atrás.

Corrió todo el camino hasta su calle, incluso cuando Raj e Isaac le suplicaron que redujera la velocidad, que el peligro había pasado, que se estaba volviendo loco. Suplicaron enojados, de hecho, y Oscar supo que tal vez era porque los había metido en este lío. Él fue quien agarró el Plushtrap Chaser. Él había sido el que había corrido como si lo persiguiera un oso. Él había sido quien los había hecho decidir correr con él o dejarlo con su propia terrible decisión y todas sus consecuencias.

Cuando finalmente llegaron a la casa de Oscar, con los pulmones ardiendo y el cuello sudando, con sus piernas temblando lo suficientemente fuerte como para ser inútiles, se derrumbaron en el piso de la pequeña sala de Oscar, extendidos en un círculo alrededor de la caja de un metro de largo que estaba húmeda con transpirado y decorado con hojas muertas pegadas.

—Técnicamente, no fue un robo —dijo Oscar, primero para recuperar el aliento y posiblemente el ingenio.

—Eres un idiota —dijo Isaac, y lo decía en serio.

—Dejé nuestro dinero en el mostrador —dijo Oscar, pero sabía que era ridículo, y Raj subrayó ese hecho riendo sin alegría.

—Eres un idiota —dijo Isaac de nuevo, sólo para asegurarse de que se registró esta vez, y Oscar asintió.

—Sí, lo sé.

Esta vez todos se rieron entre dientes, ni siquiera era una risa, y ninguno de ellos lo dijo en serio, pero fue suficiente para que Oscar supiera que a pesar de que odiaban lo que hizo, no lo odiaban a él. Y además, ahora tenían un Plushtrap Chaser, sin importar cómo lo obtuvieron.

Pero ahora que podía recuperar el aliento, Oscar tuvo tiempo de reflexionar sobre la conversación silenciosa que había escuchado entre los empleados de Emporium. ¿Qué fue lo que dijeron? ¿Algo acerca de que las partes parecen demasiado reales? Era difícil ver por qué eso sería un problema. Cuanto más realista, mejor, ¿verdad?

Aun así, la forma en que todos se habían alejado del juguete… algo definitivamente no estaba bien al respecto.

Raj e Isaac se arrodillaron junto a él. Estaban mirando su Plushtrap Chaser obtenido ilegalmente.

Raj miró a Oscar.

—¿Lo vamos a abrir?

¿Realmente eran ellos? Habían llegado tan lejos. ¿Oscar realmente iba a permitir que algunos empleados descontentos de la juguetería más triste del mundo lo alejaran del Plushtrap Chaser ahora? ¿Después de que finalmente se apoderó de él? ¿Después de que finalmente hubiera arrancado los frutos de todos sus trabajos?

—Amigo, ¿abriremos esto o no? —preguntó Raj.

—Está bien —respondió Oscar—. Veamos qué puede hacer esta bestia.

Tuvo que hacer algo para sacar la cosa de su caja. El estuche de plástico moldeado que debería haber formado una capa protectora sobre el juguete había sido aplastada junto con el resto del empaque, y ahora era casi una con el juguete en sí, el plástico estaba encajado en cada articulación de los brazos y piernas del conejo. Las ataduras que lo sujetaban al molde se habían doblado en nudos duros que debían desenrollarse con cuidado. Y entre las letras marcadas manchadas y gastadas, las instrucciones eran esencialmente ilegibles.

Una vez que los chicos finalmente lo sacaron de su empaque, Oscar colocó el Plushtrap Chaser sobre sus pies de gran tamaño y enderezó las articulaciones de las rodillas para estabilizarlo. El juguete era relativamente liviano considerando la maquinaria que tenía que estar dentro. Las partes más pesadas del conejo eran sus patas (presumiblemente para facilitar el movimiento y el equilibrio) y la cabeza (presumiblemente para facilitar la masticación).

—No sé por qué, pero no es exactamente como lo había imaginado —dijo Raj.

Oscar e Isaac estaban callados, lo que significaba un acuerdo silencioso, aunque reacio. Sin embargo, no lo decían en serio. Oscar había recibido juguetes ligeramente dañados o reacondicionados, el subproducto de tener más deseos que dinero. Y aunque Raj e Isaac podían pagar más, ellos nunca pusieron eso sobre su cabeza.

Era más como si nada pudiera estar a la altura de la publicidad que había precedido al lanzamiento de este juguete que, seamos sinceros, no hacía gran cosa. Corría… rápido. Y masticaba… rápido. La simplicidad, la sencillez de su funcionalidad, había atraído a Oscar, pero más que eso, necesitaba el Plushtrap. Era lo que todos tendrían ese año. Era lo que sólo los desafortunados, los que constantemente pasaban por alto, tendrían que prescindir. Oscar no podría volver a ser ese niño. Simplemente no podía.

—Um, ¿soy sólo yo o los dientes se ven mal? —Isaac señaló los dientes rectos, ligeramente amarillos, de aspecto humano que eran visibles a través de la boca parcialmente abierta de Plushtrap.

—No hay duda de eso. Se ven… reales.

Oscar tuvo que admitir que los dientes se veían un poco fuera de lugar, definitivamente no eran como los que había visto en los anuncios o en el que vio comprar a la Sra. Bestia.

—Sí, no son puntiagudos —dijo Raj—. ¿Por qué no lo son?

Oscar no ofreció nada como voluntario.

—No son puntiagudos, pero son espeluznantes —dijo Isaac—. Se ven —tragó— humanos.

—Sí —dijo Raj—. Se ve… extraño.

—¿Y qué pasa con los ojos? —preguntó Isaac. Extendió la mano y tocó uno de los ojos verdes nublados—. ¡Ew! —echó la mano hacia atrás y movió el dedo—. ¡Es blando!

No había cómo negarlo. Lo que fuera que estuviera mal con los dientes y los ojos de este Plushtrap Chaser era definitivamente lo que los empleados estaban discutiendo en la parte trasera de la tienda.

«Sin embargo», pensó Oscar, «no hay forma de que las partes sean reales».

Ahora, había visto el globo ocular cuando Isaac lo tocó. Hubo una mínima deformación, como si hubiera presionado una uva pelada. No hubo golpes de su uña como debería haber sido en plástico duro.

Y luego estaban los dientes…

—Por eso están tan asustados —murmuró Oscar, y sólo se dio cuenta de que había dicho eso último en voz alta cuando Raj e Isaac se movieron para mirarlo.

«Este es mi castigo», pensó Oscar. «Esto es lo que me pasa por ser un idiota y robar este estúpido juguete».

—Está bien, entonces tengo que decir algo que escuché en la tienda —dijo Oscar al final de un largo y dolorido suspiro.

—¿Escuchaste algo ahí? —preguntó Isaac, enfocándose en la pregunta equivocada.

Oscar negó con la cabeza.

—Cerca de la trastienda. Los empleados… estaban todos parados alrededor de la caja hablando sobre cómo la habían devuelto y cómo deberían llamar a la policía porque…

—¡Porque los ojos y los dientes son HUMANOS! —espetó Raj, como si sus imaginaciones mórbidas más salvajes se hubieran hecho realidad.

—Uh, sí —respondió Oscar—. Supongo que cuando lo dices en voz alta, suena un poco ridículo.

—Sí, completamente ridículo —dijo Raj, mirando al Plushtrap Chaser.

—Totalmente —dijo Isaac, alejándose un par de centímetros del juguete.

—Quiero decir… no es como si ninguno de nosotros pudiera ver uno de cerca —razonó Oscar—. Probablemente todos se vean así–.

—¿De pesadilla? —adivinó Isaac.

Raj dirigió su mirada hacia Oscar.

—Te las arreglaste para robarnos el único Plushtrap Chaser que parece un híbrido mitad humano.

—Creo que sus ojos me están siguiendo —dijo Isaac.

—Quizás si lo vemos en acción, nos sentiremos mejor —dijo Oscar, tratando de reiniciar el entusiasmo de todos.

Raj se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Isaac se encogió de hombros también, pero luego mostró las instrucciones estropeadas.

—Creo que estamos solos.

—Veamos qué pueden hacer esos dientes humanos —dijo Raj.

Isaac se estremeció.

—Deja de llamarlos así.

Oscar intentó tirar de la barbilla de Plushtrap, pero la mandíbula no se movió. La boca sólo estaba lo suficientemente abierta para vislumbrar los dientes humanos, pero no se abriría más.

—Tal vez si empujas desde su nariz —dijo Raj, agarrando la mitad superior de la cara del conejo mientras Oscar seguía tirando de la mandíbula.

—Aquí, necesitas más palanca —dijo Isaac, tomando los bigotes del conejo en sus puños tirando.

—Amigo, le vas a arrancar la cara —dijo Oscar, y dejó de tirar demasiado rápido, haciendo que Raj e Isaac se balancearan sobre sus talones.

—Sólo necesitamos algo para abrirlo —dijo, trotando hacia la cocina para tomar un cuchillo de mantequilla del cajón. Cuando regresó, metió el extremo plano del cuchillo en la boca parcialmente abierta. Pero cuando presionó el cuchillo, el metal delgado cedió de repente y la punta del cuchillo se rompió dentro de la boca del conejo. El extremo puntiagudo parecía estar atorado en sus extraños dientes.

—Vaya —dijo Raj—. Dime que no le costó el mordisco al cuchillo.

Oscar lo miró, una vez más cansado de la lucha que traía el juguete. La recompensa de sus acciones era cada vez más difícil de alcanzar.

—No mordió el cuchillo, Raj. Lo rompí.

—Tal vez sólo necesita encenderse antes de que se abra —dijo Isaac, finalmente, uno de ellos estaba pensando con claridad.

Oscar y los chicos separaron el pelaje del lomo del conejo, buscando un interruptor que indicara que estaba apagado. Todo lo que encontraron fue una línea de velcro cerrada sobre un compartimiento de batería, con una batería rectangular de 9 voltios metida en su lugar. Debajo del compartimento de la batería había un patrón de pequeños agujeros.

—¿Eso es un altavoz? —preguntó Isaac—. Espera, ¿habla?

—No —respondió Raj—. No en ninguno de los anuncios. —Su frente se arrugó—. ¿Cómo suena un conejo?

—Caballeros, concéntrese. Estamos buscando el interruptor de encendido. Revisen sus patas —dijo Oscar, y efectivamente, cuando le dieron la vuelta, un pequeño interruptor negro señaló la posición de encendido.

—Okeeeey —dijo Isaac, y alcanzó el interruptor, lo apagó, lo encendió y lo apagó de nuevo.

—Tal vez necesite otra batería —intervino Raj, y eso parecía una razón tan buena como cualquier otra.

Oscar regresó a la cocina y rebuscó en el cajón de la basura, pasando bandas de goma y cupones de jugo de naranja hasta que encontró un paquete abierto de baterías de 9 voltios, con una en la caja.

—Prueba esta —dijo Oscar, apresurándose de regreso a la sala de estar.

Los chicos sacaron la batería existente de su lugar, raspando la pequeña costra blanca que había corroído el interior. Colocaron la batería nueva en el compartimento y cerraron la tapa.

Raj juntó las manos y se frotó.

—¡Eso es todo!

Oscar levantó al conejo y encendió el interruptor, pero el Plushtrap permaneció inactivo, con la boca bloqueada en una posición casi cerrada.

—¡Oh vamos! —se quejó Isaac, el estrés del día claramente comenzaba a tener efecto.

—Espera, espera —le dijo Oscar, haciendo todo lo posible por calmar la habitación. Estaba dando vueltas a la caja en sus manos, y ahí, en letras en negrita dentro de una explosión de prisioneros de guerra al estilo de un cómic, había un detalle:

¡PASEOS EN LA OSCURIDAD!

¡SE CONGELA EN LA LUZ!

—Chicos, sólo funciona cuando las luces están apagadas —dijo Oscar, y su corazón se llenó con la más mínima esperanza de que no todo estaba perdido.

—Oh —dijeron Raj e Isaac al unísono, como si tuviera perfecto sentido.

Por supuesto. De alguna manera, todos se las habían arreglado para olvidar este detalle crucial.

Los chicos se pusieron manos a la obra, cerraron las cortinas y apagaron las luces, rodeando al conejito en la mayor oscuridad posible. Pero todavía se filtraba suficiente luz del día a través de las cortinas para iluminar la decepción en sus rostros. El Plushtrap Chaser no perseguiría nada.

—Simplemente no está lo suficientemente oscuro todavía —dijo Isaac.

—Probablemente alguien tenga que hacerse cargo —ofreció Raj.

Pero cuando ni Isaac ni Raj presionaron para llevarse el Plushtrap a casa por la noche, la última esperanza de Oscar se evaporó, dejando su interior seco y agrietado. Fue como todo lo demás. Había tenido el descaro de pensar que algo bueno podría surgir en su camino. Incluso había hecho lo único que se juró a sí mismo, a su madre y a cualquiera cuya opinión le importara y que nunca haría: robar. Todo por una pequeña gota de lo que podría haber sido una probada, sólo una probada, de buena suerte.

Ahora se quedó sin un tercio de $ 79,99, sin un Plushtrap Chaser, y tal vez incluso al borde de perder a los dos amigos que se habían esforzado por él cuando su sed se había vuelto demasiado grande.

La mamá de Oscar llamó esa noche.

—¿Ha ocurrido algo emocionante hoy? —preguntó ella, la misma pregunta que siempre le hacía cuando estaba en el trabajo y él en casa, alimentándose de la cena y acostándose mientras ella trabajaba en el turno de noche y se ocupaba de los ancianos.

—Nada en absoluto —respondió, como siempre hacía. Sólo que esta vez, dolió mucho más decirlo porque parecía haber sucedido algo emocionante… y luego no fue así.

☆☆☆

Oscar se despertó con el olor a café como la mayoría de las mañanas. Su madre prácticamente vivía de eso. Cómo llegaba a casa a las tres de la mañana y se despertaba a las siete, Oscar nunca había podido averiguarlo.

Cuando rodó fuera de la cama, se sorprendió momentáneamente por los ojos pegajosos que nadaban en los huecos abiertos de una cara peluda verde. Realmente parecían humanos.

—Eh, hola —le dijo al Plushtrap. El conejo estaba firme junto a su cama, justo donde lo dejó anoche, con el pequeño fragmento de la punta de un cuchillo de mantequilla todavía atrapado entre dos de los incisivos visibles.

Pero al igual que ayer, no hizo absolutamente nada. No es que debiera, dada la luz del día que entraba a través de las finas cortinas detrás de la cama de Oscar. Era posible que se hubiera ido a la cama con la esperanza de que una noche en su habitación oscura cargara cualquier fuente de energía que los chicos no hubieran activado el día anterior. Sin embargo, era sólo otra estúpida esperanza.

Oscar se arrastró por el pasillo en sus pantalones de franela y besó a su madre en la mejilla como siempre lo hacía. Si Raj o Isaac lo veían hacer eso, nunca dejarían que lo olvidara, pero sabía lo que significaba para su madre y no le importaba mucho. Después de la muerte de su padre, Oscar tomó el hábito sin que su madre se lo pidiera. Cuando era demasiado bajo para alcanzar su cabeza, le había besado el codo y luego el hombro. Era sólo un

beso, apenas dado el beso metió los labios en la boca, decepcionar a su madre no era realmente una opción.

Después de que se sirvió un vaso de jugo y un tazón de hojuelas de azúcar, masticó como de costumbre hasta que finalmente miró hacia arriba y notó que su madre no le había dicho una palabra. Ella estaba mirando el periódico que todavía le entregaban todas las mañanas porque, como ella dijo, una suscripción era más barata que un plan de teléfono inteligente. No había mirado hacia arriba ni por un segundo.

Su estómago cayó instintivamente.

—¿Qué pasa? —preguntó, su voz sonó un poco más alta de lo habitual.

Su madre sorbió su café lentamente antes de apartar la taza de su boca, con la cabeza todavía gacha.

—Parece que hubo algún tipo de incidente en el centro comercial ayer por la tarde.

Oscar no pensó que fuera posible que su estómago se hundiera más, pero encontró una nueva profundidad a toda prisa.

—¿Ah sí? —dijo, metiéndose un montón de copos de azúcar en la boca y haciendo todo lo posible por no tirarlos de nuevo.

—Mmhhmm —dijo su mamá—. Aquí dice que el Emporium tuvo que llamar a seguridad y todo —tomó otro sorbo de café.

—Oh, vaya —dijo Oscar, llevándose a la boca más copos de azúcar a pesar de que no había terminado de masticar la primera cucharada.

—Todo por un estúpido juguete. Aparentemente, un par de niños incluso se llevaron uno durante la conmoción.

Entonces la mamá de Oscar miró hacia arriba, fijando sus ojos marrón oscuro en los de Oscar. La gente siempre les decía lo mucho que se parecían, con sus facciones suaves y ojos como el carbón.

—¿Puedes creerlo? —preguntó, y Oscar comprendió que estaba preguntando exactamente eso… si podía creerlo. Porque si supiera algo al respecto, cualquier cosa, no sería tan difícil de creer que fuera verdad.

—Irvin mencionó algo sobre ustedes yendo al centro comercial ayer —dijo, dándole a Oscar tantas oportunidades de no mentir. Había abierto todas las puertas a la verdad, invitando a Oscar a pasar, para ser honesto. Ella le estaba rogando que no la decepcionara.

Pero ya no era sólo la mentira lo que proteger. Oscar se había asegurado de eso cuando arrastró a Raj e Isaac con él. Entonces, tomó una decisión: decepcionar a su mamá para salvar a sus amigos.

—Debe haber sido después de que llegamos ahí —dijo Oscar. Luego se encogió de hombros. Un punto al final de la mentira.

La madre de Oscar lo miró fijamente durante tanto tiempo que pensó que tal vez podría disculparse sin decir una palabra. Esperaba que su mamá pudiera escucharlo. En cambio, finalmente soltó su mirada y apuró la última gota de café de su taza, dobló el papel sobre sí misma y lo arrojó a la papelera de reciclaje sin decir una palabra más.

Oscar nunca se había sentido más pequeño. Pasó el resto del día en casa, evitando las llamadas de Raj y fingiendo que no oyó a Isaac llamar a su puerta. En cambio, se acostó en la cama, mirando los ojos saltones del Plushtrap mientras le devolvía la mirada.

—Eres peor que inútil —le dijo. O tal vez se lo dijo a sí mismo.

☆☆☆

Los siguientes días pasaron como un borrón, y finalmente, Isaac y Raj lo arrinconaron en la cafetería.

—Mira, si estás poseído o algo, lo entenderemos, ¿de acuerdo? —dijo Isaac—. Sólo parpadea dos veces si necesitas ayuda.

—Vamos hombre. Si está atrapado ahí, permítenos ayudarte —dijo Raj, asintiendo con la cabeza con Isaac.

—No estoy poseído —dijo Oscar, pero no pudo obligarse a sonreír.

—Amigo, ¿esto es por el asunto de Plushtrap? —dijo Isaac, y Oscar pensó que era una forma divertida de referirse a un delito menor.

—No es sólo eso —respondió Oscar, y Raj e Isaac se callaron. Oscar pensó que probablemente lo entenderían. Habían sido amigos el tiempo

suficiente para que se dieran cuenta de que los zapatos de Oscar nunca tenían el logo correcto, que su mochila tenía que durar dos años escolares en lugar de uno.

—La tecnología de primera generación siempre es mala —dijo Raj—. Ahorraremos para la segunda generación. Nos dará la oportunidad de resolver todos los errores.

Isaac asintió y Oscar realmente se sintió mejor. No lo odiaban. Tenía una mamá y un Plushtrap, pero también tenía dos amigos. Las cosas estaban empezando a equilibrarse. Eso es probablemente lo que hizo que lo que tenía que decir a continuación fuera aún más difícil.

—Tengo que devolverlo.

Isaac se llevó la palma de la mano a la frente y Raj sólo cerró los ojos. Claramente, lo habían visto venir.

—¿Con esos ojos y esos dientes? —preguntó Raj—. Vamos, amigo, déjalo ir.

—No puedo. Mi mamá lo sabe.

Ambos miraron hacia arriba.

—¿Cómo estás vivo? —preguntó Isaac.

—Quiero decir, ella no dijo que lo sabe, pero lo sabe.

—¿De qué servirá? —preguntó Raj—. Está roto. Nuestro dinero ya se fue. ¿Y realmente deseas responder preguntas sobre esas, um, "actualizaciones"?

Raj e Isaac miraron a su alrededor para asegurarse de que nadie los hubiera escuchado. Oscar lo entendió. Ya era bastante malo reconocer el robo. Raj tenía razón; absolutamente no quería responder ninguna pregunta sobre los inquietantes ojos humanos y el conjunto de dientes a juego.

«Lo que todavía parece imposible», se dijo Oscar a sí mismo, a pesar de que no había reunido el valor para tocarle los ojos por sí mismo y juró que anoche, esos mismos ojos lo habían seguido a través de la habitación.

Sacudió el recuerdo.

—Ese no es el punto —dijo Oscar, y Raj e Isaac no pudieron decir nada porque sabían que era verdad.

No se trataba del dinero ni del juguete. Se trataba de haberlo tomado. Y Oscar no era un ladrón. Ninguno de ellos lo era.

—Ustedes no tienen que venir. Fui yo quien lo hizo.

Pero Raj e Isaac simplemente suspiraron y miraron sus zapatos, y Oscar supo ahí mismo que no estaría solo caminando hasta el centro comercial esa tarde. Sus amigos estarían ahí con él.

—Eres un idiota —le dijo Isaac.

—Lo sé.

☆☆☆

Por alguna razón, la caja se sintió más pesada en las manos de Oscar en el camino de regreso al centro comercial. Tal vez era por todo el dinero que habían invertido.

—¿Y si volvemos a ver a esos guardias de seguridad? —preguntó Isaac, y ellos se detuvieron justo afuera de las puertas de la entrada.

Raj negó con la cabeza.

—¿Qué van a hacer, arrestarnos por devolver lo que robamos?

—Buen punto —dijo Isaac, y comenzaron la caminata lenta hacia el Emporium.

Pero cuando llegaron, el Emporium no estaba.

—¿Qué? —susurró Oscar mientras leía y releía las grandes letras naranjas que iluminaban el lugar sobre las puertas de vidrio que solía ser amarillo. Ahora deletreaban PASILLO DE HALLOWEEN.

—¿Vinimos por la entrada equivocada? —preguntó Raj, pero todos sabían que no.

Cualquier duda que quedaba se disipó en el momento en que entraron por la puerta. El mismo piso manchado y mugriento se extendía a lo largo de la tienda, pero ahora, en lugar de estantes llenos de juguetes polvorientos y espacios oscuros, todo tipo de accesorios de Halloween se

derramaban de los estantes de metal. Había un pasillo para decoraciones y luces, otro para regalos de fiesta, dos para dulces y lo que parecía ser cinco o seis pasillos llenos de todo tipo de disfraces, desde asesinos hasta princesas brillantes.

—¿Caímos por un agujero de gusano o algo así? —preguntó Isaac, rascándose la nuca.

—Chicos, miren —Raj se rio entre dientes, sacando un disfraz verde de Plushtrap Chaser del perchero y sosteniéndolo contra él.

—¿Amigo, en serio? —dijo Isaac, arrancando el disfraz de las manos de Raj y volviéndolo a colocar.

Oscar se dirigió al mostrador en la parte delantera de la tienda, donde se había desarrollado el escenario del colapso de la humanidad hace ni siquiera una semana atrás.

—¿Dónde está el Emporium? —preguntó Oscar aturdido.

La chica detrás del mostrador usaba un par de antenas amarillas en largos resortes que rebotaban cuando miraba a Oscar desde su puesto.

—¿El qué?

—La tienda que estaba aquí antes.

—Oh, sí —dijo sin responder a la pregunta, y aparentemente sin importarle.

—¿A dónde fue? —preguntó Oscar.

—Ni idea —respondió la chica, volviendo centrar su atención a la pantalla de su teléfono—. Acabo de llenar la solicitud y puf —dijo, agitando la mano con pereza. — Yo estoy aquí.

—Pero tengo que devolver esto —dijo Oscar, sintiéndose de repente muy joven y pequeño al lado de esta chica mayor.

La chica volvió a mirarlo y sus ojos se abrieron lo suficiente como para saber que finalmente había llamado su atención. Sin embargo, duró sólo un segundo.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó, mirando su pantalla de nuevo—. ¿Por qué querrías devolverlo? Podrías vender esa cosa por una fortuna.

—Es que… no es mío —dijo Oscar, mirando hacia abajo. Cuando volvió a mirar hacia arriba, la chica había levantado la ceja más cercana a él.

—Así están las cosas ahora.

Oscar volvió a mirar la caja en sus manos, el cartón lucía más arrugado que nunca.

Cuando se reunió con Raj e Isaac, estaban completamente vestidos de hockey, máscaras y alas de duendecillo.

—Voy por un ambiente de hada asesina —dijo Raj.

—No puedo devolverlo —dijo Oscar, e Isaac y Raj se quitaron las máscaras.

—Bueno… nadie puede decir que no lo intentamos, ¿verdad? —dijo Raj.

—Tal vez sea lo mejor —intervino Isaac, pero no dijo nada más, por lo que Oscar sabía que no podía pensar en una razón.

☆☆☆

Diez minutos y tres juegos de alas de duendecillo y máscaras de hockey más tarde, los chicos regresaron a la casa de Oscar para idear un plan para pedir dulces. Cada año, prometían llegar al otro lado de las vías del tren, donde se rumoreaba que estaban los buenos dulces. Cada año, se les acababa el tiempo, distraídos por la falsa promesa de cosas buenas más cercanas.

—Caemos en la trampa cada vez —dijo Raj—. No este año. Este año, comenzamos en el otro lado de las pistas y luego caminamos de regreso.

Oscar e Isaac estuvieron de acuerdo. Era un buen plan.

Con el plan establecido, Raj e Isaac se sumergieron profundamente en un partido a muerte en el nuevo juego de consola de Raj, turnándose después de limpiar el sudor de la palma de los controles antes de cada turno.

—Vas a perder —dijo Raj, pero sus pulgares se atascaron furiosamente en los botones mientras Isaac se sentaba sonriendo.

—Siempre —respondió Isaac—. Lo dices todo el tiempo. Un día, simplemente tendrás que admitir–.

—No eres el campeón —dijo Raj, mientras se le formaban gotas de sudor en la frente.

Sin embargo, Oscar apenas prestaba atención. Estaba quitando la fuga restante de la batería del compartimento en la parte trasera del Plushtrap Chaser.

El viento se estaba levantando afuera, y parecía que la tormenta de la que habían estado parloteando las noticias durante la última semana finalmente iba a golpear. La electricidad seguía parpadeando, lo que sólo contribuía más a la racha perdedora de Raj.

—Vamos, no cuenta si se corta la luz —se quejó Raj.

—Yo no hago las reglas —le dijo Isaac, bastante presumido de su suerte.

Enfurecía aún más a Raj que el juego fuera suyo; también lo era la consola. Pero mayoría del tiempo la mantenían enchufada en casa de Oscar porque él era el único sin hermanos rogando por jugar. Sin embargo, Oscar no estaba interesado en los videojuegos en ese momento.

—Oscar, ayúdame aquí. Los cortes de luz justifican tener otro intento, ¿no es así? —preguntó Raj mientras esperaban a que volviera la energía. La luz del exterior se estaba apagando rápidamente.

—¿Mmm? —preguntó Oscar. Había intentado raspar el resto de la suciedad, cambiar la batería por una en el pequeño ventilador que estaba en la mesita de noche de su madre, incluso girar la batería para enfrentar la carga opuesta, con la esperanza de que tal vez fuera un defecto de fabricación. Sin embargo, nada impulsaba al Plushtrap Chaser.

—¿Por qué sigues jugando con eso? —preguntó Isaac, claramente cansado del drama que había traído a los últimos días.

—Tiene razón —dijo Raj en un raro momento de acuerdo—. Es inútil, Oscar. Sólo déjalo ir.

—Creo que, literalmente, deberíamos dejarlo ir —dijo Isaac— deberíamos deshacernos de él. —Torció la boca por un segundo—. No sólo está roto, está… no lo sé. Simplemente mal.

Oscar no estaba en desacuerdo, pero no iba a admitirlo. Ignoró a Isaac y también a Raj. No sintió que fuera inútil. Se habían escapado de la seguridad del centro comercial. Le había ocultado la verdad a su madre. Habían intentado hacer lo correcto y devolverlo. Era como si hubiera alguna razón por la que tenía que quedarse con esa cosa.

Le dio la vuelta y se quedó mirando los turbios y brillantes ojos verdes del feo conejo.

—Si estás poseído, parpadea dos veces —le dijo al conejito, riendo en voz baja. Sin embargo, aunque el Plushtrap no parpadeó, emitió un sonido. Una especie de chirrido silencioso, tan rápido que podría no haber sucedido en absoluto.

—¿Escucharon eso?

—¿Escuchar qué? —preguntó Raj.

La energía volvió a encenderse y el videojuego se reanudó, junto con las discusiones de Raj e Isaac mientras continuaban su torneo hasta la muerte.

Entonces, justo cuando Oscar se estaba preparando para darle la vuelta al conejo nuevamente y darle su milésima mirada al compartimiento de la batería, vio un pequeño agujero en el costado de la mandíbula de metal del conejo. Al principio, no parecía más que un tornillo que sujetaba la bisagra de la mandíbula inferior. Sin embargo, desde este ángulo, pudo ver que no era un cerrojo en absoluto.

Era un puerto.

El teléfono de la casa de Oscar empezó a sonar cuando las luces volvieron a parpadear.

Con el Plushtrap todavía en sus manos, Oscar corrió a la cocina para recibir la llamada antes de que contestara la máquina. Incluso si pudieran pagar dos planes de teléfono, la madre de Oscar habría insistido en mantener una línea fija.

La línea estaba entrecortada y Oscar preguntó tres veces quién era antes de que pudiera escuchar claramente la voz de su madre.

—Uf, esta tormenta —dijo su madre—. ¿Qué tal ahora?

—Sí, puedo oírte —respondió Oscar, apenas escuchando. Estaba tratando de ver más de cerca el puerto de Plushtrap, pero era difícil cuando la luz de la cocina seguía apagándose.

—Hombrecito necesito tu ayuda mañana.

—Claro, mamá —dijo, sin escuchar.

—Lamento preguntar. Sabes cuánto odio preguntar. Es sólo que con la tormenta de anoche, hemos tenido muchas personas que se han reportado enfermas, estaremos completamente ocupados con la ropa sucia y… ¿estás escuchando?

—Uh ajá —mintió Oscar, pero de repente se dio cuenta de por qué ella sonaba como si estuviera disculpándose.

—Espera, no, mamá. No, mañana no.

—Sabía que estarías molesto, cariño, pero es…

—¡Mamá, mañana es Halloween! —dijo Oscar, repentinamente presa del pánico por lo que había acordado, no es que hubiera tenido mucho que decir en el asunto de cualquier manera.

—Me doy cuenta de eso, pero cariño, ¿no son tú y tus amigos un poco mayores para…?

—¡No! ¿Por qué siempre haces esto? —dijo Oscar, llevándolo un poco lejos, pero ahora era demasiado tarde.

—¿Hacer qué?

Oscar ahora apenas podía oír a su mamá. La tormenta estaba invadiendo las líneas telefónicas y sacudiendo la casa desde el exterior.

Tal vez fue el hecho de que sonaba tan lejos lo que hizo que Oscar sintiera que podía decir lo que dijo a continuación.

—Actúas como si fuera mayor, como si debería ser como tú. Como debería ser papá. Nunca me dejas ser un niño. Papá murió, y esperaste que simplemente creciera.

—Oscar, yo–.

—Lo robé, ¿está bien? Robé el estúpido peluche Plushtrap. ¡Tú hombrecito lo robó! —dijo Oscar, y sabía que era cruel, pero estaba muy enojado porque estaba sucediendo de nuevo. Una vez más, se estaba perdiendo lo que todos los demás disfrutarían.

Las luces se apagaron y se encendieron en la cocina y, de repente, su madre se había ido.

—¿Mamá?

Todo lo que lo recibió fue el silencio, luego el eco de su propia respiración y, finalmente, el tono rápido de la señal de ocupado del circuito.

Oscar caminó lentamente de regreso a su habitación, justo a tiempo para ver a Isaac dar los últimos pasos al luchador de Raj. Sin embargo, todo lo que Oscar pudo hacer fue mirar el pequeño puerto junto a la mandíbula del Plushtrap. El daño que podría haberle hecho a su madre era demasiado para contemplarlo de una vez.

—Raj, necesito el cargador de tu teléfono celular —dijo Oscar.

—¿Qué? ¿Ahora mismo? ¡Estaba ganando! —dijo, señalando la pantalla.

—No, no lo estabas —dijo Oscar.

—Escucha al hombre —dijo Isaac—. Dice la verdad.

Oscar se estremeció ante la referencia a él como un "hombre" y siguió a Raj hasta el pasillo, donde sacó un cordón anudado de un cajón y se lo entregó a Oscar.

Oscar sabía que era una bondad por parte de Raj no preguntar para qué necesitaría un cargador de teléfono si no tenía un teléfono, pero Raj seguía siguiendo los movimientos de Oscar con interés.

De vuelta en la habitación de Oscar, Isaac había reducido los caballos de fuerza del luchador de Raj al diez por ciento.

Oscar tomó un pequeño respiro y lo contuvo, luego llevó el conector del cargador al agujero en la cabeza del Plushtrap. Cuando el enchufe encajó perfectamente en su lugar, exhaló.

—Eso es, Raj. Te estoy sacando de tu miseria en tres…

El sonido del luchador de Isaac se preparó para su movimiento de muerte, pulsó en los oídos de Oscar mientras conducía el Plushtrap y el cargador hacia la toma de corriente al otro lado de la habitación.

—Dos… —dijo Isaac mientras las luces comenzaban a parpadear en lo alto.

—Sólo acaba con esto —dijo Raj miserablemente.

—Y estás–.

Oscar no recordaba haber enchufado el adaptador a la pared. No recordaba que se apagaran las luces ni que el luchador de Isaac ganara el cinturón dorado. Si estaba presionado, es posible que no pudiera recordar su propio nombre.

Todo lo que sabía por el momento era que la habitación estaba a oscuras y que él estaba al otro lado.

—¿Qué…? —podía oír a Isaac decir.

—¿Huele a quemado? —podía oír a Raj decir.

—Oh, oh hombre, Oscar —lo llamó Isaac.

—¿Oscar? ¡Oscar! —dijo Raj.

Oscar no podía entender por qué parecían tan asustados. Apenas podía distinguir el contorno de sus cabezas a la luz de la luna que iluminaba la habitación con movimientos y látigos mientras las ramas de los árboles afuera ondeaban bajo la tormenta.

—Oscar, ¿cuántos dedos tengo? —dijo Raj.

—No estás sosteniendo nada —dijo Isaac, y Raj negó con la cabeza.

—Verdad. Lo siento.

—Estoy bien —dijo Oscar, sin estar seguro de que fuera cierto, pero se estaba volviendo extraño con ellos actuando tan preocupados—. ¿Qué les pasa a ustedes?

—Uh, ¿no recuerdas haber atravesado la habitación? —preguntó Raj, y ahora parecían aún más preocupados.

—Ya basta —gritó Oscar, usando la pared como apoyo mientras luchaba por ponerse de pie. Sentía la cabeza como si estuviera atrapada en una pecera.

—No te estamos tomando el pelo —dijo Isaac, y una mirada más cercana a sus rostros le dijo a Oscar que era verdad.

—Hace un momento estabas conectando el cargador, al minuto siguiente, estabas en el aire. Creo que fue la corriente.

Afuera, la luna luchó por el espacio en el cielo contra las nubes invasoras. En el interior, la visión de Oscar se volvió borrosa por un momento más hasta que finalmente sintió que las cosas se enfocaban.

—Tal vez deberíamos llamar a su mamá —escuchó decir a Isaac.

—¡No! No, no la llamen —dijo Oscar, y ambos parecían preocupados de nuevo.

—¿Qué pasa si tu cerebro tiene un cortocircuito o algo así? —dijo Raj.

—Todavía sería más inteligente que tú —murmuró Oscar.

—Está bien —dijo Isaac.

Oscar probó el interruptor de la luz junto a la puerta.

—Muerto.

Isaac probó el control remoto de la televisión, pero la pantalla permaneció oscura.

—Nada.

—Bueno, supongo que eso lo soluciona —dijo Raj, dirigiéndose a la sala de estar donde estaban sus sacos de dormir—. No tenemos más remedio que enfermarnos con Scorching Hot Cheese Knobs y eliminar el plan de mañana por la noche.

Raj e Isaac se dirigieron a la sala de estar, pero Oscar se quedó atrás en su habitación. Halloween: durante un precioso minuto, se había olvidado de que no podría ir a pedir dulces. Mientras las nubes se alejaban de la luna, Miró al otro lado de la habitación y vio la línea de quemaduras ennegrecidas comenzando en la salida y subiendo por la pared.

—Genial —murmuró Oscar—. Algo más por lo que disculparse.

Ya estaba formulando su explicación a su mamá cuando juró que vio un parpadeo de movimiento del Plushtrap Chaser, todavía milagrosamente enchufado al tomacorriente quemado.

—¿Fuiste tú? —pregunto, pero el feo conejo verde simplemente lo miró fijamente, el brillo de la luz de la luna hacía que sus ojos saltones parecieran brillar. Oscar cerró la puerta de su dormitorio para no tener que mirar su serie de errores.

Justo cuando la puerta se cerró con un clic, Oscar juró, más allá de toda razón, que escuchó la voz de Raj desde el otro lado de la puerta.

—Luces apagadas —dijo, con el más leve hilo de una risita al final de la oración.

Oscar abrió la puerta de golpe, sus ojos se movieron directamente al Plushtrap.

—¿Qué dijiste?

—¿Eh? —preguntó Isaac, ya en el pasillo de camino a la sala de estar.

—Escuchaste eso, ¿verdad?

—¿Escuchar qué?

Oscar volvió a su habitación.

—Vamos, Raj, no es gracioso.

—¿Qué no es gracioso? —preguntó Raj, asomando la cabeza por la esquina del otro extremo del pasillo.

Oscar negó con la cabeza.

—Nada. No importa.

—¿Estás seguro de que estás bien? —le preguntó Isaac, y Oscar conjuró otra carcajada.

—La estúpida tormenta me está haciendo oír cosas.

En la sala de estar, Raj e Isaac habían roto dos bolsas de papas fritas y estaban sorbiendo Electric Blue Fruit Punch a un ritmo récord.

Isaac eructó.

—Está bien, entonces sí comenzamos aquí, un poco más allá de las vías del tren, podemos trabajar hacia el sur.

Estaban estudiando el teléfono brillante de Raj, abierto a un mapa de la ciudad que se centraba en la división de la línea de ferrocarril entre el lado este y el oeste. Oscar no pasó por alto que vivía en el lado equivocado de las vías, una broma que era un poco demasiado descarada para hacerla incluso con sus amigos.

—No, tenemos que empezar hacia el sur y avanzar hacia el norte —dijo Raj.

—Pero perderemos todo nuestro tiempo en tránsito —argumentó Isaac, puntuando su punto con otro fuerte eructo.

—Amigo, puedo olerte desde acá —dijo Raj, alejándose—. Y nos moveremos más rápido entre las casas si aún no estamos llenos de dulces.

—Se trata de aerodinámica —dijo.

Oscar había estado observando el plan desde la cocina mientras se derrumbaba silenciosamente. Los chicos finalmente lo notaron.

—Bien, Oscar puede romper el empate —dijo Raj—. ¿Por dónde empezamos, Oscar? ¿Extremo norte o sur de las vías?

—No puedo ir.

Raj dejó caer su teléfono al suelo. Él e Isaac intercambiaron una mirada, y Oscar se esforzó por no creer que no lo habían visto venir. Él siempre tenía que perderse los planes cuando su madre llamaba a su hombrecito.

—Es mi mamá —dijo innecesariamente—. Ella necesita… —Ni siquiera se atrevió a terminar.

—Eh —dijo Isaac, haciendo su mejor acto—. De todos modos iba a ser patético.

Raj siguió el juego como de costumbre.

—Apuesto a que las barras de chocolate de gran tamaño son sólo un mito.

Isaac asintió.

—Y dividiremos las cosas en tres.

Oscar sabía que estaban mintiendo acerca de que era patético. Sabía que repartirían su botín con él. Sabía que estaban decepcionados. Pero nunca se había sentido más agradecido por sus amigos.

—Vaya, ¿eso es una raya blanca en tu cabello? —preguntó Isaac, señalando a la cabeza de Oscar, girando la conversación.

Oscar alcanzó su cabeza.

—¿En serio?

Isaac se rio entre dientes.

—No, pero estoy seguro de que fritaste algunas células cerebrales ahí. —Raj se rio—. No es que puedas permitirte perder alguna.

Por primera vez esa noche, Oscar se sintió tranquilo. Quizás todo estaría bien. No tenía un Plushtrap Chaser o un teléfono celular o Halloween. No tenía a su papá. Pero tenía una mamá que lo necesitaba y tenía amigos que lo respaldaban.

Oscar acababa de tomar su lugar junto a Raj e Isaac en el piso de la sala cuando una lanza de relámpago atravesó el cielo. La luz era tan brillante que al principio Oscar pensó que su visión se había desvanecido. Pero cuando la luz no regresó, y sólo las sombras y las formas de su sala de estar lo rodearon, se dio cuenta de que el resto de la energía de la casa debía haberse apagado.

—Uh, creo que tal vez hiciste un poco más de daño que simplemente cortar el enchufe —dijo Raj en la oscuridad.

Oscar se puso de pie y tanteó su camino hacia la ventana, que era más difícil de ver que antes porque cualquier luz de luna que había logrado atravesar la tormenta antes se había ido ahora, cubierta por una gruesa capa de tormentas.

—No —dijo, presionando su mejilla contra el cristal—. Hay un corte de energía en todas partes. Un rayo debe haber golpeado la rejilla.

Isaac resopló.

—Apuesto a que no está en el lado este. ¿Alguna vez te has preguntado cómo ellos parecen nunca sufrir nada?

—Espera, buscaré algunas linternas —dijo Oscar—. Mamá compró una segunda después de la última vez que se cortó la luz.

—Esa vez duró casi dos días —recordó Raj—. Tuvimos que tirar la mitad de la comida en nuestro refrigerador.

—Dos días sin televisión, sin juegos —dijo Isaac, temblando.

—Mi teléfono perdió carga a la mitad del primer día —dijo Raj.

Los chicos miraron sus recuerdos del Gran Apagón de Mayo antes de sacudirse el horror.

Oscar le entregó a Isaac la linterna barata y liviana y se quedó con la más pesada.

—Vamos a tener que usar la linterna de tu teléfono —le dijo Oscar a Raj—. Sólo tenemos dos.

—Claro, adelante. A terminar mi batería —Raj hizo un puchero.

De repente, los chicos escucharon un golpe que venía del otro extremo de la casa.

Oscar podría haber sido capaz de descartarlo como su imaginación si Isaac y Raj no hubieran reaccionado también.

—¿Ahora tienes un gato o algo? —preguntó Isaac.

Oscar negó con la cabeza, luego recordó que no podían verlo. Encendió su linterna e Isaac siguió su ejemplo.

Otro golpe resonó en el mismo lugar, y Oscar tragó audiblemente.

—Tal vez es la rama de un árbol contra la ventana —ofreció Raj, pero no parecía convencido.

Isaac negó con la cabeza y se dirigió hacia adelante.

—Esto es estúpido.

—Espera… —dijo Oscar, pero Isaac ya estaba en la mitad del pasillo.

Cuando doblaron la esquina, otro golpe, este decididamente más fuerte, los recibió desde detrás de la puerta cerrada del dormitorio de Oscar. La casa estaba demasiado oscura para detectar cualquier tipo de sombra en la rendija debajo de la puerta, pero la fuente del sonido era inconfundible. Algo golpeaba lentamente contra la puerta de la habitación de Oscar.

—Entonces es un "no" para el gato —susurró Isaac, con la voz temblorosa.

—No es un gato —siseó Oscar, y Raj los hizo callar.

Como en respuesta a sus voces, los golpes cesaron y los chicos contuvieron una respiración colectiva.

Luego, de repente, empezaron de nuevo los golpes, esta vez dos veces más rápido, y con tanta fuerza que hizo temblar la puerta.

Los chicos retrocedieron lentamente, pero no se atrevieron a apartar los ojos de la puerta.

—¿Todavía crees que es la rama de un árbol? —Isaac le disparó a Raj.

—No, a menos que el árbol se haya subido a mi habitación —dijo Oscar.

—¡Chicos, cállense! —dijo Raj, levantando la mano—. ¿Escuchan eso?

—¿Qué es eso? —susurró Oscar.

—Suena como… raspaduras —dijo Isaac.

No tuvieron que esperar mucho para averiguarlo. Ahí, debajo del pomo de la puerta, comenzó a emerger un agujero dentado en la madera contrachapada, cavado por una hilera de dientes persistentes de apariencia humana lo suficientemente fuertes como para morder un cuchillo de

mantequilla. Mientras cavaban, los dientes parecían cambiar de forma, afilándose a medida que trabajaban.

—No es posible —suspiró Oscar.

—¡Pensé que estaba roto! —gritó Raj, casi acusadoramente.

—¡Lo estaba! —dijo Oscar.

—¿Podemos discutir sobre esto en otro lugar? —dijo Isaac, observando el rápido progreso que estaban haciendo los dientes en forma de sierra en el área alrededor del pomo de la puerta.

—Amigo, es un juguete —dijo Raj—. ¿Qué crees que va a–?

Luego, con dos golpes más poderosos contra la puerta, el pomo de bronce cayó de la puerta del dormitorio y se abrió para revelar una sombra de un metro con orejas largas y torcidas. Y aunque el Plushtrap era una mera sombra, sus relucientes dientes brillaban incluso en la oscuridad.

¿Y esa sangre estaba alrededor de los bordes de los dientes frontales? ¿Cómo era eso posible? A menos que los dientes fueran humanos y las encías también lo fueran, pero entonces, ¿seguirían sangrando? Todo era imposible… tan imposible que no se atrevía a decir nada en voz alta.

Luego, de una vez, el Plushtrap Chaser corrió directamente hacia Oscar, Raj e Isaac.

—¡Corran! ¡Corran! ¡Corran! —gritó Raj y corrieron por el pasillo.

Oscar escuchó un pequeño golpe y casi tropezó con lo que fuera.

—¡Aquí!

Los chicos se lanzaron a la habitación más cercana, la de la madre de Oscar, y cerraron la puerta detrás de ellos. Raj empujó a los demás a un lado para cerrarla.

—¿Crees que puede girar perillas? —preguntó Isaac, tratando de recuperar el aliento.

—¡No sé qué diablos puede hacer! —gritó Raj.

Entonces comenzaron los golpes, esta vez en la puerta más cercana a ellos, y los chicos se alejaron al unísono, viendo cómo la puerta se arqueaba bajo la fuerza de un conejito de un metro.

Los ojos de Oscar se agrandaron al escuchar los reveladores sonidos de raspaduras. El Plushtrap también estaba a punto de atravesar esta puerta.

—¿Cómo podemos detenerlo? —dijo Isaac—. El interruptor está debajo de su pie, ¿verdad?

Continuaron retrocediendo a medida que el raspado se hacía más rápido, y las habilidades del conejo parecían mejorar con la práctica.

Oscar miró frenéticamente alrededor de la habitación.

—Bueno, será mejor que pensemos en algo rápido, o esa cosa también va a comer a través de esta puerta, y no creo que todos podamos caber en el baño —dijo Raj.

—Uh… uh… —Oscar comenzaba a ponerse frenético a medida que la masticación se aceleraba.

—Oscar —dijo Isaac, e Isaac apuntó con su linterna al agujero que comenzaba a formarse junto al pomo de la puerta.

—Rápido, suban a algo. ¡Lo más alto que puedan! —dijo Oscar, y cada uno encontró una superficie: Oscar en el tocador, Isaac en la cómoda y Raj precariamente posado en la parte superior de la cabecera.

En poco tiempo, el conejo también había atravesado esta puerta y, con un fuerte golpe, el pomo de la puerta cayó a la alfombra. Lentamente, la puerta se abrió con un crujido para revelar una vez más la mirada vacía y las orejas torcidas del conejo verde.

Los chicos contuvieron la respiración y esperaron a ver qué haría Plushtrap. Le tomó muy poco tiempo al conejito tomar una decisión. Una máquina empeñada en su único trabajo, se dirigió directamente hacia el objeto que tenía delante, la cómoda, y empezó a arrastrar sus dientes dentados por la madera de las patas del armario.

—¿Me estás tomando el pelo? —gritó Isaac, mirando con horror como el conejito hacía un trabajo rápido con una de las ornamentadas piernas de la cómoda.

En otro minuto, la pierna se reduciría al ancho de un palillo e Isaac caería al suelo justo en frente de este conejo despiadado.

—Piensa en algo —suplicó Isaac—. ¡Alguien piense en algo rápido!

—¿De qué otra forma lo apagamos? ¿Cómo lo apagamos? —Oscar no preguntó a nadie en particular, pero pequeñas pilas de aserrín se estaban formando en la base de la cómoda, e Isaac ya estaba comenzando a deslizarse.

—¡La luz! —gritó Raj desde la cabecera, momentáneamente perdiendo su agarre en la repisa y contándose a sí mismo—. ¡La caja dice que se congela bajo la luz!

—¡Mi linterna está en el pasillo! —gritó Isaac, deslizándose unos centímetros más cerca del conejo.

Oscar tardó demasiado en recordar que sostenía la otra linterna.

—¡Oscar, ahora! —gritó Raj, y Oscar recuperó los sentidos y encendió el rayo al Plushtrap Chaser, pero no funcionó.

—¡Ponla al frente! —gritó Isaac, y Oscar se deslizó hasta el borde del tocador y estiró su brazo tanto como pudo para que el rayo de luz brillara directamente en los ojos del conejito. De repente, el juguete se congeló a medio roer mientras se abría de par en par para dar el último mordisco en la pata del tocador.

La habitación se quedó en silencio mientras los chicos jadeaban por respirar, la viga del conejito temblaba bajo el tembloroso agarre de Oscar.

—Mantenla firme —susurró Isaac, como si temiera que pudiera despertar a la bestia con el sonido.

—Lo estoy intentando —siseó Oscar.

El tocador se balanceaba debajo de Isaac, tratando de averiguar cómo pararse sobre tres piernas y media, no lo iba a sostener por mucho más tiempo, con o sin el Plushtrap mordiendo.

—Tengo que bajarme —dijo Isaac, más para sí mismo que para sus amigos, pero ellos entendieron. Estaba tratando de reunir el valor.

—No puede moverse mientras Oscar mantenga la luz encendida —dijo Raj, sintiendo la desconfianza de Isaac por el armisticio momentáneo.

—Es fácil para ti decirlo —dijo Isaac, sin apartar la vista de la cosa verde en la base del armario—. No estás a centímetros de una maldita trituradora de madera. ¿Y qué diablos pasa con sus dientes? ¡No se supone que sean así!

—Creo que es seguro decir que hay muchas cosas sobre esta situación que "no se supone que sean así" —contestó Raj—. Ahora, ¿te bajarías de la estúpida cómoda?

—Tiene razón —animó Oscar—. Mientras haya luz, no se supone que pueda moverse.

—No se suponía que pudiera moverse de todos modos, ¿recuerdas? —dijo Isaac.

—¿Cómo cobró vida de repente?

Ni Raj ni Oscar tenían una buena respuesta que ofrecer, especialmente no en este momento.

—¿Quizás el corte? ¿Algo cuando estaba enchufado? No sé. Lo que sí sé es que la cómoda está a un segundo de colapsar —dijo Oscar.

Isaac asintió, aceptando su destino. Iba a tener que aventurarse a bajar al suelo.

Isaac se deslizó lo más lejos posible de la boca abierta de la Plushtrap, pasó una pierna por el costado de la cómoda, luego la retiró, desequilibrando su equilibrio.

—Hombre, vamos —dijo Raj, el suspenso lo mataba.

—Oye, eliges qué miembro prefieres arrancar —gruñó Isaac, y Oscar intentó un enfoque diferente.

—Rápido y fácil, un vendaje —sugirió, y a Isaac pareció gustarle más ese enfoque.

—Rápido y fácil —repitió Isaac. Justo cuando Isaac se preparaba para deslizarse por la cómoda, desde el rincón más alejado de la habitación, un rincón donde no había nadie, una voz gritó:

—¡Chicos, por aquí!

Sin embargo, no era cualquier voz. Era la voz de Raj.

Oscar no quiso mover la luz a la esquina. Fue instinto.

—¡Vuelve a ponerla! ¡PONLA DE NUEVO!

Oscar hizo malabarismos con la linterna en sus manos y barrió el rayo hacia la mirada de Plushtrap justo cuando sus dientes se preparaban para cerrarse sobre la pierna deslizante de Isaac.

—Lindo truco, Raj. ¿Crees que podrías practicar tu acto de ventrílocuo en otro momento? —dijo Oscar, luchando por recuperar el aliento.

Pero Raj simplemente miró fijamente a la esquina con los ojos muy abiertos.

—¿No fuiste tú, verdad? —preguntó Isaac, sosteniendo su pierna casi sacrificada.

—Oh vamos. ¿En serio? —dijo Oscar—. ¿Puede imitar voces?

—Nuestras voces —dijo Raj, tragando saliva—. Para distraernos.

La madera dañada debajo de Isaac gimió, se deslizó al suelo y corrió más rápido de lo que Oscar lo había visto moverse. Luego se deslizó por el suelo y se unió a Oscar en el tocador.

—¿Ahora qué? —preguntó Raj, y Oscar estaba listo con una respuesta.

—Dejamos la linterna justo aquí, justo encima. Bloqueamos la puerta y pedimos ayuda.

Isaac y Raj lo pensaron durante un segundo y luego aceptaron en silencio.

Raj se movió primero, alejándose lentamente de la cabecera y retrocediendo hacia la puerta, sin apartar los ojos del conejito demente, que, bajo el resplandor de la linterna de Oscar, había adquirido un tono verde enfermizo en medio de las sombras circundantes de la habitación.

Entonces, justo cuando Oscar e Isaac comenzaron a descender también a la alfombra, el haz de luz de la linterna comenzó a parpadear, parpadeando en intervalos de una fracción de segundo. Presa del pánico, Oscar golpeó el costado de la luz y le devolvió la vida, pero sólo por un segundo, cuando una vez más falló y reapareció.

—Oscar —dijo Isaac en voz baja—. ¿Hay alguna posibilidad de que no se esté agotando la batería de la linterna?

El rayo parpadeó y reapareció de nuevo, pero esta vez permaneció apagado el tiempo suficiente para que pudieran oír la mandíbula del Plushtrap cerrarse.

—Um… comenzó Oscar, pero no tuvo tiempo de terminar.

Cuando el rayo parpadeó esta vez, se quedó apagada.

—¡CORRAN! —gritó Oscar, y él e Isaac clamaron por la puerta, tan cerca de Raj que le rasparon los talones con los dedos de los pies.

Corrieron por el pasillo hacia el baño, e Isaac pateó su linterna caída delante de ellos. Cerraron la puerta de golpe, arrojando sus espaldas contra ella justo a tiempo para sentir la fuerza de un metro de metal y felpa golpear el otro lado. El conejo no perdió tiempo en pasar sus dientes rotos por la madera, atacando nuevamente el área alrededor del pomo de la puerta.

Isaac se dejó caer al suelo y buscó a tientas su linterna perdida, haciendo malabarismos con ella antes de encontrar el interruptor y arrojar el rayo hacia la puerta. Pero todos sabían que sólo funcionaría en el conejito una vez que hubiera mordido la puerta.

Una vez estuvieran cara a cara con él.

—Raj, ¿dónde está tu teléfono? —preguntó Oscar.

Raj lo sostuvo en alto como un talismán, su pantalla brillaba en azul en el baño oscuro.

—Olvida la luz —dijo Oscar—. Sólo pide ayuda.

—Bien —dijo Raj, entendiendo. Marcó rápidamente el 9-1-1 y esperó el alivio que vendría en la forma de la voz de operador.

—¿Por qué está tomando tanto tiempo? —preguntó Isaac, mirando el mango mientras comenzaba a moverse en su soporte de aflojamiento.

—No pasa nada —dijo Raj, intentando de nuevo.

—¿Qué quieres decir? Es el 9-1-1. Alguien tiene que contestar —dijo Isaac.

—Me refiero a que la llamada ni siquiera se ha realizado. ¡No hay servicio o algo así, no lo sé! —dijo Raj, cada vez más desesperado.

—Está bien, está bien —dijo Oscar, tratando de pensarlo bien, pero los dientes de Plushtrap comenzaban a asomarse por la puerta de nuevo. Estaba dejando diminutos hilos verdes en las astillas alrededor del pomo de la puerta—. Esto es lo que vamos a hacer. Voy a abrir la puerta–.

—Mala idea —dijo Raj, el pánico entrelazando su voz—. Horrible idea.

—Espera —dijo Oscar, tratando de mantener la calma—. Voy a abrir la puerta, y voy agolparlo con la luz para aturdirlo. Ustedes dos salgan mientras yo enciendo la luz y vayan a la cocina. Pueden llamar para pedir ayuda con el teléfono fijo.

—¡¿Entonces estás diciendo que deberíamos dejarte solo con esta cosa?! —preguntó Isaac.

—A menos que quieras quedarte aquí conmigo.

—No, no, no, iremos a la cocina —intervino Raj rápidamente.

—En sus marcas —dijo Oscar, absolutamente no listo para dar la marca, pero estaba sucediendo de una forma u otra; el pomo estaba a punto de caer.

—Tres… dos… —dijo Oscar, y agarró el pomo de la puerta antes de que perdiera su lugar en la puerta—. ¡VAYAN!

Oscar abrió la puerta de golpe. El Plushtrap Chaser irrumpió y se quedó rígido a la luz. Sus ojos estaban tan embarrados bajo el rayo cercano de la linterna que era difícil recordar que solían ser verdes. Los orbes sin rasgos eran de alguna manera más aterradores que los ojos vivos normales. Su boca colgaba abierta hambrienta, con los dientes aún más ensangrentados de lo que habían estado la última vez que Oscar los había mirado de cerca.

Sus brazos articulados se extendían directamente frente a él, listos para empujar a través de la puerta.

Respiraciones superficiales llenaron el pequeño baño mientras Isaac y Raj competían por un espacio lo más lejos posible del Plushtrap, pero estaba parado en la entrada. Tendrían que abrirse paso.

Isaac aspiró su estómago, pero el pelo áspero del conejo todavía agarraba su camisa. Raj hizo una mueca de dolor e hizo lo mismo, la parte superior del brazo del conejo rozó su oreja mientras pasaba y se paraba con las piernas temblorosas en el pasillo con Isaac.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó Raj a Oscar.

—No —respondió Oscar—. Sólo date prisa.

Los chicos corrieron por el pasillo y sacaron el auricular de la base del teléfono en la cocina. Pero mientras Oscar miraba a los ojos saltones del Plushtrap, supo por la forma en que sus amigos discutían que tampoco estaban comunicando con el 9-1-1 a través del teléfono fijo.

Cuando reaparecieron en la puerta, Raj fue quien les dio la mala noticia.

—Las líneas telefónicas deben estar caídas.

Como una confirmación, el viento azotó la casa, sacudiendo el espacio detrás de las paredes donde las tuberías serpenteaban a través del aislamiento.

—Entonces, para recapitular —dijo Oscar, su luz cuidadosamente enfocada en el conejito.

—Estamos atrapados en mi casa con una máquina de comer sin sentido con una linterna en funcionamiento

—Dos si cuentas mi teléfono —interrumpió Raj.

—Durante una tormenta que destruyó las líneas eléctricas y las líneas telefónicas.

—Y el agua —dijo Isaac, y los muchachos esperaron una explicación—. Tengo sed. Probé el grifo.

—Puede masticar casi cualquier cosa, así que… —dijo Raj.

—…entonces, ¿qué pasará cuando nuestras luces se queden sin baterías? —dijo Oscar. Todos los chicos miraron fijamente a Plushtrap como si pudiera darles una respuesta.

Simplemente miraba fijamente a la luz que Oscar no se atrevía a quitarle de la cara.

—Oye, Oscar —dijo Raj, y a Oscar no le gustó el tono de su voz; era obvio que se le acababa de ocurrir un nuevo horror.

—¿Qué?

—¿Cómo vas a salir de ahí?

—¿Qué quieres decir? De la misma manera que ustedes lo hicieron.

—Uh, uh —dijo Raj, sacudiendo la cabeza lentamente—. Salimos porque estabas iluminando su rostro con la luz.

—¿Sí?

—Lo pasamos. Estamos detrás de eso.

Oscar finalmente lo entendió. La luz no sólo tenía que estar en el conejo.

—Necesita verla —dijo, estremeciéndose ante la perspectiva de que esos horribles ojos humanos muertos vieran algo.

—Espera —dijo Isaac—. Podemos usar el espejo.

Los chicos intentaron inclinar el Plushtrap hacia el mostrador mientras las manos de Oscar hacían temblar la viga.

—Mantenla firme —dijo Isaac.

—Lo estoy intentando. ¿Sabes lo difícil que es mantener algo nivelado durante tanto tiempo? Mi brazo me está matando.

—¿Podrían callarse ustedes dos? —dijo Raj, apoyándose con fuerza contra el Plushtrap.

—Isaac, ayúdame con esto.

—Amigo, no es tan pesado.

Raj se apartó del conejo.

—Inténtalo.

Pero Isaac tampoco pudo hacer que se moviera.

—Es como si sus engranajes estuvieran bloqueados en su lugar o algo así.

Se quedaron callados un minuto más.

—Está bien, esto es lo que vamos a hacer —dijo Oscar—. Uno de ustedes va a sostener la linterna sobre su cabeza, entre las orejas.

—No —dijo Raj.

—Pasaré a hurtadillas, y luego todos huiremos.

Raj asintió.

—Sí, eso podría funcionar. Tan pronto como se de la vuelta, simplemente retrocedemos y mantenemos la linterna encendida todo el tiempo que podamos.

—Exacto. Nos dará tiempo para al menos llegar al final del pasillo.

Fue la mejor idea que pudieron reunir. Y podría haber funcionado si la linterna más pequeña y barata no hubiera comenzado a parpadear en ese momento exacto. El gran apagón de mayo había agotado las pilas prematuramente.

—¡Nonononononononono! —dijo Oscar.

—¿Por qué mueren todas tus linternas? —acusó Isaac.

—¡Cállate y mantenla en su lugar! —dijo Oscar, y todos empezaron a entrar en pánico. Isaac se encogió mientras sostenía su brazo entre el pelaje áspero de las orejas del conejo, inclinándose para iluminar sus ojos saltones mientras Oscar se aplastaba contra el marco de la puerta.

—Déjame entrar, usaré la luz de mi teléfono —dijo Raj sin aliento.

—Es demasiado tarde —le dijo Isaac—. No hay espacio para cambiar de lugar.

Entonces, justo cuando Oscar estaba inmovilizado junto al Plushtrap, escucharon una voz desde la puerta principal.

—¡Hombrecito, necesito tu ayuda!

—Ms. Ávila —Isaac llamó por encima del hombro—. ¡Quédate ahí, no te muevas!

Pero fue Isaac quien se movió, sólo un poco al girar, pero lo suficiente para mover el rayo de luz.

—¡Isaac, la luz! —gritó Oscar.

—¡Lo siento! —Isaac volvió a enfocar la luz en el conejo, pero su brazo tembló y el rayo comenzó a vacilar, creando un efecto estroboscópico profundamente inquietante. Ahora, la cabeza del conejo giró lentamente en incrementos, durante los intervalos oscuros entre el haz de la linterna.

Cuando Oscar estuvo cara a cara con el conejo, la linterna falló por completo.

—¡CORRAAAAN! —gritó Oscar, y los demás siguieron su ejemplo, chillando al unísono mientras el Plushtrap hacía honor a su nombre, persiguiéndolos con pasos mecánicos increíblemente suaves por el estrecho pasillo de la casa de Oscar.

Raj trató de apuntar la pantalla de su teléfono hacia atrás, pero el rayo de luz no era lo suficientemente brillante.

—¡La linterna! —gritó Isaac, y Raj lo intentó, pero en su pánico, el delgado teléfono se deslizó entre sus manos sudorosas.

Si había alguna esperanza de que el teléfono hubiera sobrevivido a su caída, el crujido inmediato que vino después extinguió esa esperanza. El conejo lo había pisoteado.

—¡Al garaje! —logró jadear Oscar mientras huían del mayor arrepentimiento de su vida.

Cerrando la puerta de golpe contra el conejo que se lanzaba, los chicos escucharon con horror cómo una vez más comenzaba a atacar su obstáculo con despiadada eficiencia.

—¡Este es el peor juguete del mundo! —jadeó Raj.

—¿Cómo supo la voz de tu mamá? —jadeó Isaac.

—¿Quién sabe? —respondió Oscar, lanzando sus manos al aire—. ¿Tal vez la escucho por teléfono? —Se rio histéricamente—. ¡Las posibilidades son infinitas!

Isaac puso una mano sobre el hombro de Oscar.

—Salgamos de aquí, no hay tiempo que perder, no importa como la supo.

A diferencia de las otras habitaciones de la casa que tenían al menos el beneficio de las sombras para ver el espacio a su alrededor, el garaje estaba completamente a oscuras, y mientras los chicos buscaban a tientas algo que pudieran usar contra el intruso, sólo lograron tirar herramientas fuera de los estantes y tropezar con las decoraciones navideñas almacenadas.

—¿Supongo que es demasiado preguntar si tienes otra linterna aquí en alguna parte? —preguntó Isaac, con su voz ronca por el miedo.

—Incluso si la hubiera, no sabría dónde encontrarla —respondió Oscar.

Raj apretó el botón de la puerta del garaje frenéticamente, pero con el corte de energía, no sirvió de nada.

—¿No tienen estas cosas una salida de emergencia? —preguntó, la lógica finalmente prevaleció.

La piel y los dientes comenzaban a salir por el agujero masticado de la puerta del garaje.

—¡Hay una palanca! —dijo Oscar, tanteando hacia donde pensaba que podría estar el centro del garaje—. Debería estar en algún lugar…

Comenzó a saltar, estirando las manos por encima de su cabeza mientras golpeaba el aire en busca de la perilla atada a la cuerda que soltaba la cerradura de emergencia del garaje.

Raj se unió a él en la búsqueda y ocupó un lugar diferente en el garaje.

—Chicos —dijo Isaac, su voz era inquietantemente tranquila.

—¡Espera, creo que mi dedo acaba de golpearlo! —dijo Oscar.

—Chicos —dijo Isaac de nuevo.

—¿Dónde? —dijo Raj.

—Aquí.

—¿Dónde está aquí?

—¡Aquí!

—¡Chicos! —dijo Isaac, y esta vez, ambos se detuvieron para escuchar. El sonido de un raspado comenzó a hacerse más fuerte cuando el Plushtrap hizo un trabajo rápido con la madera más gruesa de la puerta del garaje.

—¿Qué? —respondieron al unísono.

—¿A dónde vamos a ir después?

Oscar comprendió en cierto nivel primordial por qué Isaac sonaba tan derrotado.

Sin luz por ningún lado, todo lo que podían hacer era… correr.

—¿Y qué, simplemente esperamos y nos convertimos en hamburguesas? —dijo Raj, reanudando el salto.

El terror de Oscar alcanzó un nuevo nivel cuando Isaac no tuvo una respuesta.

Y pensar en que hace menos de una hora, su pregunta más irritante había sido sobre en qué extremo de las vías del tren comenzar su truco o trato.

—¡El tren! —gritó Oscar, y justo cuando lo hizo, escuchó la mano de Raj conectarse con la perilla de madera y la cuerda unida al desbloqueo de emergencia del garaje. El pomo golpeó el metal de la puerta del garaje. Raj saltó de nuevo, y de nuevo hizo girar la perilla.

—¡Ahí está!

—¡Chicos! — gritó Isaac, la urgencia lo encontró una vez más, y miraron con los ojos muy abiertos mientras el pomo de la puerta comenzaba a tambalearse.

—Está apunto… —dijo Isaac.

—Estoy apunto… —dijo Raj.

La voz de Isaac se rio desde el otro lado de la puerta.

—Eso es todo. Te estoy sacando de tu miseria en tres, dos–.

Las yemas de los dedos de Raj agarraron el pomo de madera, y esta vez, tiró con fuerza de la cuerda, soltando el brazo automático que sujetaba la puerta del garaje en su lugar.

—¡Ponte de ese lado! —dijo Oscar, e Isaac agarró el borde de la puerta del garaje en un extremo mientras Raj tomó el medio y Oscar tomó la izquierda.

Levantaron la puerta del garaje con suficiente fuerza para hacer que golpeara la parte superior de su riel y volviera a caer. Justo cuando lo hizo, la manija de la puerta que conducía al garaje cayó al piso de concreto, y la puerta se abrió de par en par para revelar al Plushtrap Chaser, en su destrucción sin sentido.

Los chicos abrieron la puerta del garaje con la misma fuerza, sólo que esta vez, se agacharon antes de que se derrumbara de nuevo, poniéndolos en el camino de entrada y al conejo en el garaje.

Se estrelló contra la puerta, arrastrando los dientes por el metal mientras se estremecían bajo el sonido.

—Esto no va a aguantar por mucho tiempo —dijo Raj, y aunque el Oscar de ayer podría haber dudado de que incluso un Plushtrap en funcionamiento pudiera cortar el metal, el Oscar de esta noche tenía todas las razones para creerlo. No se detendría hasta que tuviera una razón para hacerlo.

—El tren —dijo de nuevo, luego se echó a correr, confiando en que los otros dos lo seguirían.

Apenas habían llegado al final del bloque de Oscar cuando escucharon el chirrido del metal retorcido y supieron que el tiempo prestado había expirado.

Se abalanzaron sobre bicicletas abandonadas en patios de personas y cajas de transformadores eléctricos, aplastando hojas muertas y basura que se arremolinaba en el aire y los asaltaba, todo con la banda sonora de un conejo mecánico en constante movimiento, con su mandíbula abriéndose y cerrándose de golpe a la velocidad creciente de sus piernas

perseguidoras. Oscar se atrevió a mirar detrás de él sólo una vez, encontrando al Plushtrap más cerca de lo que había temido. Lo suficientemente cerca para ver el blanco brillante de sus ojos vacíos.

A medida que el conejo ganaba velocidad, Oscar y sus amigos perdían la suya. Las vías del tren aún estaban a un cuarto de milla de distancia.

—¿Quiero saber qué tan cerca está? —preguntó Raj, su respiración rápidamente se convirtió en sibilancia.

—Sólo sigue avanzando —dijo Oscar—. Hagas lo que hagas, no bajes la velocidad.

A Oscar le ardían las piernas mientras movía los brazos, incluso Isaac estaba empezando a desfallecer. Sólo necesitaban ir un poco más lejos.

—Cómo… —jadeó Isaac, tragando antes de intentarlo de nuevo—. ¿Cómo sabes que habrá un tren?

Isaac había adivinado el plan que Oscar no tuvo tiempo de explicar.

—No lo sé —respondió Oscar, e Isaac no dijo una palabra después de eso. Él entendió.

Si no había un tren, entonces no había ninguna esperanza.

Sumergiéndose en el camino más claro que pudieron encontrar en la tierra boscosa que conduce a las vías del tren, Oscar, Isaac y Raj levantaron las manos sobre sus cabezas, protegiéndose la cara de las ramas bajas mientras escuchaban cómo el Plushtrap chocaba contra un camino a través del árboles, haciendo un trabajo rápido en cualquier rama que se atreviera a interponerse en su camino.

Cuando el camino comenzó a inclinarse, Oscar supo que se estaban acercando. Tenía los pulmones en llamas y Raj estaba empezando a toser y farfullar de dolor.

Cuando llegaron a la cima de la colina, Oscar vio la más gloriosa de todas las vistas.

Luz.

—¡Te dije! —jadeó Isaac—. ¡Nunca les sucede nada, nunca sufren cortes!

Pero mientras caían por la pendiente que conducía a las vías, una vez más perdieron de vista el lado este de la ciudad, y Oscar se dio cuenta de que sin un tren que interviniera, nunca llegarían al lado este con gloria iluminada.

El sonido fue débil al principio, casi imposible de escuchar sobre el aullido de la tormenta y el zumbido de la Plushtrap acercándose a ellos. Pero cuando Raj e Isaac miraron en la misma dirección, Oscar creyó oírlo; sabía que no era sólo un ruido fantasma.

—La bocina del tren. Está viniendo. ¡Está viniendo! —gritó Isaac, y ellos gritaron un grito colectivo, llenos de alivio al escuchar acercarse a su salvador.

Pero aún no podían verlo. Y cuando se dieron la vuelta, lo que vieron congeló la sangre de Oscar en sus venas. La sombra de un conejo se cernió sobre sus pies antes de que el conejo ascendiera a la cima de la colina.

—No va a llegar a tiempo —susurró Isaac.

—Llegará a tiempo —dijo Oscar.

El Plushtrap se inclinó hacia adelante en la cima de la colina y se lanzó, corriendo colina abajo con una precisión experta y mortal.

—Vamos a morir. Es todo, vamos a morir —dijo Raj.

—Llegará a tiempo —repitió Oscar, sin apartar la vista del conejo. Estaba a mitad de la colina cuando escuchó el hermoso sonido de la bocina del tren cortando el zumbido de la tormenta.

Los ojos del conejo se abrieron, sus orejas se clavaron en el aire en un ángulo antinatural. Y mientras descendía por la segunda mitad de la colina, Oscar incluso pudo ver fragmentos de metal destrozado de la puerta del garaje que sobresalían de sus dientes afilados como huesos de pollo.

Oscar se atrevió a apartar los ojos de Plushtrap el tiempo suficiente para ver un pequeño círculo de luz en el extremo visible de la pista.

—Vayan —les dijo Oscar.

—De ninguna manera, hombre —dijo Raj—. Vamos todos juntos.

—Sólo confía en mí.

—¿¡Estás loco!? —dijo Isaac.

—Crucen las vías —dijo Oscar, una extraña calma se apoderó de su cuerpo mientras medía la distancia en cada periferia de su visión: el Plushtrap que se aproximaba y el tren que se aproximaba. Su cerebro estaba haciendo cálculos que ni siquiera sabía que era capaz de hacer.

El cuerno resonó en el aire. El tren estaba a sólo unos segundos de distancia. También Plushtrap.

—Chicos, va a funcionar. Esta vez, todo saldrá bien. ¡Sólo vayan!

Raj e Isaac echaron un vistazo más al tren que se aproximaba antes de saltar sobre las vías y caer al otro lado.

Oscar también podía oírlos gritarle que cruzara. Podía oírlos, pero no escuchaba. En todo lo que podía concentrarse en ese momento, en esa fracción de segundo entre la posible vida y la muerte segura, era la voz crepitante pero obstinadamente viva del Sr. Devereaux.

«*A veces tienes que saber cuándo hacerlo, incluso cuando no parece posible*».

Y en ese espacio de tiempo increíblemente pequeño e infinitamente grande, Oscar finalmente entendió lo que quería decir el anciano: A veces no se encuentra la suerte. A veces se hace suerte. Y cuando la es, hay que saber cuándo agarrarla.

Con el coro de los gritos de sus amigos y el sonido de la bocina del tren y el rechinar de los dientes del conejo, dio tres pasos gigantes hacia la derecha hacia el tren, se subió a las vías y esperó el segundo justo cuando el Plushtrap Chaser corrió hacia las vías y se dirigió hacia Oscar y el haz brillante de la luz del tren.

Oscar tuvo una fracción de segundo para registrar los ojos siniestros. De su boca hambrienta y ensangrentada salió la voz de la mamá de Oscar:

—¡Hombrecito, te necesito!

Entonces Oscar saltó.

El aire que lo rodeaba olía a acero y fuego y, al principio, no supo qué hacer con la luz. ¿Estaba en un hospital? ¿Estaba atrapado debajo del tren?

—¿Morí? —escuchó su voz en sus oídos, y parecía separada de su cuerpo.

—Honestamente, no sé cómo, pero no —dijo Raj, tragando aire en el lado este de las vías, con su cuerpo temblando lo suficientemente fuerte como para que Oscar sintiera el suelo temblar debajo de él. O tal vez ese era el tren. Aún podía oír el sonido de la bocina en la distancia.

Oscar miró a Isaac, cuyas manos estaban en sus rodillas mientras cerraba los ojos y negaba lentamente con la cabeza.

—Eres un idiota.

—Lo sé.

Pero una vez que el suelo dejó de vibrar y sus piernas dejaron de tambalearse, se deslizaron hacia la parte de la pista donde Oscar había jugado su juego de gallina más peligroso.

Ahí, retorcido y aplastado en los lazos de concreto y el suelo endurecido debajo, yacían los restos de un Plushtrap Chaser, un conejo verde que muerde activado por la luz y que ya no es el personaje favorito de Oscar del mundo Freddy Fazbear. El pelaje verde oscuro flotaba en nubes alrededor del conejo aplastado, mientras que otros grumos se pegaban con grasa a las vías. Pequeños dientes dentados brillaron bajo la luna recién descubierta, las nubes finalmente se separaron después de que ya era demasiado tarde para ayudar. Se reflejó a los dientes destrozados y encía humana ensangrentada. Oscar tragó bilis y desvió la mirada.

Oscar bajó la mirada hacia el único ojo grotesco que permanecía semi intacto, medio enterrado pero aún abultado por la tierra compacta debajo de la pista. El otro ojo era tejido destrozado, muerto, pero con un aspecto más humano que nunca. Se estremeció y se movió para alejarse. No podía soportar mirar al asesino sin pestañear.

☆☆☆

La noche siguiente, Oscar ayudó a entregar caramelos a los residentes del Hogar de Ancianos Royal Oaks mientras su madre encendía fuegos debajo de los enfermeros y puso los ojos en blanco ante los más nuevos y tontos. Era una especie de truco o trato al revés, con los dulces llegando a la gente, ya que no podían ir por los dulces. Cuando Oscar llegó a la

habitación del señor Devereaux, Marilyn estaba acurrucada a los pies de su cama.

—Alguien se siente audaz —le dijo Oscar, pero el señor Devereaux fue el que respondió.

—He decidido que si va a robarme el alma, se ha ganado el derecho —dijo, y aunque para Oscar no tenía sentido, para el Sr. Devereaux parecía tener suficiente sentido para ya no mirar al gato leal con sospecha—. Entonces, ¿cómo estuvo la cosecha? —preguntó, y nuevamente Oscar se encontró en compañía de uno de los momentos lúcidos del Sr. Devereaux. Más que lúcido, incluso. Es como si hubiera estado parado ahí mismo en las vías del tren con él cuando más lo necesitaba.

—Mala cosecha este año —dijo, y el señor Devereaux asintió lentamente, como si hubiera estado ahí antes. Oscar intentó y no pudo imaginar al Sr. Devereaux con su propio conejo masticador de un metro de altura—. Pero me alegro de haber hecho la excavación —y con eso, el Sr. Devereaux se sintió lo suficientemente satisfecho como para volver a quedarse dormido, con Marilyn amasando con avidez el espacio entre sus pies extendidos.

En la sala de descanso, Oscar encontró a su madre, con quien no había hablado desde la mañana, y sólo para explicarle que el juguete había hecho "un poco de daño" a las puertas, y que pasaría el próximo fin de semana parchándolas y probablemente el resto de su vida ahorrando para una nueva puerta de garaje. Sin embargo, su madre apenas pareció darse cuenta. Supuso que su pelea por teléfono en la noche había dejado un agujero más enorme en ella que cualquier cosa que Plushtrap pudiera haber hecho.

Debido a que se había sentido tan mal por eso, hizo algo que sabía que no lo compensaría, pero sabía que tenía que intentarlo. Así que tomó lo que le quedaba de dinero y se detuvo en PASILLO DE HALLOWEEN y recogió una pequeña calabaza de plástico y dos bolsas de las almendras cubiertas de chocolate que tanto amaba. Llenó la calabaza con los chocolates y la guardó en un gabinete en la sala de descanso hasta que supo que ella estaría tomando su primer café de la noche.

Cuando se lo entregó, ella sonrió, pero él pensó que no se había visto tan triste desde la muerte de su padre.

Aun así, lo atrajo para darle el abrazo más fuerte y rompedor en su memoria reciente, y aunque apenas podía respirar bajo su feroz agarre, estaba tan feliz de saber que no la había destruido por completo.

—Nunca quise depender tanto de ti —susurró mientras lo sostenía, y Oscar se sorprendió. Había pensado que su padre era el motivo de su tristeza. Nunca había considerado que él podría ser la razón.

—Está bien —y se sorprendió a sí mismo al decirlo en serio. Realmente estuvo bien. No todo el tiempo, pero pensó que tal vez eso hacía que los buenos tiempos fueran mejores. Como cuando a su mamá le gustó el regalo que le hizo. O cuando sus amigos arriesgan sus vidas reales sólo para que él no se enfrente a un monstruo solo.

—Está bien —dijo, y la dejó abrazarlo durante un buen rato.

ACERCA DE LOS AUTORES

Scott Cawthon es el autor de la exitosa serie de videojuegos Five Nights at Freddy's, y aunque es diseñador de juegos de profesión, es ante todo un narrador de corazón. Se graduó del Instituto de arte de Houston y vive en Texas con su esposa y cuatro hijos.

Andrea Rains Waggener es autora, novelista, escritora fantasma, ensayista, escritora de cuentos, guionista, redactora, editora, poeta y miembro orgulloso del equipo de escritores de Kevin Anderson & Associates. Sobre el pasado prefiere no recordar mucho, fue ajustadora de reclamos, tomadora de pedidos por catálogo de JCPenney (¡antes de las computadoras!), secretaria de la corte de apelaciones, instructora de redacción legal y abogada. Escribiendo en géneros que varían desde su novela para chicas, Alternate Beauty, hasta su libro de instrucciones para perros, Dog Parenting, hasta su libro de autoayuda, Healthy, Wealthy and Wise, hasta memorias escritas como fantasma y horror, misterio y proyectos de ficción convencionales, Andrea todavía se las arregla para encontrar tiempo para ver la lluvia y obsesionarse con su perro y sus proyectos de tejido, arte y música. Vive con su esposo y dicho perro en la costa de Washington, y si no está en casa creando algo, se la puede encontrar caminando por la playa.

Carly Anne West es autora de las novelas juveniles The Murmurings y The Bargaining y novelas de grado medio basadas en los videojuegos Hello Neighbor. Vive en Seúl, Corea del Sur, con su esposo y sus dos hijos.

Grim no siempre era lúcido. Bueno, no era bueno mentir. La verdad era que Grim rara vez estaba lúcido. Estar lúcido hacía que le dolieran los dientes. Le duelen los dientes cuando le duelen los ojos y los oídos. Cuando estaba lúcido, el mundo tenía esta forma de asaltar sus ojos y sus oídos. Todo era demasiado intenso, demasiado. Grim prefería pasar el rato en su propio mundo loco donde gobernaban las voces en su cabeza, incluso cuando sabía que estaban locas.

Los dientes de Grim duelen esta noche.

En las sombras, presionado contra los lados de metal corrugado de un cobertizo de almacenamiento cerca de las vías del tren, Grim apretó su sucia manta acrílica rosa alrededor de su cuerpo. Aunque la manta estaba húmeda y no le proporcionaba calor, lo consoló. Además, debido a que no sólo estaba sucia, estaba tan sucia que tenía que hacer palanca en las fibras de la manta con una uña para encontrar un toque de rosa, le dio camuflaje. El camuflaje era bueno. Desde que se alejó de su vida, había hecho todo lo posible para ser invisible, encorvó sus cinco pies y ocho pulgadas en varios centímetros menos que eso, comió lo suficiente para mantener la piel colgando de sus huesos, cubrió su largo cabello castaño y fibroso con un sombrero gris flexible, escondió su rostro alargado bajo una barba enmarañada. Y renunció a su nombre por el apodo que le habían dado. Cumplió su objetivo de ser invisible.

Especialmente no quería ser visto en este momento. De ninguna manera.

No quería que lo vieran porque no le gustaban los golpes. Y no le gustó lo que estaba viendo. Veía cosas siniestras, cosas que le lastimaban los dientes.

Durante los últimos cinco minutos, la mirada de Grim había estado clavada en las vías del tren. O de nuevo, la verdad era importante, no en las vías en sí, sino en lo que había en las vías. Lo que estaba en las vías lo estaba perturbando mucho.

En las vías, iluminado por el resplandor periférico de una luz de seguridad, una figura encapuchada sacaba objetos extraños de los rieles. La figura estaba ligeramente encorvada y se movía con un paso incómodo de

cabeceo y balanceo que le recordó a Grim la forma en que la gente caminaba después de bajar de un bote. Grim estaba a sólo unos seis metros de la persona encapuchada, pero podía ver claramente tanto la figura como lo que estaba recolectando.

La persona parecía no darse cuenta de Grim, y Grim tenía la intención de mantenerlo así. Los dientes de Grim querían castañetear, y su cuerpo quería temblar, pero se obligó a sí mismo a quedarse quieto mientras observaba la misteriosa figura golpear al final de lo que parecía una palanca de un pie de largo con un extremo amarillo brillante. El extremo amarillo seguía retorciendo pedazos libres de algo que Grim no podía identificar. Hasta ahora lo había visto reunir una mandíbula con bisagras, una hilera irregular de lo que parecían dientes humanos ensangrentados, ojos humanos mutilados, varios tornillos, un puerto de computadora y trozos de metal con mechones de pelaje verde oscuro.

Continuó mirando mientras la figura levantaba uno y luego dos objetos alargados de color verde. ¿Qué eran esos?

Como si respondiera a la pregunta interna de Grim, la figura levantó las piezas.

Incluso en la luz tenue, pudo discernir de inmediato lo que eran. En su vida anterior, había sido profesor, e incluso al ritmo que había estado decapando sus células cerebrales, todavía tenía muchas a su disposición.

Orejas de conejo verde.

Oh, sus dientes.

La figura volvió a hacer palanca y se liberó de las huellas una gran pata de conejo de metal.

Grim tuvo que admitir para sí mismo un mínimo de curiosidad sobre lo que estaba haciendo la figura. Pero su sentido de autoconservación era más fuerte. De modo que se sentó, con los dientes adoloridos, tan quieto como los restos de detritos que estaba acumulando la figura, hasta que la figura metió todas las partes arrancadas en una bolsa y desapareció en la oscuridad.

☆☆☆

El detective Larson llamó a la puerta de una casa marrón de un piso y medio que estaba en cuclillas junto a una casa de artesano de dos pisos cuatro veces su tamaño. Miró hacia el porche bien mantenido en el que estaba. Parecía que tenía pintura fresca. Había notado que toda la casa estaba en condiciones similares. Pero la pintura y el orden no estaban teniendo el efecto que probablemente se pretendía. La casa frente a la que se encontraba se veía disminuida, no sólo en relación con su vecina más grande y elegante, sino en general. Si las casas tuvieran caras, esta casa se vería apagada.

Una puerta estilo misión se abrió frente a Larson. Una mujer joven y guapa con ojos casi de dibujos animados y cabello castaño largo hasta los hombros miró al detective sin ningún interés en absoluto.

—¿Sí?

—Señora, mi nombre es Detective Larson. —Mostró a la mujer su escudo. Ella le dio la misma falta de atención que le estaba dando a él—. Como parte de una investigación de rutina en curso, necesito echar un vistazo a las instalaciones. ¿Tiene alguna objeción?

La mujer lo miró de reojo. Creyó ver el destello de algo latente en su mirada, como si tuviera una chispa que se hubiera casi extinguido, pero no del todo. Se preguntó si esa chispa estaría a punto de encender una objeción a su entrada. No sabía qué haría si lo hiciera porque no tenía una orden judicial.

La mujer se encogió de hombros.

—Está bien.

Cruzando el umbral hacia una sala de estar meticulosamente limpia y ordenada, miró a su alrededor y vio que una pequeña cocina y un comedor estaban en condiciones similares, esto a pesar del hecho de que la casa tenía al menos cuatro gatos, que holgazaneaban en varias exhibiciones de propiedad real en la parte posterior de los muebles o en los charcos de luz del sol en las alfombras trenzadas.

—Soy Margie —dijo la mujer. Ella le ofreció la mano.

Larson la tomó. Estaba fría y flácida.

Ella lo miró con una ceja levantada, como si estuviera esperando que él respondiera una pregunta no formulada. Él le sonrió pero no dijo nada. Se preguntó qué vio cuando lo miró. ¿Vio al chico de treinta y tantos años y aspecto decente que solía ver en sí mismo o vio las líneas profundas que se formaban alrededor de su boca y ojos, que era todo lo que podía ver ahora cuando vislumbró su rostro en el espejo?

Ella apartó la mirada, su mirada se posó en dos de los gatos. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Perdón por todos los gatos. No estoy segura de cómo sucedió esto. Me dieron uno para que me hiciera compañía después de… um, bueno, sólo para hacerme compañía. Resultó que estaba embarazada. No podía soportar regalar a los cuatro gatitos. Me sentí como su mamá y me pareció un abandono. Así que aquí estoy. Una señora de los gatos. —Soltó una risa seca y luego tosió.

Larson tenía la sensación de que solía reír mucho y que últimamente había dejado de practicarlo. Se preguntó qué le habría pasado. Estuvo tentado de preguntar, pero no era por eso que estaba aquí.

Larson empezó a deambular por la casa. Margie lo siguió.

—¿Cuánto tiempo ha vivido aquí? —preguntó. Había descubierto que conversar con los propietarios tendía a distraerlos cuando estaba revisando su casa. Le dio más tiempo para hurgar antes de que comenzaran a sentirse incómodos o incluso a la defensiva.

—Poco más de tres años —dijo con su voz entre "tres" y "años".

La miró.

Parecía que iba a llorar, pero sus ojos estaban secos y su rostro estaba plácido.

—Me contrataron para cuidar a un niño enfermo mientras su padre servía en el extranjero. Falleció y me dejó la casa.

«El padre o el niño», se preguntó Larson. No preguntó.

Larson había entrado en un pasillo corto con tres puertas. Un quinto gato apareció desde el interior de la última puerta. Era un pequeño gato atigrado gris. Se sentó en el medio del pasillo y comenzó a limpiarse solo.

Larson miró a un baño pequeño y reluciente y luego a un dormitorio de tamaño decente, el que obviamente estaba usando la mujer. Una túnica amarilla difusa estaba cuidadosamente doblada a los pies de una cama de matrimonio, y los cosméticos estaban alineados con la misma pulcritud en una cómoda de color cereza. Aparte de esos toques, pensó que la habitación tenía una sensación claramente masculina.

Larson decidió no comentar sobre la relación de la mujer con su empleador fallecido, cualquiera que fuera esa relación. No necesitaba arriesgarse a ponerla nerviosa. Continuó por el pasillo.

La vieja casa crujió y se movió, emitiendo algo que sonó como un gemido. Estaba bastante seguro de que Margie se estremeció ante el ruido.

Un gato gris oscuro deambuló por el pasillo, olió al gato atigrado gris y luego se frotó contra los pantalones negros de Larson. Se inclinó y lo rascó detrás de las orejas. Sabía que lo lamentaría más tarde. Era alérgico a los gatos, pero le gustaban.

Al entrar en lo que obviamente era el segundo dormitorio, se quedó mirando la cama individual en el medio de la habitación. Aparte de la cama, la habitación sólo tenía un pequeño armario.

No estaba seguro de qué pensar de esa habitación, pero se vio obligado a permanecer en ella. Específicamente, el gabinete llamó su atención.

Junto a él, Margie estaba callada. Ella estaba lo suficientemente cerca para que él oliera lo que supuso que era su jabón o champú. Tenía un aroma fresco pero limpio, nada pesado ni atractivo como perfume o colonia. A pesar del maquillaje que llevaba, tuvo la impresión de que a Margie no le importaba mucho hacer cosas para impresionar a los demás. Se preguntó si era por eso que la encontraba atractiva. Le gustaba su simple transparencia. No, no le estaba contando las entrañas de la manera molesta que solían hacer los testigos nerviosos, pero tampoco estaba tratando de ser algo que no era. Él podría decir eso.

Se aclaró la garganta mientras deambulaba por la cama hacia el armario que había capturado su interés.

—Hemos estado persiguiendo a una persona de interés en el caso en curso que mencioné. El caso ha estado casi paralizado. Se ha ido sin ninguna pista, hasta hace poco. Ahora tenemos esto. —Metió la mano en el bolsillo

interior de su chaqueta deportiva gris y sacó una foto, que levantó para que la viera Margie.

Margie no dijo nada, pero su rostro tenía mucho que decir. Primero, se sonrojó. Luego, tan rápido como sus mejillas se pusieron rosadas, perdieron todo el color y ella palideció. Sus ojos se agrandaron. Su boca se abrió levemente. Oyó que su respiración se aceleraba.

A punto de llamarla por su reacción, el detective Larson dio un paso de sorpresa cuando el gato atigrado gris saltó repentinamente a la cama individual.

—Lo siento —dijo Margie de nuevo. Cogió al gato. Inmediatamente comenzó a ronronear.

Larson no pudo evitarlo. Extendió la mano y frotó un lado de su cara. De repente, consciente de que estaba muy cerca de Margie, dio un paso atrás.

El armario estaba justo enfrente de él. No se había dado cuenta de que lo había alcanzado. Ahora, tenía que ver qué había dentro.

Al mismo tiempo que se sintió atraído por ella, sintió una inexplicable renuencia a abrir la puerta del armario. Estornudó.

—Disculpe.

—Son los gatos —dijo Margie.

—Está bien. —Él estaba mintiendo. Sería miserable el resto del día.

Se dio cuenta de que estaba posponiendo la apertura del armario. Lo cual era absurdo. Así que agarró la perilla del gabinete y tiró de ella.

El armario estaba vacío, pero las paredes interiores del armario no lo estaban. Estaban cubiertas de ásperos garabatos negros apretados unos a otros. Lo que parecían letras sin sentido hechas con un marcador grueso cubría casi cada centímetro del interior del gabinete. Larson no vio ningún significado en los garabatos, pero sin embargo le dieron la misma sensación que había tenido cuando había visto los recientes informes de muerte grotescos. Se giró y miró a Margie.

—¿Qué pasó en esta casa?